

BOLETIN

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

DIRECTOR:
RAFAEL AREVALO MARTINEZ



IV

NUMERO 14

CIUDAD DE GUATEMALA

AGOSTO DE 1935



SUMARIO:



NOTA

Uno de los principales objetos de esta publicación—si no el más importante—es el de dar a conocer la Bibliografía Centroamericana. Mucho agradecemos la colaboracióu que en este sentido nos han dado, para el presente uúmero, distinguidos escritores. Para lo futuro esperamos que nuestro *Boletín* se depure y se euriquezca, coutando para ello cou la ayuda generosa que nos han ofrecido notables hombres de letras y los miembros de la Comisión Técuica Bibliográfica.

F4321-6c50-8-35

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL. —— GUATEMALA, CENTRO - AMERICA

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Director: RAFAEL AREVALO MARTINEZ

AÑO IV | Ciudad de Guatemala, agosto de 1935 | NUM. 14

La glorificación del General Justo Rufino Barrios en el Centenario de su nacimiento

El Gobierno de Guatemala ha decretado la glorificación de Justo Rufino Barrios, *porque en su persona encarnaron los ideales de la Revolución del 71 y el fervoroso anhelo de restaurar la rica República de Centro América, y cada institución de las que él fundó halla ocasión para rememorar con gratitud su obra administrativa.. La Biblioteca Nacional, entre ellas, le debe el Decreto de su creación, pues antes no existía un instituto de su género con el amplio servicio público que requiere la democracia; de ahí que sea justo que en este punto singularice su homenaje a la memoria del Reformador, en el centenario de su nacimiento.*

Publicamos por ello el acuerdo que crea la Biblioteca Nacional, de fecha 18 de octubre de 1878, el Decreto emitido por el Presidente de la República, General don Jorge Ubico, estableciendo la "Medalla del Reformador", de fecha 28 de febrero de 1935, y el Decreto de la Asamblea declarando el 19 de julio de 1935, Día de Glorificación Nacional, de fecha 23 de marzo de 1933. También se inserta a continuación una reseña bibliográfica sobre la personalidad y obra de Justo Rufino Barrios, advirtiéndose que no se incluyen las publicaciones de ese género contenidas en periódicos y revistas, pues su misma abundancia hace poco menos que imposible la colección de tantos artículos, como, en sucesivos años, desde 1885 hasta la fecha, redundan en el estudio y el elogio de Barrios y la enorme tarea de reorganización social y política que corresponde a los doce años de su Gobierno.



ACUERDO DE FUNDACION DE LA



BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA

Palacio Nacional: Guatemala, octubre 18 de 1879.

CONSIDERANDO:

Que uno de los medios más eficaces de propagar toda clase de conocimientos útiles, es la fundación de bibliotecas públicas; que esta capital, no obstante su importancia, carece de un establecimiento de este género a donde todos puedan concurrir a adquirir la instrucción que gusten, con la lectura de obras escogidas; y que por la Secretaría del Ramo se han dictado ya las providencias necesarias para hacer venir de Europa las obras más selectas sobre los diversos ramos del saber humano;

El Presidente

ACUERDA:

1º—Fundar una Biblioteca pública en esta capital, aprovechando uno de los salones más adecuados del edificio de la Sociedad Económica.

2º—Destinar a ella los libros y elementos con que ya cuenta la misma Sociedad, y los que existen en las bibliotecas particulares de la Universidad, Escuela Politécnica, Escuela de Artes y Oficios y los pertenecientes a los extinguidos conventos; y,

3º—Un reglamento especial determinará la organización y arreglo conveniente de la Biblioteca, para el servicio público.

Comuníquese.

JUSTO RUFINO BARRIOS

UBICO

DECRETO NUMERO 1646

JORGE UBICO,

Presidente de la República,

CONSIDERANDO:

Que el inciso 11 del artículo 77 de la Constitución, y los artículos 275 y 277 del Decreto legislativo Número 2004, le facultan para conceder las distinciones militares que allí se detallan,

DECRETA:

Artículo 1º—Se establece en el Ejército una distinción que se denomina "Medalla del Reformador", destinada a recompensar, sin distinción de clase o grado, especiales virtudes en el servicio de las armas, cuando la conducta, espíritu militar, abnegación, lealtad y celo en el desempeño de las obligaciones inherentes a aquél, hagan destacarse a sus miembros en el cumplimiento de sus deberes.

Artículo 2º—La "Medalla del Reformador" será de tres clases Primera, Segunda y Tercera Clase (de oro, plata y acero, respectivamente), pensionadas o no, y en su orden, con las cantidades de 50, 25 y 15 quetzales.

Artículo 3º—Las medallas tendrán forma estrellada, de un diámetro de 45 mm., con los detalles siguientes:

Primera Clase.—Figurará tres estrellas, sobrepuestas: la inferior, de diez picos, color plata; la siguiente, dorada, de cinco picos, rematados en pequeñas esferas; y, la tercera, dorada y de cinco picos también, rematados en esferas pequeñas. Sobre ésta, y dentro de una faja formada por dos circunferencias concéntricas, irá de frente la efigie del Reformador de Guatemala, General Justo Rufino Barrios, sobre fondo azul. En la faja formada por las dos circunferencias dichas, irá la leyenda: "Justo Rufino Barrios, Reformador".

Segunda Clase.—De figura igual que la anterior, siendo idénticas a aquéllas, la primera y segunda estrella; la tercera será de color plata, y en su fondo llevará la faja, leyenda y efigie descritas para la de Primera Clase.

Tercera Clase.—De igual forma que las anteriores; la primera estrella será pavonada de azul obscuro; de pavón claro, la segunda; y, la tercera, de plata mate, con la faja, leyenda y efigie indicadas para las anteriores. Por el extremo superior de la tercera estrella, irá suspendida la medalla de una armadura, de donde arrancará el distintivo que será de tela de seda, de 25 mm. de largo por 30 mm. de ancho, y que será de azul y blanco, en fajas verticales, para la medalla de Primera Clase, azul para la de Segunda y gris para la de Tercera, rematando en un broche metálico de igual color al de la estrella central de la medalla.

Artículo 4º—A la Asamblea Legislativa corresponde autorizar tales distinciones, en los casos que se otorgue con pensión vitalicia; pero compete al Ejecutivo conferirlas mediante previa calificación de los méritos personales del candidato, en todos los demás casos.

Artículo 5º—La Secretaría de Guerra queda encargada del cumplimiento de este Decreto y de emitir el Reglamento especial que corresponde, en el que se especificarán los motivos para conferir tales distinciones, recogerlas o cancelar las pensiones, si las tuvieren.

Artículo 6º—El presente Decreto entrará en vigor desde la fecha de su promulgación en el Diario Oficial, y de él se dará cuenta a la Asamblea Legislativa en sus próximas sesiones ordinarias.

Dado en la Casa del Gobierno: en Guatemala, a los veintiocho dias del mes de febrero de mil novecientos treinta y cinco.

JORGE UBICO.

El Secretario de Estado en el Despacho de Guerra,

JOSÉ REYES.

DECRETO NUMERO 1884

La Asamblea Legislativa de la República de Guatemala,

CONSIDERANDO:

Que es un deber de la Nación, honrar la memoria de los ciudadanos egregios que de alguna manera dieron prez y elevación al país;

CONSIDERANDO:

Que las administraciones liberales deben mantener vivo el recuerdo de quienes implantaron las prácticas democráticas y las instituciones del Derecho moderno, evolutivo y libertador;

CONSIDERANDO:

Que el ex Presidente de la República, General don Justo Rufino Barrios, nacido el 19 de julio de 1835, implantó, en forma constitutiva, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de conciencia, la abolición de privilegios y la desamortización de bienes nacionales; la enseñanza popular, laica, obligatoria y gratuita, de índole práctica y científica; la distribución agraria del suelo nacional para cultivos nuevos y remuneradores; la organización moderna del Ejército y la creación de la Policía Urbana; las comunicaciones nuevas, eléctricas, terrestres y marítimas; y que, tras de desarrollar con pujanza y ardimiento la cultura y riqueza del país, sucumbió heroicamente por reconstruir la antigua Federación Centroamericana,

POR TANTO;

DECRETA:

Artículo 1º—Se declara el próximo 19 de julio de 1935, Día de Glorificación Nacional, memorando el primer centenario del Benemérito de la Patria, General Justo Rufino Barrios.

Artículo 2º—Se faculta ampliamente al Jefe del Ejecutivo, para llevar a cabo este Decreto, con el mayor logro de sus fines.

Pase al Ejecutivo para su publicación y cumplimiento.

Dado en el Palacio del Poder Legislativo: en Guatemala, el veintitrés de marzo de mil novecientos treinta y tres.

JUAN J. ORTEGA,
Presidente.

C. ENRIQUE LARRAONDO,
Secretario.

J. ANTONIO VILLACORTA C.,
Secretario.

Casa del Gobierno: Guatemala, veinticinco de marzo de mil novecientos treinta y tres.

Publíquese y cúmplase.

JORGE UBICO.

El Secretario de Estado en el Despacho
de Gobernación y Justicia,

GMO. S. DE TEJADA.

Biografía Sintética del General Justo Rufino Barrios

Hace varios años fué pedida a la Biblioteca Nacional una biografía sintética del General Justo Rufino Barrios, para incluirla en una Enciclopedia que se editaría en España. Entonces se compuso la que se da a continuación, y que, por la importancia del personaje y de la obra a que se destinaba, se dió a estudiar a valiosos intelectuales, entre ellos, Tácito Molina, que la aprobaron en todas sus partes.

El General Justo Rufino Barrios nació en San Lorenzo, municipio del departamento de San Marcos, en 1835. Principió los estudios de leyes; y alcanzó el título de Escribano, pero abandonó pronto el ejercicio de esta profesión y se dedicó a las armas. En 1871 tomó parte muy importante en el pronunciamiento contra el Presidente Vicente Cerna, de filiación conservadora. Barrios, en cambio, estaba afiliado al partido Democrático Progresista de su país, que era una de las formas del liberalismo. Los jefes del movimiento revolucionario contra el régimen que a la sazón regía en Guatemala fueron el General don Miguel García Granados y el propio Barrios. Ya en el ejercicio de la presidencia García Granados le nombró Generalísimo del Ejército. En 1873 llegó a la presidencia de la República, alto puesto en el que permaneció doce años, hasta su muerte, ocurrida en los campos de batalla de Chalchuapa, en territorio de la vecina República de El Salvador, el 2 de abril de 1885.

La influencia de Barios en su país ha sido y es poderosísima. Tres son las líneas más interesantes de su personalidad política, que ayudan a entender el puesto de primera fila que ocupa en los anales patrios; y estos tres lineamientos principales son: primero, que fué uno de los dos jefes de la revolución contra el gobierno de Cerna; segundo, el radical cambio de dirección que dió a la marcha del pueblo que dirigió como mandatario; y tercero, su ideal por la unidad centroamericana, que lo llevó hasta sacrificar su vida en aras de la reconstrucción de la gran patria centroamericana, que debía abarcar los cinco fragmentos en que se descompuso, a raíz de la Independencia.

Ya en el ejercicio del poder supremo, Barrios fué un dictador fuerte y enérgico, que llevó a Guatemala, con mano férrea, por los cauces de las doctrinas liberales que profesaba. En este sentido su obra fué trascendente. Barrios separó la Iglesia del Estado, decretó el divorcio, expropió los bienes eclesiásticos, disolvió los conventos, hizo laica y obligatoria la enseñanza nacional y en muchas otras direcciones provocó una fuerte reacción contra el estado de cosas anterior.

En su apostolado por la unidad centroamericana, hizo activas gestiones para realizar sus planes, hasta el extremo de no vacilar en el empleo de la fuerza para hacer efectivo su decreto reuniendo las Repúblicas de la América Central. México y Estados Unidos se opusieron a la formación de la nueva República. De los cuatro estados centroamericanos restantes, Honduras se adhirió a los proyectos de Barrios; pero El Salvador, Nicaragua y Costa Rica se negaron a aprobarlos. Las tropas de Nicaragua y Costa Rica marcharon contra Honduras. El ejército de Guatemala, compuesto de 15,000 hombres, penetró en el territorio salvadoreñó, defendido por 10,000, llevando a su fren-

te al mismo Barrios, que, como ya se ha dicho, recibió la muerte en los campos de Chalchuapa.

La gloria de Barrios está formada por este su amor a la unidad nacional, que le llevó hasta el sacrificio de su vida, y porque contribuyó mucho al desarrollo y a la prosperidad del país, implantando las comunicaciones telegráficas y telefónicas, promoviendo la construcción de diferentes vías férreas, decretando los primeros Códigos y fomentando por todos los medios la cultura, hasta hacer de Guatemala uno de los primeros Estados de la América Española.

El régimen liberal, iniciado por Barrios, ha seguido hasta nuestros días en el ejercicio del poder en la República de Guatemala.

Bibliografía sobre el General Justo Rufino Barrios

Téllez, Andrés.—"Biografía de Justo Rufino Barrios".

Meza, Rafael.—"Centro América, Campaña Nacional de 1885".

Quiñónez, Alfredo.—"Anécdotas Históricas del Caudillo Unionista General Justo Rufino Barrios, Reformador de Guatemala".

Zeceña, Mariano.—"La Revolución de 1871 y sus Caudillos".

Salazar, Ramón A.—"Los hombres de la Independencia".

Gámez, José D.—"Reminiscencias Históricas"

Montúfar, Rafael.—Folleto de don Fernando Cruz sobre la cuestión de límites entre Guatemala y México, documentos y aclaraciones de Rafael Montúfar. (Guatemala, Tipografía "La Unión".)

León, Juan de.—"Monografía del departamento del Quiché" (inédito).

Diaz Durán.—"Itinerario de un Teniente" Alocuciones pronunciadas el 1º de septiembre de 1877 en el acto solemne de la entrega de la Espada de Honor que en 9 de febrero del corriente año decretó en obsequio del General Presidente de Guatemala, don J. Rufino Barrios, la Legislativa de la República de El Salvador. (Tipografía de "El Progreso".)

1875

Un Centroamericano.—"La Cuestión de Límites entre México y Guatemala" (México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1875.)

1878

O. S. L.—"El General J. Rufino Barrios y los progresos de la República de Guatemala". (Guatemala, Tipografía "El Progreso", 1878.)

García, Adolfo Valentín.—"Guatemala y sus progresos en presencia de la reacción". (Tipografía "El Progreso", 1878.)

1881

"Código Fiscal de la República de Guatemala" (Guatemala, Establecimiento Tipográfico "El Progreso", 1881).

1882

Cruz, Fernando.—"Instituciones de Derecho Civil Patrio", 3 tomos. (Guatemala, Tipografia "El Progreso", 1882.)

Llaven, Magín (español).—"Biografía de Justo Rufino Barrios" (1882).

1885

Beteta, José A.—"La Unión de Centro América". (Guatemala, Imprenta de Arenales. 1885.)

Yérjabens, Rosario.—"Campaña de la Unión Centroamericana. Sucesos de nueve días." (Guatemala, Imprenta de Arenales. 1885).

F. L. (Probablemente Francisco Lainfiesta). —"Apuntamientos sobre la República de Guatemala. Sus progresos desde 1871 a 1884 bajo el Gobierno del General Justo Rufino Barrios. Condiciones favorables para una inmigración de extranjeros laboriosos en la República. Rasgos biográficos del General Justo Rufino Barrios, Presidente Constitucional de la República". (Tipografía "El Progreso", enero de 1885.)

"Publicación Oficial del Gobierno de Guatemala". (Cuestión de Límites). (Tipografía "El Progreso", 1885.)

1887

Gómez Carrillo, Agustín.—"Elementos de la Historia de Centro América" (Con un prólogo del Doctor Cruz.) (Guatemala, Tipografía de Arenales, 1887.)

1888

Cruz, Fernando.—La Verdad histórica acerca del tratado de limites entre Guatemala y México, documentos publicados por Fernando Cruz. (Guatemala, Tipografia "La Unión", 1888.)

1892

Gómez Carrillo, Agustín.—"Compendio de Historia de la América Central". (Madrid. Imprenta de la viuda de Hernando y Ca., 1892.)

1896

Salazar, Ramón A.—"El Tiempo Viejo" (Recuerdos de mi juventud.) (Guatemala, Tipografía Nacional, 1896.)

1897

Montúfar, Lorenzo.—"Discursos del Doctor Montúfar", prólogo escrito por Rafael Montúfar. (Guatemala, Tipografia "La Unión", 1897.)

Carranza, Jesús E.—"Un Pueblo de los Altos". Apuntamientos para su historia. (Quezaltenango, Establecimiento Tipográfico "Popular". 1897.)

1898

Aguirre Cinta.—"Historia de Centro América".

Montúfar, Lorenzo.—"Memorias Autobiográficas de Lorenzo Montúfar". (Guatemala, impreso en la Tipografía Nacional, 1898.)

Zeceña, Mariano.—"Estudios Políticos.—La Revolución de 1871 y sus Caudillos". (Guatemala, Tipografía Sánchez & de Guise, 1898.)

1899

Montúfar, Rafael.—"Comprobaciones Históricas." El Doctor Lorenzo Montúfar y el Partido Jesuítico. (Guatemala, impreso en la Tipografia Nacional, 1899.)

1900

Urrutia, Claudio y Manuel Pastraña.—"Memoria sobre la Cuestión de Límites entre Guatemala y México, presentada al señor Ministro de Relaciones Exteriores, por el Jefe de la Comisión Guatemalteca". (Guatemala, C. A., impreso en la Tipografía Nacional, 1900.)

1906

Gómez Carrillo, Agustín.—"Compendio de Historia de la América Central", 3ª edición. (Guatemala, Imprenta "La República", 1906.)

1910

Reyes, Rafael.—"Nociones de Historia de El Salvador, precedidas de un resumen de Historia Universal". (Barcelona, España, Talleres Gráficos de José Casamajó, 1910.)

1911

Meza, Rafael.—"Campaña Nacional de 1885" (El Salvador, 1911.)

1912

León, F. de.—"Datos para la Historia de Centro América, relativos a los trabajos sobre Unión de las Repúblicas del Istmo y sus efectos". (Guatemala, Tipografia "La Independencia", 1912.)

1915

"El Libro Azul" (1915).

Sandoval, Francisco Ernesto.—"Compendio de Historia de Centro América". (Guatemala, Tipografía Nacional, 1915.)

1916

Villacorta C., J. Antonio.—"Curso de Historia de la América Central, para uso de los Institutos y Escuelas Normales", 2ª Ed. (Guatemala, C. A., Tip. de Arenales & Cía., 1916.)

1918

Munro, Dana G.—"The five Republics of Central America. Their Political and economic development and their Relations with the United States". (New York, Oxford University Press. London, Toronto, Melbourne and Bombay, 1918.)

1921

Quiñónez, Alfredo.—"Anécdotas históricas del Caudillo Unionista General Justo Rufino Barrios". ("Casa Colorada", Marroquín Hnos., 1921.)

1922

Villacorta C., J. Antonio.—"Elementos de Historia Patria ajustados al programa vigente, para los alumnos de las Escuelas Elementales de la República", Libro Primero, 3ª Ed. (Guatemala, C. A., Tipografía Sánchez & de Guise, 1922.)

1925

Mendieta, Salvador.—"El Problema Unionista de Centro América y los Gobiernos Locales". Editor: Francisco Ocheita. Nº 116 (Quezaltenango, República de Centro América, Sección de Guatemala.) (1925.)

Zamora Castellanos, Pedro.—"Vida Militar de Centro América" (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1925.)

Alvarado, Miguel T.—"General Justo Rufino Barrios" (Quezaltenango, 1925.)

1926

Guillén, Juan Ramón.—"Miscelánea de Historia Centro Americana" (Quezaltenango, Casa Editora "C.D.S.", 1926.)

Burgess, Paul.—"Justo Rufino Barrios" (Filadelfia. Dorrance and Company, 1926.)

1926

Saravia Miguel G.—"Compendio de la Historia de Centro América". Obra declarada de texto oficial, para las Escuelas y Colegios de las Repúblicas de Guatemala y El Salvador". Edición corregida y aumentada. (Guatemala, Talleres Tip. "San Antonio", 1926.)

1927

F. T. D.—"Nociones de Geografía e Historia de América" (Barcelona, Editorial F. T. D., 1927.)

1928

Estévanez, Nicolás.—"Resumen de Historia de América". Nueva Edición continuada hasta nuestros días por Isidoro L. Lapuya. (Paris. Casa Editorial Garnier Hermanos, 1928.)

1930

Carranza, Jesús E.—"Algunos Datos o Referencias para la Biografía del Benemérito General Justo Rufino Barrios, Reformador de Guatemala y Caudillo de la Unión de Centro-América". (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1930.)

Rodríguez, José N.—"Estudios de Historia Militar de Centro América". (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1930.)

1931

Alvarado Fajardo, Federico.—"El Liberalismo y su Evolución Progresista". (Guatemala, C. A., Tipografía "La Libertad", 1931.)

Rodriguez Cerna, José.—"Un Pueblo en Marcha", Guatemala. (Geografía física, comercial y económica; leyes, historia y literatura.) (Madrid. Compañia General de Artes Gráficas, 1931.)

1932

Diaz O., J. Lizardo.—"Apuntamientos históricos". (Quezaltenango, Tipografía "Arte Nuevo", 1932.)

OTRAS OBRAS DE CONSULTA:

"The Encyclopaedia Britannica, a Dictionary of Arts, Sciences, Literature and General Information". Eleventh Edition. (Cambridge, England: at the University Press, 1910.)

"Enciclopedia Ilustrada Sigui. Diccionario Universal. Con todas las voces y locuciones usadas en España y en la América Latina, etc., etc. (Barcelona, Centro Editorial Artistico de Miguel Siguí.)

"Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana". (Barcelona, Hijos de J. Espasa, Editores.)

NOTA:

La Biblioteca Nacional de Guatemala expresa aqui su agradecimiento a los señores Profesor don Raúl Osegueda P., y don Arturo Taracena Flores por la ayuda que le dieron para formar la Bibliografía de Barrios que aparece en este número.

En cuanto a los periódicos guatemaltecos, casi no hay ninguno posterior a Barrios que no pueda señalarse como fuente bibliográfica. En todas las colecciones empastadas que existen en la Biblioteca Nacional de "El Imparcial", "El Liberal Progresista", "Nuestro Diario", "Diario de Centro América" y otros cien diarios y revistas, cuya lista apareció en un número anterior del Boletín, puede el estudioso encontrar datos sobre Barrios. Algunos periódicos tienen nombres tan significativos como "El General Barrios" (1883); "La Revolución" (1885); "La Revolución del 71" (1892); "El Setenta y Uno" (1888); etcétera.

El Hermano Pedro

Por Pedro Pérez Valenzuela.

David Vela: "El Hermano Pedro en la Vida y en la Letras".—230 páginas.—Unión Tipográfica, Guatemala, 1935.

Supervíve Pedro de San José de Bethancourt en la entraña de la tradición. Mas al paso de las centurias, sus hechos heroicos han perdido los perfiles de su propia fisonomía, se han desdibujado en la leyenda, persistiendo sí la esencia, como cosa duradera, dijérase inmortal por el origen —pese a la mutación del espíritu de la comunidad en cuanto a asuntos de fe y religión, tan distinto ahora, por imperio de la época, al espíritu acendradamente religioso del tiempo pasado. Supervive Pedro en el corazón de los creyentes, porque parece que la fuente de su caridad no se agota, y que sus manos, desde más allá de la vida, estuvieran siempre abiertas, prontas al dar, al alivio de la pena, del dolor, de la miseria. Y desde ahora, alquitarada en dilectos alambiques literarios —en la obra de David Vela— supervivirá la inefable figura, toda suavidad, aromada de virtud, tocada por la gracia —ejemplo altísimo, inalcanzable aún para la más esforzada ansia de imitación.

Con cuánto gusto, con qué delicia vamos pasando estas páginas que contienen la vida prodigiosa del Hermano Pedro. No encontraréis en ellas la fatiga del amontonamiento de los datos eruditos, porque estos están como ocultos dentro de la alhaja prosa. Y sin embargo, cuánto estudio, cuánto esmero por parte del autor para no salirse de los límites del hecho histórico, para soslayar el anacronismo —de tan fácil incurrimiento en esta clase de trabajos— y todo sin que se advierta castigo a la imaginación, pues fluye el relato, con altas calidades de poema, fácil, sin tropiezos, con pureza de metal. En la prosa de David Vela no encontraréis preciosismos de encajeria ni paciencia de miniatura. Para eso es gran señor de la palabra, y el idioma dócil, sin secretos, se le entrega plenamente en toda su nobleza.

Puso el autor amores de artista en su obra y se posesionó hondamente del personaje. Por eso logra, lo que no es frecuente en un

considerable grueso de hagiógrafos, conmover al lector, haciéndole admirar, y a veces hasta amar al humilde betlemita. Parece que la hubiera escrito con aquella fervorosa dedicación de los regulares de antaño que se daban, como iluminados, a la tarea de perpetuar en biografías candorosas, las vidas preclaras de sus hermanos de orden que eran prez de la orden.

En las primeras páginas se advierte el gozo del autor al describir, delicadamente, el paisaje de Chasna, que también se llama Villa Flor, en las Islas Afortunadas, la cuna del Hermano Pedro. Allí está la casa, que es escuela de virtudes, de Ana García y Amador González de la Rosa Bethancourt, sus padres. Descienden de noble tronco, pero más que la sangre hidalga, más que el blasón y las ejecutorias de su estirpe, les ennoblece la pureza de sus costumbres cristianas. Aquella casa "refleja esa paz inalterable y esa nativa inocencia que hacen una Arcadia de Villa Flor". En ella discurre Pedro, con el ánimo quieto y tranquilo; y como una enunciación de lo que será su vida, se entretiene en hacer cruces. El biógrafo le sigue, deleitándose en la descripción, cuando va a la iglesia donde permanece, penetrado de profunda fe, largas horas; va con él al campo donde cuida de sus ovejas —el futuro pastor de almas. Luego nos lo presenta atribulado lleno de secreta ansiedad, al escuchar la llamada del Señor. Grata es la vida en Chasna, pero Pedro debe partir hacia las Indias Occidentales. "Se ha ido desarraigando del ambiente. Antes fuera un árbol con raices profundas en la tierra natal, insensible a las sugestiones migratorias de los vientos libérrimos y sediciosos; ahora es un pájaro que fortalece sus alas en la sed del viaje, y en los latidos de sus venas habla el ancestro aventurero y expedicionario, asesorado por la cercana seducción del mar".

Llega Pedro a La Habana. Un dia oye mencionar el nombre de Guatemala, y se siente animado a venir a ella. Ya está, pues, en el teatro de sus futuras hazañas. Aun no sabe lo que hará, cuál el puesto que el Señor le tiene destinado en su milicia. Pero sea cual fuere, con el corazón bien puesto y presta la voluntad sabrá cumplirlo. Vela nos relata su empeño en el estudio, sosteniendo una lucha heroica y fracasando siempre porque, como dice Montalvo: parece que estudiaba más para olvidar que para saber; y todo no ha sido al final, sino una lección magnífica de humildad y de constancia. Es vida ejemplar la suya, florecida de buenas obras, de fe, enamorado de la Virgen con quien conversa: "No desdeñéis, Señora, estos obsequios pobres de vuestro humilde siervo..."

Y principian las cosas extraordinarias que hacen notable la vida de Pedro. Ha dejado los estudios para seguir las huellas resplandecientes de San Francisco de Asís, y toma el hábito de la orden tercera de penitencia.

Ahora está ya cumpliendo su misión; ha fundado un hospital de convalecientes, que será el solar betlemitico; funda el "maravilloso indocto" una escuela para párvulos. Pedro, sin saberlo, sin sospecharlo, está escribiendo su nombre en el granito de la eternidad.

Album de estampas de una vida sencilla y humilde, en la que tiemblan las rosas del prodigio es este libro. Ved al siervo de Dios en su sala de armas, como llamaba a la celda estrecha donde se supliciaba para castigar —él que era todo pureza— las rebeliones de la carne, o para hacerse grato a Dios mediante el dolor. Allí, en las páginas ingenuas de su librito de memorias quedará la cifra de los azotes con que destrozaba su cuerpo magro, que sufriera todas las penitencias. Pero el voluntario castigo no le acaba ni las fuerzas del cuerpo ni las del alma: vedlo cómo baila, cómo es de cascabelera su alegria delante de la Divina Presencia que es llevada en procesión por las calles de la ciudad católica; vedlo cómo tiene vigor bastante para echarse a la espalda el enfermo que encuentra en su camino; cómo, fijos los ojos del espíritu en la vida que no tiene fin, recorre la ciudad tañendo su esquila que invita a pensar en la muerte que siempre está en acecho.... Páginas que encantan, que maravillan; y otras que emocionan como aquellas que hablan de su testamento, de su resignación en el lecho que ya no abandonará sino para ir al sepulcro; como el bello capitulo de su muerte. Se va Pedro, el pa-

dre de los pobres. Hasta su camastro ha llegado la Santísima Virgen. Ningunos ojos mortales la ven, sólo los clarividentes del justo. Los circunstantes, entre los que se halla el Obispo Fray Payo de Ribera. han doblado la rodilla y humillado la cabeza ante la invisible presencia. "Las manos de Pedro asen algo intangible en el aire, sus ojos rebosan júbilo un momento, y luego se queda quieto. porque dos dedos sutiles han rozado sus párpado, y los cerraron para siempre...."

Forma la segunda parte del libro una anotación bibliográfica muy interesante. En ella ha recogido el autor cuanto ha llegado a su noticia de lo publicado sobre el Hermano Pedro, permitiéndose someros comentarios y a veces indispensables rectificaciones. Trabajo es éste de grande esfuerzo, por lo que significa de minuciosa búsqueda. Figuran en él desde los primeros hagiógrafos del betlemita —anotados algunos por referencia ajena, pues por su escasez son raras joyas bibliográficas, inencontrables en Guatemala— hasta las publicaciones que, aunque sea en forma secundaria, se refieren al humilde tercero. Extensa es esta parte naturalmente, como que la figura del Hermano Pedro no pertenece sólo a la religión y a la historia, sino que ha entrado en la novela, en la crónica, en la leyenda y en el verso.

La obra de David Vela, el mayor éxito literario y de librería del presente año, ha venido, por otra parte, a reverdecer un generoso proyecto en la Antigua Guatemala: el de erigir un monumento al fraile singular, cuyo recuerdo perdura allá siempre florido.

Pedro de Bethancourt tendrá, pues, este año, su mejor biografía y su primera estatua.

MENSAJES AL VIENTO

Una Obra de Soto Hall

Por José Rodríguez Cerna

Aparte el efecto anudado en la solidificación de las cosas imperecederas, admiramos en Máximo Soto Hall las facetas múltiples y complejas de un escritor desconcertante; si bien ellas no son más que diversos rayos de un mismo foco espiritual y mantienen en la divergencia de sus manifestaciones la identidad de si mismos en una perfecta unidad.

Distintos lacres han sufrido la impresión de su sello personalísimo; muchos caminos, bajo el aprobatorio silencio de las selvas o en la apertura cordial de las pampas, se han vuelto dóciles bajo sus pies de vencedor. Desde joven sus manos se dignifican con las joyerías del triunfo. ¿Desde joven? El lo es siempre: el arte es, no una resurrección, sino una renovación de una perpetua juventud. A la distancia, no vemos en él las ya probables y posibles canas, ni que sobre la apolonida frente se enfríen rachas invernales, sino el perenne hervor lírico y el renombre, que por ser suyo es de nosotros mismos, ya que su primigenia savia es de aquí y su nombre es auténticamente de nuestra geografía y nuestro meridiano espiritual.

En empuje olímpico, Máximo ha saltado las tibetanas fronteras nativas —tal quien logra salir de un pozo— y ahora, en un Poniente maduro de mostos, y desde los andenes internacionales de "La Prensa", avizora con las pupilas llenas de actualidad las plenitudes del horizonte —de todos los horizontes. Desde esa tribuna, empinado sobre esa llama, agitando esa enorme antorcha que se enciende como la conciencia misma de nuestra América, Soto Hall no ha adquirido lo que ya tenía, pero sí ha reafirmado y confirmado su reputación continental. La inmensa Argentina, matriz de una nueva humanidad, ha elevado sus llanuras para formarle una cúspide de consagración.

La poesía de Soto Hall tiene raíces de romanticismo. Su hipersensibilidad cantó amores y dolores en estrofas antañeras, si bien su buen gusto y su cultura le impidieron las peligrosas caídas del género —caidas pedestres y sensibleras— y aun le han hecho evolucionar conforme a los signos de los tiempos. La voz es propia y el acento es siempre auténtico. No nos detenemos en un análisis por somero que sea, para llegar pronto al objetivo de esta sencilla nota bibliográfica sobre nuestro ilustre compatriota. Con todo, nos referimos por indicaciones ajenas y por algún trozo fragmentario, a su último poema "Herodías", en el cual, por testimonio unánime de quienes saben, Máximo ha alcanzado el climax de su inspiración, dando a nuestra América una poesía de primer orden.

Ya dijimos que es un polígrafo. Sin perjuicio de los amistosos relinchos del Pegaso, Soto Hall ha consagrado suculentas vigilias a las más variadas disciplinas, ensamblando así su personalidad de poeta en la estudiosa madurez del pensador. No todos saben que es una autoridad en materias económicas (recordamos lejanamente algo que publicara aquí y en Caracas). Dedica penetrante y sostenida atención a los problemas internacionales, como lo demuestran sus gritos de alerta angustiados de patriotismo consciente "La Sombra de la Casa Blanca" y "El Problema", en que desde su torre denuncia el avanzar de la rubia marea del Norte sobre las tierras bolivarianas. Las cosas han cambiado, según parece; pero él dió una alta nota en su debido tiempo. Un paréntesis: El poema "Herodías" no es un aislado caso de generación espontánea: Soto Hall es uno de los más afortunados glosadores, en bellos apólogos, de los eternos versículos ya con virilidad de hierro ya con desmayo de aroma del Antiguo o del Nuevo Testamento. Y otro: no olvidemos algún cuento-joya de su juventud, como "El arañazo del gato", que habría merecido la francesa firma de Guy de Maupassant.

Ahora está con nosotros su último libro sobre Monteagudo, el Coronel Bernardo de Monteagudo, prócer argentino, dueño de todas las aristocracias. Espíritu de elegancia espiritual en los tanteos de la pre-independencia. Hombre de acero y de llama en aquella hoguera de las luchas libertarias que tuvo por centro fotosférico a Simón Bolivar. Monteagudo fué de los primeros soldados de América, cuando América se puso en pie, en los dias iniciales de la liberación. Subscribión actas primigenias, de aquellas que, bajo el asombro de los liberación. Subscribió actas primigenias, aguas bautismales de la nueva vida. Supo de prisiones en que tuvo la consolación de estrellas amigas. Sus pies conocieron los caminos de los destierros y su figura ciclónica concluyó por caer asesinada en las calles de Lima, dulcificadas todavia con la miel de las serenatas virreinales.

La obra de Soto Hall consagra a aquel prócer, que tuvo personalidad suficiente para hacerse estimar del Libertador, lo cual era una consagración, y para hacerse matar por la envidia y el odio, lo cual constituyó una consagración más, no es propiamente una biografía completa, porque así no lo quiso el autor, sino un estudio detallado y documentado para llenar "el vacío que se encuentra siempre en el período comprendido entre su caida del Ministerio (en el Perú en julio de 1822, hasta su regreso nuevamente al Perú en abril de 1824.)" Comprende ese período la estada de Monteagudo en Panamá y su viaje a Guatemala, tan particularmente interesante para nosotros. Aunque parcial y por lo mismo sin la amplia envergadura psicológica y reconstructora del ambiente y el paisaje social y espiritual de las grandes obras de Zweig y Maurois, esta monografía de Soto Hall asume la doble importancía de la nombradia del autor y de hacer luz sobre periodos obscuros de la vida del argentino, cuya huella entonces "se pierde, se esfuma, como si el grande hombre hubiese tenido empeño en no presentarse con todos los recios perfiles de su personalidad o tratase de velarlos lo más posible, a su paso por estas tierras".

Con todo, Soto Hall hace surgir a Monteagudo, en ese aspecto de su meteórica existencia, como un torso de la sombra. Los rasgos son precísos y netos, basados en una copiosa documentación, fruto a su vez de

largos estudios realizados por nuestro poeta —ahora austero historiador—, en esos largos viajes que ha emprendido por América en su doble calidad de heraldo de sí mismo y de misionero pacifista del formidable rotativo bonaerense, que le escogió con notorio acierto para una doble gira continental. Viaje de triunfos, debidos a la sólida cultura del poeta, a su resonante renombre y a sus inmediatos prestigios de prestancia personal y seducción espiritual.

Los odios contra Monteagudo, omnipotente Ministro en el Perú bajo el protectorado de San Martín, encuentran la siguiente justificación en nuestro analista-poeta: "Político y socialmente, Monteagudo despertaba odios y envidias. Impulsivo, violento, desdeñoso, nada era capaz de detenerle ni menos de torcer sus designios una vez que sus convicciones o las necesidades del momento le obligaban a tomar una resolución. Como politico, era un hombre-tormenta. Poseia el trueno que aterra, el relámpago que deslumbra y el rayo que mata. Su verbo tonante y amenazador ponía pavura en las almas y sobre todo, suscitaba la ira de los cobardes y de los débiles, de los irresolutos y de los ambiciosos, la más temible de todas las iras.

Y había algo más, acaso peor para el ilustre argentino. Su talento, su elegancia, su encanto personal en sociedad, le atrajeron, naturalmente, las dulces preferencias femeninas, lo cual aumentó la cólera contra ese Petronio de la independencia, como dice Soto Hall. El brillante tucumano llegó a ser el dueño consecutivamente del alma y del cuerpo de tres hermanas limeñas. Tenía que caer y cayó.

Entonces más que nunca se dedicó a trabajar por aquella idea de la unión americana, que cargaba de su electricidad nuestro continente hispano en los dias de su liberación y de la que fué uno de los más ilustres paladines. Bajo instrucciones casi seguras de Bolivar y siguiendo inspiraciones propias, vino a Guatemala para hacerle ambiente favorable a la magna idea (que aquí lo tenía amplísimo), y para hablar personalmente con nuestro insigne José Cecilio del Valle, de cuyo alto patriotismo y talento sereno y poderoso era ferviente admirador el enérgico y estallante Monteagudo.

El grande hombre centroamericano se encontraba entonces en México; pero en cambio Monteagudo trató aqui (fines del 23 a enero del 24) a varios intelectuales y patriotas de la más positiva valia, entre los cuales hizo amistad de afinidad electiva con el Doctor Pedro Molina, sabio, cáustico y prócer de libertades y pensamiento. A falta de Valle, el argentino hizo saber al Libertador que Molina era el hombre indicado para llevar la representación de las Repúblicas unidas del Centro a la proyectada Asamblea continental. En carta de Huarica dice el Libertador a nuestro Padre de la Patria (17 de julio de 1824): "Por el señor Monteagudo sabia que usted habia sido nombrado para llevar a efecto la deseada Federación Americana, y que los talentos y virtudes de usted lo hacian muy capaz de ello. Por mi parte me felicito que un alma tan elevada y corazón tan puro sean empleados en la obra más grande para la dicha del Nuevo Mundo".

Otro detalle muy interesante recoge Soto Hall respecto a la estada de Monteagudo entre nosotros. Traía consigo un magnifico retrato, al óleo, de Bolivar, el que, por sugestión de don Justo Milla, Presidente de la Asamblea Nacional Constituyente que acababa de promulgar la Carta Fundamental de Centro América, fué adquirido por aquel glorioso Congreso para honrar con él su Salón de Sesiones. Con el objeto de que se amplie el conocimiento de este hecho, y como final de estas lineas de justicia afectuosa antes que de critica en sí misma que dedicamos a nuestro amigo Soto Hall, reproducimos los documentos que él publica sobre aquel memorable homenaje tributado a Bolivar por una Asamblea digna de él.

"Habiendo llegado a esta corte el caballero Monteagudo, procedente de América del Sur, quien trae consigo un retrato, de cuerpo entero, del inmortal Bolivar, pedimos se ordene al S. P. E. agencie del modo más oportuno con el indicado ciudadano Monteagudo que franquee el referido retrato con el objeto de que se saque una copia de él, lo más perfecta que se pueda,

debiendo constar ésta también de igual dimensión a la de su original; y que puesta en un marco sencillo, se coloque en el Salón de Sesiones de la Asamblea y al lado derecho del solio, con la misma inscripción adecuada que se sirva acordar la Representación Nacional a nombre de estos Estados en testimonio de gratitud y de la consideración y aprecio que merece a la generalidad de sus habitantes el inimitable genio de América, el Libertador Simón Bolivar.—*Isidoro Menéndez, Cañas, Dávila, Milla, Márquez, Argüello, Molina, Quiñónez, Barrundia, Sosa*".

Por su parte Monteagudo dirigió la siguiente carta a don Justo Milla:

"Muy señor mio y de mi aprecio:

Tengo la satisfacción de remitir a usted el retrato del General Bolívar que le ofreci ayer con la idea de que se sirviese usted presentarlo al S. P. E. de las Provincias unidas del Centro de América. Deseando mostrar al gobierno mi profunda consideración y el encarecido interés que me anima por el destino de esta importante sección del hemisferio libre, he creído que el retrato del héroe de nuestro siglo es el más digno obsequio que, al visitar este país, puedo ofrecer a los que admiran prácticamente sus virtudes, y a los que desde el Septentrión hacen los mismos votos que el Libertador de Colombia por la paz del continente y por la consolidación del gran pacto que debe unir para siempre a toda la familia americana..."

Naturalmente, el gobierno aceptó el valioso obsequio y por medio de Milla hizo llegar a Monteagudo las más expresivas gracias. El retrato exornó, pues, el Salón de Sesiones, con esta leyenda, colocada a la altura de una mesa correspondiente al mismo y con letras de oro sobre la carpeta florida que debía cubrirla: "A SIMON BOLIVAR — por la libertad del Nuevo Mundo". Al pie del cuadro se dispuso poner esta otra inscripción:

"La Asamblea Nacional Constituyente de los Estados Federados del Centro de América, decretó en honor del Libertador del Sur Americano poner aquí su retrato. Guatemala, diciembre 18 de 1823."

María Candelaria

Por Carlos Samayoa Chinchilla

¡Ah malhaya pito real comedor de plátano criollo! ¡Ah malhaya guardabarranca comedor de aguacates maduros! ¡Ah malhaya cenzontles comedores de pozol y de almorzácate! ¿Por qué no cantan los pájaros si tienen tanto que comer y las jaulas están limpias?

La india Maria Candelaria, después de haber ido a la quebrada en busca de agua fresca y de haber colocado cuidadosamente sobre los tizones de crepitante encino la olla de nixtamal, se acercó al tapexco donde yacía aletargado su pequeño hijo y lo contempló tristemente.

¡Pobrecito el hombrecito, toda la noche quejándose...! ¡Debía de estar muy malo el hombrecito!

Dias antes, ella lavaba como de costumbre en el fondo de la barranca vecina, al umbroso pie del sauce desde donde parece que el cielo está más alto, y siendo ya medio dia, retorcía la ropa lavada, pensando en volver a su rancho, cuando el patojo del vecino Iboy, de los Iboyes de San Juan, la habia llamado a gritos desde el tope de un paredón. Maria Candelaria, alarmada por aquellos gritos había hecho a toda prisa un envoltorio con la ropa húmeda, la había colocado sobre su cabeza y llevando en la mano el guacal de tecomate con el jabón, había comenzado a subir por la empinada veredita.

¿Qué podia haber pasado en su rancho...? ¿Su hijo...? No; Maria Candelaria recordó que el muchacho, después de

haber terminado el remiendo de algunas jaulas, le había dicho que iría al monte a visitar sus trampas.... Y eso lo hacía casi todos los días, porque el hombrecito era cazador de pájaros de monte.

¿Qué podía haber pasado entonces? Terminando de subir la cuesta divisó un grupo de gente frente a la puerta de su rancho. Con el corazón en tumulto se acercó. Tendido sobre una sábana, estaba su hijo, pálido, silencioso y frío como hecho de terrón. María Candelaria depositó su ropa lavada en brazos de una vecina y con la ayuda de Manuel Hernández y dos de los Iboyes, cargó el pequeño cuerpo de su hijo hasta el tapexco.

Al cabo de un buen rato el muchacho volvió en sí, y como se quejaba mucho de dolores en la espalda, se había mandado recado al curandero de Chinautla. Sucedió que el muchacho había caído desde lo alto de un árbol de jocote, al cual había subido para apoderarse de unos pichones de cenzontle de huatal, que habían caído en una de las trampas.

A las tres de la tarde de ese mismo día, llegó el curandero montado en una vieja mula de carga. El mismo señor Mateo Recancoj de Chinautla que, según se asegura, es muy conocedor de todas las plantas medicinales.

Sin contestar al respetuoso saludo de María Candelaria desmontó de su vieja mula y penetrando al interior del rancho invocó primero al santo de la casa, un viejo cromo del Señor Sepultado de la iglesia de Santa Catarina, y en seguida le pidió permiso para curar al enfermo:

"Jesús, Jesús, en el nombre de Dios y con tu permiso. Si es la mala voluntad de un brujo. Si es la mala intención de un hechicero, voy a ojear los fuegos que tiene el enfermo en la cintura y en la espalda. Con tu permiso señor santo de la casa. Con el permiso de los señores del lugar, con el de la gran mujer de Chinautla, que se aleje la enfermedad. Amén."

Después, pidió un huevo de gallina negra. Para conseguir ese huevo hubo necesidad de recorrer todas las casas del poblado, pero al fin, con la gracia de Dios, se encontró y cuando el curandero, que tanto sabe, lo tuvo en sus manos, lo hizo rodar sobre el vientre del muchacho; encargando con mucho misterio, cómo deben hacerse estas cosas para que den buen resultado: que el huevo se enterrara en un rincón del patio en un lugar donde nadie pudiera verlo ni tocarlo. Y tal como él había dicho que se hiciera así se hizo, todos pueden decirlo que asi se hizo, pero el hombrecito había seguido quejándose.

La tarde anterior habia vuelto el curandero a visitarlo, y como no notara ninguna mejoría y los dolores fueran en aumento, dijo que tal vez el muchacho estaba quebrado, todos lo habían oído, que tal vez estaba quebrado, pero que de todos modos sanaría con un remedio que sólo él conocía.

Como ya se estaban agotando los dineritos guardados en el fondo de un bucul, y el señor Mateo Recancoj se mostrara muy exigente en su paga para conseguir el nuevo remedio, la india María Candelaria había decidido ir esa mañana a la ciudad y vender los pájaros.

Mientras tanto, el sol comenzaba a entrar en alegres hacecillos de oro por entre las cañas del rancho. Se estaba haciendo ya muy tarde, María Candelaria. Muy apenada por el estado de postración en que se encontraba su hijo, la india se separó lentamente del tapexco y comenzó a descolgar del techo y de lo alto de los horcones las jaulas, poniéndolas una sobre otra. En seguida las cubrió cuidadosamente con una sábana roja. A los pájaros hay que cubrirlos cuando se les lleva en camino, por que si no extrañan, y ya no cantan nunca.

Después, llena de esperanza, colocó las jaulas sobre su cabeza, salió de su rancho, atravesó un sembrado donde la milpa echaba al viento mañanero sus verdes banderines, y pensando en su hijo enfermo, llegó hasta la puerta de golpe que daba al camino real.

....

—¿Comprás pájaros marchante?

—A ver María... ¿Ya cantan...?

—Sí canten....

Y la mujer rubia, inclinando todo el oro de su frente sobre las sucias jaulas, hurgaba con el índice entre los palitos, tratando

de tocar a uno de los prisioneros; los cuales, asustados, se refugiaron en el extremo opuesto con el pico y los ojos muy abiertos.

—Con seguridad que no cantan. Están muy ariscos. Miralo María, este está muy triste....

—Sí canten....

—¿Y ese guarda? Acaso tiene las narices atravesadas? Con seguridad que no va cantar nunca....

La india María Candelaria, la mayor parte de las veces, permanecía silenciosa ante el aquel torrente de palabras:

"Son muy caros. Están muy tristes. No tienen bigotes. Tienen la pluma arruinada. Te compraría ese pito real, si no estuviera tunco...."

¿Para qué tanto hablar, si no habían de comprarlos? O si no, se limitaba a repetir monótonamente como un ritornello:

—Sí canten....

—Bien que canten....

Durante toda la mañana trotó por las calles de la ciudad hostil, se sentó sobre las soleadas aceras, se detuvo en las esquinas, ofreciendo siempre su alada mercancía; pero todo fué inútil porque ese dia, por desgracia, no logró vender ni un sólo pájaro, y a las tres de la tarde, rendida de tanto caminar, resolvió volver a su polvoriento villorrio.

Cayendo el sol atravesó el sembrado donde la milpa echaba al viento sus verdes banderines, y pensando siempre en su hijo, llegó hasta la puerta de su rancho. Todo estaba en silencio. Al fondo, envuelto en muchos trapos, estaba el hombrecito, frío, seco y duro, como hecho de terrón. Estaba muerto.

La india María Candelaria encendió entre sollozos una de las candelas que había comprado al salir de la ciudad, y en seguida se sentó sobre sus talones, a un lado del tapexco.

¡Muerto nanita, Santísima Virgen! ¡Muerto el hombrecito, mientras ella había ido a vender los pájaros al pueblo de los ladinos, para poder pagar el remedio! ¡Y los condenados que no habían querido pero ni moverse entre las jaulas...! De los más hondo de su carne sintió subir el hervor de una torpe y sofocante angustia: Muerto pues, muerto pues....

Y comenzó a llorar. Primero, un grito largo y desteñido; luego muchos, siempre en crescendo, y después, un largo lamento hamaqueado y dulce como una canción: ¡Pobrecito el hombrecito que ya no vió sus pantalones! ¡Pobrecita la María Candelaria, que ya no vió a su hombrecito con los nuevos pantalones! ¡Ah pobrecito, el hombrecito!

Entre tanto, los pájaros hambrientos se revolvían en sus jaulas arañando las cañas con las uñas, y la india, maquinalmente, casi sin saber lo que hacia, toda temblorosa, comenzó a tirar de los extremos de las varitas, dando libertad a los prisioneros.

Primero salió un guardabarranca. El pequeño envoltorio de plumas grises y marchitas dió dos o tres saltos por el suelo, sobre sus patas de negro alambre, y en seguida, inclinando la cabecita hacia el lado del sol que se ahogaba en el tramonto, permaneció inmóvil durante algunos segundos, como si percibiera en la augusta serenidad de la tarde el lejano murmullo de las frondas y los boscajes. En seguida se sacudió, y de un solo tirón, voló hasta el vecino cerco de pito. Luego salieron cuatro cenzontles que no se atrevían a usar sus alas temerosos de encontrarse con los odiados barrotes de caña; después el pito real tunco, luego otro guarda, por último tres pichones de cenzontle de agua.

La india los vió partir uno tras otro sin pena ni alegría. Al pájaro que no canta hay que devolverle su libertad para que recobre su alma, o si no, el alma del pájaro quedará perdida para siempre, y esto traerá mala suerte para el que no lo crea ni lo comprenda.

Cuando las jaulas estuvieron vacías, María Candelaria volvió a los pies del tapexco de su hijo y con la cara labrada por el dolor continuó lamentándose, lenta y monótonamente:

—¡Pobrecito el hombrecito que no vió sus pantalones! ¡Pobrecito el hombrecito!

De pronto, entre la trémula soledad de los pinares silvó la flauta de un guardabarranca,

y como si aquello hubiera sido una señal, todos los pájaros, libres y jubilosos, cantaron al sol poniente, sobre la fresca de la grama, o de los terrones, o en el penacho de los altos pinos.

¡Ah malhaya pito real comeder de plátano criollo! ¡Ah malhaya guardabarrancas comedores de aguacates maduros! ¡Ah malhaya cenzontles comedores de pozol y de almorzácate! ¡Por qué no cantaron así en el pueblo grande!

Al violento fulgor de las primeras estrellas llegaron al rancho algunas mujeres, y María Candelaria comenzó a llorar de nuevo con ellas, mientras los hombres hablaban sentenciosamente en voz baja y el ambiente se impregnaba con ese olor a humo, tan peculiar en las reuniones de indios:

Primero, algunas palabras cortadas por los sollozos, después varios gritos largos y desteñidos, y por último, un confuso coro de lamentos dulces y hamaqueados como una turbia canción.

Y así permanecieron hasta que las notas de una marimba, como si encajaran de golpe en un molde, atropellaron el silencioso regazo de la noche con el primer son del velorio:

"Voy a afilar mi machete para salir a pasear....

—Voy a afilar mi machete para salir a pasear...."

¡Ah malhaya hombres! ¡Ah malhaya mujeres, que ríen, nacen, bailan, lloran y mueren, siempre envueltos en esa recóndita y ancestral angustia de aquellos que ni quieren ni pueden escapar de las jaulas de sombra en que los encerró su destino!

GLOSAS DEL TIEMPO

Espíritu Cavernario

Por Carlos Wyld Ospina

Creo recordar que una de las características del hombre-medio de Ortega y Gasset, en *La Rebelión de las Masas*—quizá el mejor ensayo de sociología escrito en castellano durante el siglo XX— es su fobia intelectual. Realmente, este tipo seriado del profesional, el traficante, el señoritingo o fifí, el deportista y el político gallináceo —tiene a gala su menosprecio por las cosas del espíritu, en especial por las disciplinas artísticas. Su desdén hacia los literatos y la literatura toca extremos grotescos. No falta en el mundo nación de alta *kultura* que haya querido hacer del arte y la filosofía un producto del Estado y un estanco fiscal, sujeto a ordenanzas de aduana y policía. Un funcionario *ad hoc*, y a veces un tagarote cualquiera, está encargado de ejercer la censura y dictar fallos inapelables acerca de lo que debe considerarse propio para el consumo espiritual de los habitantes. Corchetes y agentes de autoridad, con esos úcases en mano, persiguen al libro, caído en el Index oficial, con la misma ferocidad del sultán otomano entrando a fuego y hacha en la biblioteca de Alejandría. La fobia intelectual, sistematizada, alcanza a las personas de los escritores: la extrañación del suelo patrio es pena común y corriente. Areópagos de sabios por serie, asesoran al funcionario inquisidor, si al caso viene, y apuntalan las sentencias ignaras con andamiaje de filosofiqueo arbitrario, donde los conceptos de raza, historia, nacionalismo, etcétera, son barajados como naipes de tahur. Esto, claro está, no es obra de la nación sino del Estado, al que una aberración política, muy de moda, pretende colocar sobre aquélla.

Por su parte, los amos del deportismo, que son simples financieros, quieren tener a su servicio a los poetas, en la medida en que los señores feudales tenían a los juglares vagabundos. Anda por ahí un proyecto que permite a los aedas loar oficialmente a los

corredores pedestres, a los lanzadores de martillo y a los peloteros de toda laya. Ne basta el fetichismo idiota con que se endiosa a cualquiera que posea mediana habilidad física para éstos y otros pasatiempos higiénicos: era necesario bajar la lira apolínea y ponerla como enrejado tras el portón del *goal-keeper*.

Es dudoso que exista en el mundo una docena de sujetos-medios capaces de tener la ocurrencia de una maestra yanqui. Sublevado el buen sentido y el corazoncito sano de la muchacha ante el delirio idólatra que seguía los pasos de tigre de Jack Dempsey o los mastodónticos de Primo Carnera —"el hombre primitivo"—, exclamó: —¿Qué se adora en ese tipo? ¿Qué pega puñetazos magistrales? Mejores golpes sabe dar una mula de Georgia. El pueblo norteamericano haría bien preocupándose de los maestros de escuela, que lo desasnamos por unos míseros dólares al año, tras de habernos torturado el magín en las Universidades, mientras los pugilistas, por romperse las narices, ganan hasta un millón de dólares en diez minutos de encontronazos bestiales. (El campeón Tunney ganó el millón en su segundo *match* con Dempsey, en Chicago, y el retador se embolsó más de quinientos mil dólares per salir vencido: Tunney, avergonzado, renunció al campeonato y se metió en una Universidad, aunque reteniendo el milloncejo.)

Acabo de admirar una fotografía en que un atleta moderno galopa, en una carrera de obstáculos, al par de un caballo. Al pie de la fotografía se hace constar, honestamente, que el caballo ganó la carrera. He aquí un caballo que hace honor a un hombre. Se trata sin duda de un caballo volteriano.

Todas estas torpezas se tratan de justificar por el *homo ignarus* trayendo a cuento las olimpíadas griegas y los juegos del circo romano. En primer lugar, los griegos nunca confundieron a Platón con un discóbolo. La vida helénica se fundaba en el discernimiento claro de las jerarquías divinas y humanas. Y en segundo término, los gladiadores del circo eran bárbaros que se jugaban la existencia en cada lucha. El vencedor salía entre lauros y el vencido iba a podrir tierra, lo mismo que la cobra desvertebrada por la mangosta. El sobreviviente gastábase en una noche, en las tabernas de la Suburra, el importe de su hazaña, que ningún romano llamó nunca heroica. Marco Antonio el triunviro, como muchos jóvenes de la aristocracia romana, era un "notable deportista", dicho en lenguaje del día; pero la historia no le conoce ni le celebra como tal.

Oyéndome comentarios semejantes, una personita literaria, afligida no obstante por escrúpulos moral-religiosos; una *chapincita pur sang*, me replicó una vez con suave iracundia: —Usted habla así porque no sabe de deportes. Respondí: —Conozco algunos mejor que usted misma, amiga cara. Gusto de los púgiles profesionales, y por años, he leído concienzudamente las publicaciones dedicadas al género. No me pierdo de ver ninguna pelea. Llegué a ser un taurófilo desenfrenado. Ese deporte español, y por consiguiente macho, constituye un arte, el más armonioso entre los artes corporales, sin comparación posible con la mayoría de los deportes semi-femeninos en moda. Los verdaderos *sportmen* sólo se encuentran en las plazas de toros, los campos de aviación y las pistas de automóviles de carrera. De muchacho patée la pelota del *foot-ball* británico, un juego también macho. Los ingleses, como los romanos, no confunden las cosas ni invierten los valores, y aquí está la razón de mis razones....

* * *

El mayor culpable del menosprecio popular hacia la literatura y los literatos es el cinematógrafo —un prodigio entre los prodigios de la inventiva y la tenacidad humana. Cayó, para su desgracia, en manos de mercachifles —enemigos naturales del arte. Heredero directo del circo de la centuria anterior y de la novela folletinesca, ha corrompido a los dos. Carece de la ingenuidad deliciosa de la vieja pantomima, en que campeó el genio del *clown* inglés. Jamás alcanzará la trascendencia picaresca, dentro formas infantiles, de los clásicos fantoches italianos —cartabón escénico y psicológico que sirvió a Benavente, si no me equivoco, para escribir su única obra maestra: *Los Intereses Creados.*

En el siglo de la gran Isabel, las muchedumbres vivían en Shakespeare como las griegas vivieron en el olimpo de sus grandes trágicos. Moliére, y Lope, y Cervantes, eran familiares a nuestros más zafios bisabuelos. Nuestro "séptimo arte" no suele meterse con sujetos de semejante talla, por un resto de pudor y sobra de ignorancia de sus directores "artísticos". Pero cuando toma a los dioses menores —un Dumas, un Zolá...— sólo produce engendros contrahechos, tonterías mal articuladas, distantes del modelo como el mono lo está del hombre, pero con un aparato escénico y una fotografía excelentes. No se llega a más, después de rebajarlo todo. Cuanto a los actores, por un Charlie Chaplin, pulula un ejército de medianías y nulidades. Todos famosos, y tan puerilmente cinicos en mayoría, que uno de esos astros de barracón decía ha poco a cierto periodista, relamiéndose los pintados labios de homosexual: —El público de todo el mundo delira por mi modo de besar...— ¡Ay! Dan ganas de contestar: —Métanle el dedo a ver si muerde...— Sinembargo, el andrógino cinematográfico tiene razón: millones de mujeres bonitas, normales, lozanísimas, deliran por aquel modo de besar —un modo de clisé, regido por tiempos y movimientos mecánicos. Esos millones de mujeres y otros tantos de varones, reputan por sublime la "literatura" de las revistas de cine —suprema creación de la majadería humana.

Para defender su manía, y sobre todo, su fobia literaria, nuestro hombre-medio achaca toda crítica contraria al espíritu retrógado. No vivimos en el siglo los que, viendo, observando y hasta gustando de lo poco gustable de esas aficiones, no poseemos tragaderas aptas para confundir las ruedas de carreta con las hostias candeales.

La verdad es que la exaltación de la cinematografía y el deporte baratos a la esfera de las funciones sociales trascendentes, nace de la rienda suelta de que hoy gozan las pasiones brutas y los vicios civilizados. En el pináculo, la guerra. En el receptáculo subterráneo, la revista y la película pornográfica, y esa animalidad cavernaria y triste de los luchadores musculares, esclavos sumisos de los *bussines-men.* Piernas desnudas hasta en la sopa; torsos semivelados; besos que el lenguaje soez nombra "de tornillo"; danzas, simples simulacros de la función carnal, son el motivo del éxito, centrado en una bárbara excitación glandular.

Esta perenne irritación sanguínea no deja cabe a la emoción artística genuina. La literatura sexual misma parece insípida a los catadores del plasticismo cinematográfico. Paladares estragados piden cada vez más especias. La cantárida es una antigualla.

* * *

¿Es ahora menor que en otras épocas la cultura media? Parece evidente la afirmativa, por lo menos entre nosotros. Nuestro hombre-medio de hace apenas un cuarto de siglo, cultivaba mejor que su congénere de hoy su inteligencia y su sensibilidad. Aquellas generaciones, entonces en principio de madurez o en madurez plena, aun siguen imperando en todos los órdenes de la vida intelectual. Las más profundas culturas personales que ilustran en el presente a Guatemala, pertenecen a aquellos tiempos. El guatemalense-medio hizo proverbial su buen gusto artístico, su ponderado juicio y su amor a la belleza literaria. Ahora carece la capital de la República de un verdadero teatro, aunque tenga algunos edificios llamados asi. Tampoco existen publicaciones periódicas dedicadas a la difusión artistica. Brillan por su ausencia ateneos y sociedades literarias, aunque la palabra "cultural" se aplica con prodigalidad asombrosa: hasta los mercaderes levantinos pretenden realizar "labores culturales".

Sin embargo, la bibliografía —no nacional, como se insiste impropiamente en llamarla, sino guatemalteca— se ha henchido de valiosas obras originales; pero esta feracidad no la provoca el público. El público no demanda libros guatemalenses. A fuerza de propanganda, de la que hacen la mejor parte los periodistas amigos del autor, la curiosidad de una minoría se decide a obtener esos libros. Las ediciones de más de mil ejemplares parecen excesivas. Son aconsejables las de quinientos ejemplares. Sólo así se puede llegar a la segunda o tercera edición.

La actividad editorial corresponde, en cifra principal, al Estado. El Presidente de Guatemala, General don Jorge Ubico, se ha impuesto la tarea de gran editor. A las obras guatemaltecas, dignas de publicidad, no les falta su apoyo. Una comisión idónea se encarga de los requisitos previos a la admisión de las obras, que luego pasan a las prensas nacionales donde guía su impresión con amor de hombre culto y eficiencia de experto, el Director de la Tipografía Nacional, don Nicolás Reyes O.

Nuestro hombre-medio permanece poco menos que indiferente a la triple acción de autores, gobierno y libreros. No le seducen prestigios personales ni precios baratos. Apenas, sugestionado por la repetición incesante que hace la prensa, de un nombre y de una obra, se deja arrastrar a la librería y compra su ejemplar. Muchas veces, se promete resarcirse del "sacrificio" diciendo mañana a los amigos, en la tertulia sabrosa: —Ya lei ese libro: no vale nada... La minoria devota de la lectura, culta y orgullosa de las buenas letras vernáculas, no logra esclarecer el pesado ambiente que forma la mentalidad media.

El morbo del sensualismo chabacano, de la sensiblería de la pelicula con un *happy-end* obligado, del imaginismo pseudo-histórico, pueden más que todo. La mala película, enemiga del libro, es también cifra importante en nuestra balanza de pagos. Nos daña en el bolsillo y nos daña en el gusto.

Mayo de 1935.

Romances de la Barriada

Por Manuel José Arce y Valladares

Con la colección de poemas de este título, próxima a publicarse, Arce y Valladares conquistará la gloria. Estos romances son algo definitivo. Muy guatemalteco y universal, el libro que los contiene será incorporado por Guatemala al tesoro de su cultura.

Continuador de Pepe Batres Montúfar, ha hecho labor semejante de dejar algo muy patrio en buenos versos.

Como una generosa dádiva de Arce y Valladares para nuestro *Boletín* damos aquí seis de sus mejores romances, rigurosamente inéditos. El lector verá qué sencillez de procedimiento, qué exactitud en la copia de la frase popular, qué justeza de retratos y, por sobre todo, qué poesía de buena ley en el difícil género cultivado.

VELORIO

—En esa barraca hay muerto.
—Si, pues; allí está tendido.
¿Quién era?
—No sé; un muchacho
que dicen que estaba tísico
y murió de tifoidea.
—Para el caso, da lo mismo.
—¿Entramos a ver?
—Entremos.
Aquí afuera hay mucho frío....

II

—¡Qué horror, señora! No sabe
usted cuánto lo sentimos.
—Dios se los pague, señores.
—Fuimos tan buenos amigos.
Yo lo conocí en la escuela;
él era entonces muy niño.
—Mucho tiempo trabajamos
juntos... ¡Quién iba a decirlo!
¡Era tan buen camarada!
—Si: era muy bueno mi Emilio.
—Emilio era un gran muchacho.
Fuimos tan buenos amigos!

III

—Otro trago.
—Muchas gracias.
Ve, viejo, ¿quién era Emilio?
—Aquél que mató a don Félix
en la cantina "El Delirio"

y asesinó a la "Coyota"
para robarle un anillo
y...
—Ya sé quién era el pollo:
Emilio el "Mapache"....
—El mismo.
—Dios lo tenga a fuego lento.
—Otro trago.
—Era un bandido....

IV

—Juguemos prendas, señores;
hay qué animarse un poquito.
—Mejor traigan la guitarra,
Que éste canta de lo fino.
—Oigan, pues, esta tonada
que le oí al difunto Emilio:
"María, prenda del alma,
no me negués tu cariño...."

EL CHIVO

Al filo de medianoche
y en una barraca lóbrega
reúnense los cofrades
junto a la mesa redonda.

Son devotos de las muelas
de Santa Apolonia.

El candil amarillento
más que luz proyecta sombras
que acentúan los perfiles
de las caras angulosas.
Sobre el paño las monedas
—ex votos a la patrona—
se mueven como agitadas
por los vientos de las frondas.

El humo de los tabacos
hace más densa la atmósfera;
barajan un refranero
acre y cortante las bocas;
la emoción pinta en los rostros
serenidades apócrifas.

Crece la fiebre. Los *paros*
a cada vuelta se doblan;
se contienen los alientos,
las manos están nerviosas....
De repente un alarido:
de una cuchilla la hoja
deja clavada una mano
sobre la mesa redonda.

LA DAMA CARITATIVA

La dama caritativa
hoy se acercó al campamento.
Traía anillos de oro
con brillantes en sus dedos;
bajó de su carro *Packard*
con cuatro amigas por séquito.
Trajo a la madre piojosa
y a los muchachos hambrientos,
para mitigar el frío,
unos cuantos trapos viejos.

Bien dicen por todas partes
que es generosa en extremo.

Se fué.
Se mudó vestidos
al llegar a su aposento;
y puso más naftalina
entre su armario ropero.

SABADO

Flores, flecos y cadenas
de papel cuelgan del techo;
sus colorines chillones
dan más repugnante aspecto
a la barraca mugrienta
del estanco "El Gato Negro".

El tufo del aguardiente
penetra, causa mareos;
va y viene, riendo melosa,
la *amasia* del cantinero,
y al ir sirviendo las tandas
oye brutales requiebros.

Poco a poco van llegando
los parroquianos—obreros
que traen de los talleres
de una semana los sueldos.

Al salir de su trabajo
todos acá se vinieron.

Cada vez sirve más tandas
la *amasia* del cantinero;
la conversación se anima
y todos hablan a un tiempo.

Los conceptos son viscosos,
el ambiente se hace espeso,
de las bocas las palabras
caen rodando en el suelo;
y aparecen los insultos
y las burlas y los retos.

En las acres discusiones
—son muy hombres todos ellos—
de pronto intervienen las
cuchillas de zapatero...

—¡Agentes!
En la cantina
se están matando unos ebrios!

ELOISA

La pobre Eloisa
me da mucha lástima;
llena de moretes
mantiene la cara.

Cómo la golpea,
cómo la maltrata
el gendarme estúpido
de quien es amasia.

Es la lavandera
que jamás descansa,
lava el día entero,
cuida de su casa,
a intervalos cose
y a intervalos plancha.

Cuando ella concluye
la faena diaria,
el hombre la quita
lo poco que gana
y la da de coces
y de bofetadas.

—¡Qué gritos aquellos
que la pobre lanza!
¡Cómo está de enferma!
¡cómo está de pálida!

En rictus de angustia,
que el hambre delata,
contrae los labios
la infeliz muchacha.

Esto lo comenta
toda la barriada
—aunque yo he observado
que en estas barracas,
cada cierto tiempo
cuécense las habas...

Las viejas comadres
júntanse asustadas
y es este el motivo
central de su charla.

—¡Cómo la golpea!
—¡Cómo la maltrata!
—¿Por qué no se huye?
—Porque él amenaza,
como es tan estúpido,
con asesinarla.
—¡Qué tonta!
—¿Y qué hace?
—¡Qué hombre tan canalla!

Y cuentan entonces,
la niña Tomasa,
la niña Gertrudis
y la niña Juana,
que a veces desquítase
la pobre muchacha:
que... otros pantalones...

—Muy bien hecho. ¡Vaya!
—Claro. ¡Qué lo adorne!
—Si él, como la trata...!

En cartas anónimas
el caso relatan
después al gendarme,
la niña Tomasa
la niña Gertrudis
y la niña Juana.

EL ASESINO

Qué callejones tan tristes
tan largos y tan estrechos;
van hacia todos los puntos
cardinales, retorciéndose,
con el dolor de las gentes
identifícanse ellos.

Parece que de sí mismos
quisieran salir huyendo.

Cómo las tinieblas hacen
más sórdido el campamento;
muy de tarde en tarde, apenas
se filtra un débil reflejo
por entre las hendiduras
de los tablones mal puestos.

Marcho solo, a grandes pasos
por el fangoso terreno
queriendo salvar los baches,
pero fallando en mi intento.

De un salto, como un felino,
alguien me sale al encuentro;
en la obscuridad he visto
que, en rápido centelleo,
quiere, cortando los aires,
beber mi sangre un acero.

Salto hacia atrás. Una racha
se lleva mis pensamientos
y me invade un calofrío
que se filtra hasta mis huesos.

—¡Alto! ¿Qué pasa?
—Perdone.
No es con usted, caballero.
Me equivoqué: busco a *otro*...
Por un tantito me lo echo!

Guardándose la cuchilla
busca mi mano en silencio.

—Joven, ¿quiere ser mi amigo?
—Muy honrado, desde luego.
—Lo invito a tomar un trago.
¿Vamos?
—Encantado. Acepto.

Después un trago de *lija*
me hace entrever el infierno.

—Ahora somos amigos:
no me vaya a hacer mal tercio;
porque yo al *otro* mañana
lo mando al *otro potrero*...

David Vela y su libro "El Hermano Pedro en la Vida y en las Letras"

Por Flavio Herrera

Este David Vela se me adentra del ojo al pensamiento con no sé qué bíblica prestancia, acaso por su nombre que trasciende a símbolo cristiano y hasta por su parvo atuendo corporal —ágil, enjuto— con su perenne amago de sonrisa en que la ironía asoma con un filo benévolo; con sus pupilas de verde brotón, a veces evocándonos las alusiones zoológicas que un profesor hondureño hace veinte años quería actualizar entre nosotros y vió en David el trasunto del lince; pero más me lo imagino —por su levedad corpórea, dije— más me lo imagino esfumándose del marco de la vida cuotidiana, para hundirse en el agua de los siglos y —buzo experto y feliz— urgando los rincones submarinos da por fin con la mina de nuestro pasado legendario como con un macizo de madréporas y luego, volver glorioso con su hallazgo. —El buzo atrapa su tesoro.— David vuelve con su hermano Pedro.

David Vela es de los pocos escritores de verdad en este ambiente lleno de sordidez y de chatura intelectual.

David Vela es escritor por temperamento. Es artista por naturaleza. Es hombre de letras por instinto y acaso por desgracia de este medio en que la inopía intelectual impone al escritor tal fortaleza de ánimo, tal ascendramiento de voluntad contra el desmayo por la hostilidad del ambiente que mantiene al artista viviendo una tragedia sorda y cuotidiana, teniendo que sacrificar una gran dosis de su totalidad vocacional a cualquier otro menester para subvenir a las urgencias materiales. Esta tragedia del artista en todas partes se agrava en medios como el

nuestro en que no se cotiza ningún valor espiritual por la misma miseria intelectual del propio medio y sobre todo, de las clases adineradas, cuya estulticie traduce, no sólo indiferencia, hasta una mueca agresiva, despectiva por todo lo que no tenga algún tufo utilitario. David es uno de los que tienen que robar tiempo a sus actividades artísticas en holocausto del periodismo, ese periodismo que acapara a los que sirven para algo mejor. Es el caso de un Samayoa Aguilar, de un Balsells Rivera, de un Francisco Méndez aquí...

Esperábamos un libro de David con golosa expectación por su prestigio de escritor de cepa auténtica y por su honradez artística, por esa conciencia que habilita la capacidad y, todo esto, nos hacía presentir la excelencia del fruto —el libro— aunque sus trabajos dispersos en el periódico, dispersos, pero todos con intención y nexo orgánicos, serian libros en cuanto al autor se le ocurriese darles esa traza formal.

Allí están sus estudios sobre la lirica hispanoamericana, llenos de documentación y no obstante llenos de frescura, de sutil penetración, de finas captaciones, de conciencia artística, obra de un espíritu fino, culto, moderno, preparado y cuya eficiencia nos consuela en estos climas en que impone sus fueros la ignorancia en compadrazgo con la audacia, y cualquier pelafustán jactancioso sienta cátedra y cobra prestigio de especialista y erudito, ante la mueca cimarrona de un mundillo por intonso propicio a que medren el cretinismo y el bluff.

Ahí están sus estudios jurídicos. Un ensayo sobre el nombre —que en cualquier parte acredita a su autor como un jurista. A veces pensamos en que esta inquietud de David, este "desparramiento" de sus actividades más diversas le roba intención de enfocar sus aptitudes hacia la esfera artística, donde, para nosotros están sus máximas virtudes y de ahí que nos escatime tanto su obra literaria ante el tácito reproche de quienes lo leen y lo admiran; sin embargo se piensa a la vez en el provecho de esa multánime capacidad, de esa virtud proteíca que responde a las urgencias de la vida moderna, de hombre de siglo, atento a todas las complejas selicitaciones del medio, ávido de captar la vida en toda su integridad, en todos sus matices a que a la postre redunda en densidad espiritual indispensable al buen artista. David así tiene tiempo de ser Abogado y escritor, tiene tiempo de enfrascarse en la disciplina mental que implica una partida de ajedrez; tiene tiempo de dar a su vida un decoro romántico con eco musulmán por su afición a la guitarra; tiene tiempo por fin de dar a su vida una prestancia deportiva que, en los ocios domingueros llévalo hacia las aguas de Amatitlán o Ciudad Vieja a ensayar clavados impecables. Con un clavado de esos se nos sumió en el agua de los siglos para bucear en busca del tesoro y aquí está de nuevo a flor del agua —tiempo— braceando hacia el futuro entre un espumarajeo de triunfo; en el rincón de la sonrisa aloja un tic de orgullo franciscano. En la pupila, el iris verde —brotón antes— se afirma ya un matiz de cepa bien lograda. La obra —su obra: "El Hermano Pedro en la vida y en las letras", con su prócer lirismo— trasciende a cosa extra temporal. El estilo, con el don de la expresión consciente y manso, rico, eufónico, evoca esos regatos cantarines que, espontáneos, se van por la llanura sin linderos ni tropiezos, duplicando en la corriente, con la luz pareja y compacta como el azogue de un espejo, duplicando —dije— un cielo de eternidad.

Vela rescata de una vez para siempre el ámbito —Antigua— y al héroe —el santo— Pedro—, y por la magia del arte los sitúa más allá del tiempo.

El libro es una síntesis felíz en que se logra la resurreccíón de la Colonia con su pátina ya cuatro veces centenaria y su prestigio místico y heroico, santificado por el siervo de Dios que unge el ambiente de milagro ingenuo.

Hay además un acuerdo feliz del tema y el estilo. La prosa resbala densa de evocación, morosa de recuerdos, saudosa de pasado, con ancestral resonancia que gíme actualizando un eco de Rodenbach cuando llora el alma de su Brujas, otra ciudad muerta. La figura estaba tocada, pero fragmentariamente: un rasgo, un perfil, una anéc-

dota. Historiadores y poetas lo evocaron en cronicones y semblanzas, en panegíricos y síntesis biográficas. Faltaba la exhumación completa, la captación integral del milagro —figura y paisaje— y lo hizo David Vela con enjundia de biógrafo moderno a lo Sweig. A David Vela estaba reservado fijar al santo en la totalidad, en la eternidad del poema, con milagrosa alquimia de belleza. David lo rescata para siempre y nos da un ya Hermano Pedro extra temporal y es porque la obra de arte —eso es el libro de David—, nos penetra de tal modo en el espíritu que nos la incorporamos como recuerdo sin situarla en el tiempo —un tiempo determinado— sino de modo permanente. "No hay belleza sino en el recuerdo" —ha dicho un escritor— y así, lo efímero, lo fugaz, lo transitorio, hecho permanente por virtud del recuerdo, cobra los atributos de la suprema belleza.

La Trágica Figura de Oscar Wylde

Por Rafael Arévalo Martínez

¡Qué profundo sabor humano el de esta obra, "La Tragedia de mi Vida", de Oscar Wylde, que nos ofrece Biblioteca Nueva, Madrid, traducida por Margarita Nelken! Como documento humano ninguno tan intenso y tan interesante. Recuerdo mucho que en la última etapa de su vida, el Rubén Darío sublimado, pronto a morir, me dijo que se arrepentía de haber escrito cosa diferente de *ensayos;* y que al tratar sobre esta forma moderna de la literatura llegamos a la conclusión de que casi todos tienen un fuerte sabor autobiográfico, del que por otra parte no se libra ningún trabajo literario, por ajeno que parezca a la autobiografía. La autobiografía nos pareció a ambos, en su forma más pura y definida, el más interesante de los géneros literarios. Si nuestra conclusión no es errada, ¡qué calor podremos insuflar a nuestro comentario a la obra más profunda del gran autor inglés! ¡Es autobiográfica, y de qué vida, la de uno de los hombres que más han interesado a la humanidad!

"La Tragedia de mi Vida" se apodera pronto de nosotros, con su profundo sabor de dolor y de grandeza. ¡Qué alma más alta la de Wylde! ¡Qué profunda, qué llena de matices! O, para elogiarlo en la forma que le hubiera sido más grata, qué imaginación más poderosa la suya.

El elogio a la imaginación creadora, "que lo faculta a uno para ver las cosas y los hombres en sus verdaderas relaciones, lo mismo en las reales que en las ideales, parece un leit motiv en su obra.

Asusta y estremece de pavor el martirio de este titán preso en una trampa para lobos, la "trampa para necios" de que habla su vil enemigo triunfante, Lord Douglas, el padre de Bosie, cuya amistad amorosa lo perdió. Tiene tonos tan grandes y elocuentes su tragedia, que uno se olvida, al leerla, por completo de su pecado y piensa, con él, que sus faltas en su vida fueron lo accidental, lo mismo que su arte, y que lo substancial, lo verdaderamente importante, es su maravillosa e intensísima vida. Y luego a medida que se van leyendo sus páginas y al compás de esa asombrosa armonía verbal del libro —que es una de las traducciones más notables que hemos leído, y en la que el texto original, quedó todo brillante de sobriedad, de concisión y de pureza literaria—, qué grande, qué poderosa oleada de desprecio para los fariseos que lograron enjaular al león. Acaso sólo Edgar Allan Poe, el hermano muy amado de Oscar, despierta, en la similitud de sus trágicas vidas, un odio anti-farisaico tan intenso. En la historia, ya encontramos otra analogía profunda, en el caso de Napoleón, defraudado en su confianza de grande hombre por los ingleses. Y la última correspondencia nos aparece, por supuesto que con la debida diferencia de escalas, en la divina figura de Cristo, el primero al que los fariseos,

que no hubieran tenido vida histórica sin él, hicieron víctima expiatoria. "Lo que la paradoja es a los conceptos verbales, eso fué el vicio en mi vida", dice Wylde, con clarividencia; pero la paradoja, la agilidad espiritual, los pies danzarines de Nietzche, toda cosa ligera y alada es el enemigo natural del fariseo, pesado por esencia; por eso se volvió contra Wylde; y yo pienso de verdad, cómo se empeña en sugerirnos la ilustre víctima: ¿No es ciertamente este don del espíritu en demasia y abundancia, lo sustancial en una vida humana, y todo lo demás, incluso los pecados de la carne, no son lo accidental y fortuito? Y lo pienso más y más, conforme me adentro en la obra maravillosa. Triste, profundo, hondo, dolorido, altísimo, diamantino, así nos aparece Wylde y se nos agiganta, a medida que leemos, la trágica figura. Cuando habla de su dolor es insuperable. El claroscuro llega a manos llenas; las cosas antagónicas, buenos elementos en la obra de arte, lo favorecen para obtener el máximo efecto de su vida. El, el árbitro de las elegancias, ha pasado a vestir el hábito presidiario, a lavar, arrodillado, las baldosas de su celda carcelaria; a alimentarse de pan y agua, sazonados con amargura; y a trenzar y destrenzar, hasta ampollarse los dedos, incesantes cordeles en esa refinada mezcla de dolor material y moral del que tiene que hacer una obra inútil, porque está destinada a deshacerla inmediatamente. (Sabido es que este sistema ha sido desterrado de los penales, para evitar el suicidio de los presos, que todavía amaban su existencia cuando creían que su obra diaria iba a servir para algo a los hombres.)

¡El Lúculo, el sibarita, a pan moreno y agua! Cuando, por orden del Médico, le concedieron una ración de pan blanco, su apasionada alma de artista, tiene estas conmovedoras palabras:

"Hará cosa de unas seis semanas, el Médico me autorizó a comer pan blanco, en vez del tosco pan negro o moreno que constituye el alimento corriente de la cárcel. Esto es una golosina. Podrá parecer extraño que el pan seco pueda ser una golosina. Mas a tal punto lo es para mí, que después de cada comida, recojo cuidadosamente todas las migajas que quedan en mi plato de estaño, o que han caído sobre la burda servilleta con que uno cubre la mesa para no mancharla; y esto no por hambre, pues ahora me dan lo suficiente, sino para evitar que se desperdicie nada de lo que me dan. Y así debe uno obrar con el amor".

Pero ya que empezamos a percibir la expresión de su dolor, copiemos más de ella. He aquí cómo habla:

"He pasado por todas las formas imaginables del sufrimiento, y mejor que Wordsworth sabria yo decir lo que él quiso expresar en sus versos:

El sufrimiento, siempre lóbrego y triste,
tiene el carácter de lo infinito.

"...Los mundos están hechos con dolor, y sin dolor no puede verificarse el nacimiento de un niño ni el de una estrella."

"...En esta mansión del dolor no hay ningún miserable, ninguno de mis compañeros, que no encarne todo el misterio de la vida. Porque el misterio de la vida es el sufrir. Se haya oculto tras todo lo demás."

Pero si su acento de amargura es terrible, no menos impresión causa su lapidación al filisteo. Los "sepulcros blanqueados" del Evangelio, que es acaso el único libro en que se les fustiga tan cruelmente, lo hacen expresarse así:

"El filisteísmo en la vida no consiste en la incapacidad de comprender el arte. Hay hombres encantadores, los pescadores, los labradores, los campesinos y otros de igual índole, que nada saben del arte, y son, sin embargo, el aroma de la tierra. El verdadero filisteo es aquel que estimula las fuerzas mecánicas, pesadas, enojosas y ciegas de la sociedad, y las apoya sin reconocer la fuerza dinámica cuando se le presenta en un hombre o en un movimiento".

"En lugar de escribir obras amorosas, hube de redactar largas cartas de leguleyo. En el bufete del Abogado Hunther me hallaba yo verdaderamente en el centro de Filistea. Alejado de todo lo que es bello, brillante, maravilloso y audaz."

Cuando se refiere a Cristo es verdaderamente sublime:

"Cristo es el verdadero precursor del movimiento romántico. Llevó a toda la esfera de las relaciones humanas esa imaginación que es todo el secreto de la creación artística. Comprendió la dolencia del leproso, las tinieblas del ciego, la cruel miseria de los que viven en el placer, y la singular miseria de los ricos.

"No cabe duda de que Cristo cuenta entre los poetas. Su concepción de la humanidad provenía directamente de la imaginación, y sólo a través de ésta puede ser comprendida. El hombre fué para él lo que Dios es para los panteístas. El fué el primero que concibió la unidad de las diversas razas. Todos los que entran en contacto con El, aunque no se postergan ante sus altares, ni se arrodillan ante sus sacerdotes, tienen en cierto modo la impresión de que se les borra la crueldad de sus pecados y se les revela la belleza de sus sufrimientos.

"Cristo cuenta entre los poetas. Shelley y Sófocles son hermanos suyos; pero su misma vida constituye el más maravilloso de los poemas, y nada hay, en todo el ciclo de la tragedia griega, que pueda igualar *el temor y la piedad* de esta vida. La inmaculada pureza del protagonista eleva este edificio a una altura de arte romántico que, a causa de su mismo dolor, les está vedada a los sufrimientos de las familias de Tebas y la de los Atridas. Ni en Esquilo ni en Dante ni en Shakespeare, ni en todos los mitos y leyendas celtas, no hay nada que pueda igualarse ni siquiera aproximarse al último acto de historia de la pasión de Cristo."

"Aquella simple Cena, con sus discipulos, uno de los cuales ya le ha vendido por unos cuantos dineros; aquella angustia del alma en el tranquilo jardín iluminado por la luna y en el cual el falso amigo habrá de acercarse a El para traicionarle con un beso; aquel amigo, que todavia creía en El, y en el cual El creía poder fundar, como sobre una peña, un refugio para la humanidad, y que lo niega en cuanto el gallo canta el despuntar del día; aquella su soledad absoluta, aquella sumisión suya con que El todo lo acepta, y junto a éstas esas otras escenas en que el gran sacerdote de la ortodoxia, en su furor, le desgarra sus vestiduras, y el funcionario de la justicia civil manda traer agua con la vana esperanza de poderse limpiar la mancha de sangre inocente que lo hace aparecer como la más sangrienta figura de la Historia; la escena —uno de los sucesos más maravillosos de todos los libros de todos los tiempos— en que le es impuesta la corona de espinas; aquella otra de la crucifixión del Inocente ante los ojos de su madre y del discípulo a quien amaba; aquella —mientras los soldados se reparten y juegan sus vestiduras— de la horrible muerte por la cual dió al mundo el más eterno de sus símbolos; y, finalmente, aquella escena de su entierro en la sepultura del rico, la escena en que su cuerpo es embalsamado con especies preciosas y perfumes y envuelto en un sudario egipcio, cual si fuere el hijo de un rey."

"La misma vida sacó de su capa más profunda y humilde una figura harto más espléndida que la de la madre de Proserpina o la del hijo de Semelé. Del taller de carpintero de Nazaret surgió una personalidad infinitamente más grande que cualquiera de las creadas por el mito o la leyenda, una personalidad que estaba —cosa extraña— destinada a revelar al mundo el misterioso sentido del vino y la verdadera belleza del lirio de los campos, cual nadie aun había sabido explicarlo ni en el Citerón ni en el Etna. Hubo de luchar principalmente contra los filisteos. Es esta una lucha que todo hijo de la luz vese obligado a proseguir. El filisteísmo era la característica

de la época y del pueblo en que él vivía. Por su hermética mentalidad, su inflexible rectitud, su monótona ortodoxia, su adoración a los ídolos del día, su exclusiva preocupación por las cosas groseras de la vida material, su risible engreimiento y su suficiencia, los judíos de Jerusalén, contemporáneos de Cristo, eran exactamente iguales a los filisteos británicos de nuestros días. Cristo clamó contra "Los sepulcros blanqueados" de la respetabilidad, y ha dejado esta expresión grabada para siempre. El éxito mundano era para El algo absolutamente despreciable, que carecía totalmente de significación, y la riqueza, una carga abrumadora."

A los golpes del dolor, aquella alma de buen metal de Oscar se depura y perfecciona, se hace más maleable y fina. Por las siguientes frases, que copiamos de él, se verá cómo lo hace reaccionar su dolorosa estancia en la cárcel de Reading:

"Lo que para mí era la paradoja en el mundo del pensamiento, lo fué la perversidad en el de la pasión. Y, por último, el deseo convirtióse en enfermedad o en locura, o en ambas cosas a un tiempo. Dejé de preocuparme de la vida de los demás, y gocé donde se me antojó, y seguí adelante.

"Olvidé que la más íntima de las acciones cotidianas forma o destruye el carácter, y que, por lo tanto, algún día habremos de gritar desde el tejado lo hecho en el secreto de la alcoba. Perdí el dominio sobre mí mismo. Dejé de ser el piloto de mi alma, sin advertirlo. En cambio, me dejé dominar por el placer, y vine a parar a esta tremenda vergüenza. Ahora ya sólo me resta una cosa: la humildad perfecta...."

"...Pasado algún tiempo, decayó esta crisis, y logré persuadirme que había de vivir, pero envolviéndome en una aflicción profunda, cual un rey en su púrpura; no volver a sonreír jamás, convertir en mansión de tristeza cada casa que yo pisase; obligar a mis amigos a caminar junto a mí al paso lento de mi melancolía; enseñarles que éste es el verdadero secreto de la vida; amargarles la alegría con el dolor ajeno; torturarles con mi propio dolor. Mas, ahora, he cambiado radicalmente de modo de pensar. Comprendo que el poner una cara tan fúnebre sería de mi parte descortesía e ingratitud, pues ello obligaría a mis amigos, cuando me visitasen, a poner caras todavía más fúnebres para expresarme así su simpatía, o, en el caso de que yo quisiera obsequiarles, invitarles a sentarse silenciosamente ante unas hierbas amargas y una comida funeraria..."

"...Hay veces en que uno tiene la impresión de que sólo podrá apurar el día con una frente de hierro y una expresión de desprecio en los labios. Y quien se halla en estado de rebeldía no puede participar de la gracia —para emplear la expresión de que tanto gusta, y a mi juicio con razón, la Iglesia—, pues en la vida como en el arte, el estado de rebeldía cierra los canales del alma, y no deja entrar los consuelos del cielo....

"...El amor es un sacramento que debería recibirse de rodillas con estas palabras: *Domine non sum dignus* en los labios y en el corazón.

"...Y así como el primer año de cárcel no hice otra cosa, ni puedo recordar otra cosa que el retorcerme las manos con terrible desesperación y gritar: "¡Qué fin! ¡Qué fin más terrible!", ahora intento decirme, y me digo efectivamente algunas veces, con entera sinceridad, cuando no me torturo a mi mismo: "¡Qué principio! ¡Qué maravilloso principio!"

Y acuérdense los lectores de que el que prorrumpe en estos acentos tan nobles tiene un alma rebelde y libre, que ha dicho cien veces que no le interesa en nada la

moral ni la metafísica. Tal vez precisamente por eso sus palabras nos causan más viva impresión. No olvidemos que de Wylde son también estos conceptos:

"No lamento ni un instante el haber vivido para el placer, viví para él intensamente, cual debe hacerse todo lo que se hace. No hubo ningún placer que yo no gozase. Arrojé la perla de mi alma en una copa de vino. Descendí al son de la flauta la senda florida, y me alimenté de miel. Mas, el continuar esa vida hubiera sido una equivocación, pues entonces mi vida habría quedado incompleta, y era preciso seguir avanzando. Tambien la otra mitad del jardín reservábame sus secretos."

"No preciso decirte que para mí las reformas morales son tan insulsas y tan desprovistas de importancia como las teológicas. Mas, si bien es cierto que proponerse llegar a ser un hombre mejor sería una hipocresía sin fundamento, llegar a ser un hombre más profundo es privilegio de los que han sufrido. Y creo haberlo logrado."

¡Qué agradable sabor el de esta obra! Por doquiera en ella el gran estilista siembra las máximas de arte o las puras perlas de estilo que lo hicieron famoso. Oíd algunas:

"El mayor de los vicios es la ligereza. Todo lo que llega hasta la conciencia es justo."

Y esta sentencia es otro leit motiv de su obra.

"En arte, las buenas intenciones no tienen valor ninguno. El arte malo es siempre el resultado de bonísimas intenciones."

"Algunas almas son copas pequeñas cuya cabida no puede aumentarse."

"Linneo cayó de rodillas, y lloró de emoción, al ver por primera vez la vasta llanura de una meseta inglesa dorada por la aromática retama; yo, para quien las flores constituyen una de mis más ardientes añoranzas, sé que los pétalos de las rosas me reservan lágrimas."

"Nosotros llamamos utilitaria una época en la cual no sabemos aprovechar nada. Nos hemos olvidado de que el agua sirve para lavar las manchas, el fuego para purificar, y de que la tierra es nuestra madre común. Y por esto nuestro arte es un arte lunar, y juega con sombras, mientras el arte griego era el arte del sol y se dirigia directamente a las cosas."

He acabado de leer la obra y me siento lleno de unción y de respeto por el alma altísima y nobilisima que refleja. Lo único que no acabo de entender es la forma en que se dirige el autor a Boise, el hijo de Lord Douglas, con quien sostuvo la equívoca amistad que fué causa de su perdición. Si en lugar de ser dirigida la larga carta a un hombre lo hubiese sido a una mujer, todo aparecería natural. Y para entender a Wylde, ensayo acordarme de todas las formas posibles de la amistad, yo que he querido apasionadamente a algunos amigos, sin por ello dilucidar más el problema. Pero si no entiendo, no por eso pronuncio un anatema farisaico. Son módulos de un gran espíritu, que no quiero sujetar a ninguna pauta. Porque simplemente hablar de *inversión* y creerlo así aclarado todo, es una ingenuidad.

Quiero acabar este largo artículo, que espero provoque el interés por "La Tragedia de mi Vida", con las orgullosas y serenas palabras con que Wylde expresa su superioridad, porque acaso son de las que más gratas me fueron en el libro, por amor a la sinceridad y odio a la hipocresía:

"Los dioses habíanme otorgado casi todos sus dones: poseía el genio, un nombre ilustre, una elevada posición social, la fama, el esplendor, la audacia intelectual. Yo he hecho del arte una filosofía y de la filosofía un arte; yo he enseñado a los hombres a pensar de otra forma, y he dado otro color a las cosas. Cuanto decía o hacía asombraba a las gentes. Me apoderé del drama, la forma más objetiva que se conoce del arte, y la converti en medio de expresión tan personal como una poesía lirica o un soneto, y al mismo tiempo amplié su campo de acción y lo enriquecí en su psicología. Drama, novela, poesía en prosa y poesía en verso, diálogo espiritual o fantástico, cuanto yo toqué lo revestí de una belleza nueva. E incluso a la verdad, le impuse el artificio y le di su carácter natural, e hice de ambos su imperio legítimo. Y mostré que la verdad y el artificio son únicamente unos aspectos intelectuales."

RECADO SOBRE LIBROS

Cuentos de Salarrué

Por Gabriela Mistral

Un Cuentista Centroamericano

Se ha quedado corriente fluvialmente a lo ancho de la América Central el libro "Cuentos de Barro", de Salarrué, y no ha alcanzado la edición urgida, de tiraje, hacia la América del Sur. Existen las Américas de partidos segmentos. Centro América corresponde a la falange mexicana y forma con ella una de las cuatro Américas que yo suelo enumerar.

Cuando pienso en los núcleos personales de americanidad pura, con que cuenta —a Dios gracias— nuestro Continente descastado, me viene entre los primeros este nombre de Salarrué (fusión ardidosa de dos apellidos) y veo al dueño de esa racialidad que le amo tanto y oigo su prosa como quien escucha cafetal o plantel de caña. Retengo la imagen física y entrego la oreja mucho tiempo; hallo una dicha grande en estas comunicaciones con criatura de veras nuestra.

El hombre es un vasco hermoso y limpio como una copa de plata, hecho por la madre con la mejor plata humana, y así luce, por donde lo vuelvan, de honradez, de claridad y de firmeza. Frecuenta unas teosofías que no le hacen daño ni en turbia confusión ni en salto de trampolin, desde este mundo.

El vasco, criatura acérrimamente concreta, se entró con denuedo por esos bosques de nieblas y fuerza a contorno los materiales del Oriente, en los que tantos se enredan y se tumban. El criollo que vive en tierra admirable no tendrá nunca la mala ocurrencia de volver la espalda (que aquí quiere decir los sentidos) al ámbito de su Salvador terrestre. Su mística es más el menester activo de magia que servía Paracelso que un arrobo ocioso.

La lengua siete veces criolla trasuda savia, leche y esencia americana. Leyéndola se cree, contra toda la experiencia literaria de nuestros pueblos, que tenemos y que tendremos cada día más, una lengua teñida en nuestros frutos y oliendo al humus sacro. El ejemplo de la prosa suya no alega sino que convence como catapulta.

Prosa sobria, que nos reconviene por sí misma de aquella gran tontería que adjudicó al trópico al reguero verbal y el barroquismo en trance delirante.

Originalidad profunda de hombre leído, pero que no se alquila en colono, cada semana, al escritor que estuvo leyendo. Y unos atisbos, unos descubrimientos y hasta unas intuiciones estupendas de lo indígena. Mira en varios planos su ojo: ve lo que vemos todos, más lo que ven los mejores, más lo que vislumbrarían unos ojos hábiles para el suelo, como los de un insecto, o como los ojos que tendrían unas raíces llenas de pupilas en la ceguera subterránea. Los teósofos dirán, afirmados en el documento de estas historias, que su Salarrué hace, cuando quiere, el hombre; cuando se le ocurre, el gnomo soterrado; cuando le acomoda, el deva o ángel bramánico.

Extraño libro de cuentos, y a pesar de lo inefable que corre por él, tan claro su esoterismo como los metales que en esta misma norma saben ser lucientes y secretos.

La Poesía de Claudia Lars

Por León Pacheco.

Melancolía que del indio llega.
Inquietud que se lanza a los caminos.
Vibración misteriosa que me lega
la raza celta de los nervios finos.

Claudia LARS.

"Estrellas en el Pozo" coloca a Claudia Lars (Carmen Brannon), en un arranque que sale del fondo mismo de nuestra raza, en el primer plano de la poesía americana. Es un libro milagroso, no solamente porque es un grito lanzado a la fuerza de la belleza sino porque es un canto vital salido del alma de una mujer. Conflicto armonioso en el cual resplandece, una vez más, la poesía auténtica con que se une al arte la teoría femenina que ha conmovido a todos los siglos desde el nacimiento de la primera poetisa occidental: Safo.

Se dijera que en la lira monorrítmica que siempre ha inquietado a la mujeres tocadas por el demonio de la expresión emotiva, palpita un mismo sentimiento de asombro ante los misterios húmedos del mundo. En la humedad crece la vida, de ella nace, como Venus, diosa de sal con "reminiscencias de molusco". Pero también en las poetisas auténticas la poesía ha sido un vicio solitario, quizás por un acto fallido del tiempo cuyos ritos sagrados estuvieron en Lesbos. Por eso esta poesía ha sido sensual; olorosa a vientos de mar, a tierra húmeda, a fruto preñado de promesas. Y además es poesía en devenir porque la mujer teme, incondicionalmente, la obra cruel del tiempo, que tiene sabor de ceniza en sus sueños y aun en sus mismas realidades.

Hay trascendencia de lo fugitivo de los momentos que, engarzados en la plenitud del mundo, son la dádiva de los sentidos. Las poetisas no son tristes: son, a lo sumo, grávidas en su alegría, o tienen, también a lo sumo, una emoción religiosa que las hace confundirse en Dios —última esencia del panteísmo—, con un espasmo lunar. El misterio de la carne es un goce sensual dentro del cual buscan justificar su intimidad poco lírica. Un niño o un verso son para ellas el don de su necesidad de romanticismo.

Dos motivos predominan en los versos de Claudia Lars: El Amor y la Vida. En esto sale de la tradición que la influencia de la Condesa de Noailles hizo aparecer en América con el nacimiento de aquella uruguaya que fué más hembra que poetisa: Delmira Agustini. El Amor y la Muerte fueron la preocupación de la Condesa que, quizás en su Rumania natal, sintió resonar en su alma el verso póstumo de Safo. Claudia Lars, por el contrario, comulga con la Vida, la lleva como "voluntad de Poder", que decía Nietzsche. Cuando la Muerte asoma en su cielo poblado de optimismos, exclama, con una desolación que no tiene nada de filosofía del Eclesiastés y sí mucho del Khayyam:

Mas tal vez, cuando mayo de flores vista el prado,
abra tu savia el cáliz del jacinto rosado
y endulces el agrio gajo de las moras rojizas.

Lo que el poeta persa sintió en el fondo de la copa del festín egoísta —la fragilidad del tiempo—, ella lo aprisiona en este devenir que alegrará primaveras por venir.

Vuelve siempre esa voluntad eterna, que es como un rito pagano en este sordo desierto en que todas las fuentes de la fantasia han enmudecido bajo el olor pestilente del petróleo del mecanismo moderno, a saltar en sus versos. Perseverancia que nos recuerda a Zaratustra perdido en La Engadina, loco de lirismo y de soledad, predicando el Retorno Eterno. ¿No sorprendéis en estos versos religiosos que esta poetisa ha desgarrado el velo de Isis? Cristiana porque llama hermano al lobo; teósofa porque en vidas futuras siente, desde ya, los escalofrios de la rosa que será su alma, cuando frente a ella repitan su eterno diálogo los sexos que busquen fecundarse para que Dios sea único e infinito.

Quiere fuertes a las cosas. Sobre todo al Amor. Para que duren los destinos que nos atan al sentido trágico del mundo se necesita la fuerza.

¡Somos esclavos tuyos, Dueño fuerte,
Señor que das la vida y das la muerte!

¿Pero es en verdad una musa angélica la de Claudia Lars? ¿Es más bien una musa pagana, una musa de festin coronada de pámpanos para el rito dionisiaco? No hay posibilidad de vida sin ángulo, como no hay posibilidad de cielo sin ángel: ambos tienen una misma raiz. Los poetas son angélicos y son dionisiacos. Inmovilidad en el cielo; fecundidad en la tierra.

Tiene Claudia Lars un admirable sentido del paisaje; es un alma mediterránea, como la de Góngora, el obscuro, como la de Garcia Lorca, el claro. Pero sobre todo tiene algo que falta casi en todas las poetisas de claridad clásica; sentido lírico, asombro de pertenecer al mundo y poder decirlo con un tono de elegia insumisa. Los poemas a su hijo no son otra cosa: y estos poemas son lo mejor del libro. Florecillas que bien podrían ser del jardín de Juan Ramón Jiménez; pero que son muy suyas porque su hijo es un milagro. ¿Qué de dónde a mí llegaste? Es la trasmutación de valores que vibra en nuestro espíritu. Oid la alegría con que lo dice:

¿Qué de dónde a mi llegaste?
¡Quién lo pudiera decir!
Sólo sé que en mí has vivido,
desde que empecé a vivir.

Estos poemas son verdaderos retablos hechos con la ingenuidad con que los primitivos flamencos pintaron el divino alumbramiento. El Donador y la Virgen se han convertido en ellos en una aspiración de alabanza tropical: ofrendan a la Vida y al Amor frutas morenas y jugosas y unos ojillos infantiles prendidos aun a la madre por un ombligo lirico.

La explicación del sentimiento lírico de Claudia Lars —que Ortega y Gasset condenaria—, está en su propios orígenes raciales. Hija tardía de un hombre que descubrió los rumbos del mar y de la aventura al fletar sueños en las playas benditas de los santos irlandeses para una América color canela. Nació en el trópico, en un pais que llaman, con expresión nerviosa, El Valle de las Hamacas, porque en él los volcanes sienten más que los hombres. El lirismo de aquella raza celta cuajó, bajo el sol candente, en un abrazo que fué todo fecundidad. ¡San Patricio es el patrón de esta gran poetisa que tiene el color moreno de nuestra tierra cuando la lluvia la azota como una bendición o como un castigo! Los indios de El Salvador no pueden imaginarse a la Virgen —que tuvo también su niño—, sino como una de esas compañeras suyas que parecen haber salido de los cuentos de Salarrué. ¡Barro, barro lírico en el cual florece una flor de Yeats!

"Las Tinajas"

Por Miguel Angel Magaña

La bibliografía salvadoreña va a recibir dentro de poco un precioso regalo:

José R. González M., joven inquieto, que ha deslizado su pluma cultivando el motivo criollo, acaba de terminar *"Las Tinajas"*, obra de un sabor netamente *salvadoreño,* muy nuestro, muy guanaco, como diría un crítico chapín.

He tenido en mis manos los originales de la novela y confieso sinceramente, que jamás había leído obra criolla que me dejara un grato sabor de la tierruca, una satisfacción reposada como *"Las Tinajas"*.

González M. ha pasado buena parte de su vida observando la idiosincrasia de nuestros "humildes", para retratarlos en sus páginas admirables; ha convivido con ellos, alegre en sus alegrías, triste en sus tristezas, hasta arrancarles el secreto enigma de su monótona existencia, hasta levantar el velo que oculta toda la tragedia de esos moradores del campo que saben todos los misterios de la vida.

Desfilan en su novela interesantes tipos que caracterizan a otros tantos que la diaria existencia hace desfilar ante nuestros ojos, mientras los vemos indiferentes, sin analizar la cuestión social que desempeñan en el gran drama de la Vida.

Don Antonio Guillén es el prototipo del Abogado engatusador, que de porción en porción, de engaño en engaño, de trampa en trampa, va formando el patrimonio con que defenderá el porvenir de su hija que crece en medio de las crudas rivalidades de calichalinos y tinajeños, que reviven en toda la novela las eternas tragedias de los cercos que avanzan robando terrenos.

Ricardo Ardamuz caracteriza al sentido común de la vida, el hombre práctico que ha encontrado el secreto de la existencia y sigue rectamente la trayectoria de su destino hasta caer inevitablemente en las redes del amor que le tiende la hija de Guillén, el peor de sus enemigos. Al final hay una reconciliación muy humana y natural, sin recurrir a los argumentos que pululan en muchos libros con pretensiones de novela.

Pero hay en toda la novela un personaje interesante, cuyo paso fugaz por los capítulos deja un sabor interminado y deseos de que su sombra abarcara todas sus páginas, es el *Pucuyo,* el hombre deshumanizado, medio bestia, medio gente, cuya tragedia de hondo dolor y sentimiento, tiene toda la amargura de esas existencias atormentadas por un error de la naturaleza, aun cuando digan que la naturaleza no se equivoca.

Intencionalmente hacemos desfilar tres personajes en estas líneas; no queremos restar al lector el deleite que experimentará viendo las nítidas fotografías de los demás protagonistas que adornan sus bellos capítulos.

Por "la vereda pedregosa marcada a uña de res" —como gráficamente nos lo advierte el autor— desfilan interesantes cuadros de esa vida sencilla de nuestros campesinos, desde el encantador y abigarrado desfile hacia el pueblo, los domingos de descanso, hasta el clásico velorio, en donde al calor de la "cushusha" los tajantes corvos hienden los cráneos duros y crujientes, saldando viejas cuentas de amores montañeros.

Escenas de amansamiento de novillas, de potros, listos como flechas, que saltan cercas de piedras enredándose en las patas docenas de kilómetros, ávidos de distancia o premeditando un estrellón contra un tronco para deshacerse del jinete intrépido que les arrebata su libertad.

Hay un capítulo, en donde "el olor a *guarapo* era tan indiscreto que no dejaba lugar a dudas", que prácticamente asistimos a una de esas peligrosas operaciones en donde las *sacaderas* destilan el claro licor de las alegrías y tristezas. Es un cuadro de una naturalidad bien conseguida.

Como dice Ortega y Gasset al hablar de sus Ideas sobre la Novela, que "la táctica del autor ha de consistir en aislar al lector de su horizonte real y aprisionarlo en un pequeño horizonte hermético e imaginario, que es el ámbito interior de la novela. En una palabra, tiene que *apueblarlo,* lograr que se interese por aquella gente que se le presenta, la cual, aun cuando fuese la más admirable, no podría colidir con los seres de carne y hueso que rodean al lector y solicitan constantemente su interés", bien podríamos afirmar con este autor, que González M., logrará admirablemente *enmontar* a sus lectores para hacerles pasar una temporada deliciosa en los anchos predios del Calichal y Las Tinajas, llevándolos a ver un Día de San Juan o a las maravillosas siembras del maíz, cuando los campesinos cantan, para hacer más dulce la misión de la tierra.

Al autor de *"Las Tinajas"* no se le puede exigir perfección en la técnica de la novela, ni impecable acabado en sus capítulos, su libro es un ensayo que con seguridad se anotará el triunfo, principalmente cuando se le lea sin apasionamientos locales, sin envidias ni rencores, como cumple a todo buen lector.

Nuestras felicitaciones al joven autor y que *"Las Tinajas"* vacíen su sabroso contenido sobre la esterilidad de nuestro ambiente intelectual.

Noviembre de 1934.

Aurora de la Filosofía en Guatemala

De la Gazeta de Guatemala, Número 297, Tomo VII, Fol. 65, págs. 65 a 68, del lunes 28 de marzo de 1803

Tienen derecho a nuestra atención las primeras ideas, que son como la base de los conocimientos útiles, y la merecerá sin duda el siguiente extracto de unas *conclusiones* dadas a luz y defendidas en esta Real Universidad el año del Señor de *mil setecientos sesenta y nueve.* Para apreciarle en su justo valor se ha de tener presente que en el mismo año de *sesenta y nueve* fué quando se escribió en España cierto plan de estudios, que sin embargo de haber merecido la aprovación del Supremo Consejo de Castilla, no llegó a ponerse en egecución, tal vez por que de un solo paso se quiso avanzar un espacio demasiado grande; que aun no había podido llegar a Guatemala aquel plan, ni los espíritus estaban preparados para adoptarle, como todavía no lo estaban en muchas Universidades de España y sus Indias, ni en el todo ni en las más de sus partes, aunque bien defectuosas algunas de ellas: que en general dominaba en las aulas, con el nombre de filosofía, aquel espíritu que en el citado plan se denomina justamente de error y de tinieblas: y que "mientras otras naciones buscaban con orden práctico y progresivo los conocimientos útiles y sólidos, de que es capaz el ingenio humano, trataban de determinar la figura del mundo, o descubrían en el cielo nuevos luminares para asegurar la navegación, nosotros consumiamos el tiempo, como se consume todavía en algunas casas de estudios desde Salamanca hasta la Sonora, en vocear las *quididades* del *ente,* o el principio *quod* de la generación del verbo".

El autor de estas conclusiones fué el R. P. Mtro. Dr. Fr. José Antonio Goycoechea, Lector de Filosofía, hoy Catedrático jubilado de prima de Teología, y actual Provincial del orden de S. Francisco de esta provincia de Guatemala.

La Lógica, la Física y la Metafísica son los tres ramos que abraza. Algunas de sus proposiciones son dignas de la generación presente: en otras se conoce que él fué quien dió los primeros pasos; sea que el hombre que abre una nueva senda no pueda de un salto llegar al término propuesto; sea que de intento quisiese prestarse en algunas co-

sas al genio de aquel tiempo, para introducir otras con mayor facilidad. Porque en la naturaleza todo guarda un curso constante. El espíritu como el cuerpo tienen sus modos de obrar, siempre lentos y graduales. Querer precipitar sus pasos es violentarle: es disgustarle en medio de la carrera.

De Lógica sienta, entre otras, estas proposiciones. En la simple percepción de un objeto no cabe falsedad. Los juicios, o aquellos actos con que el espíritu percibe las relaciones de dos o más ideas, siempre son afirmativos.

Trata de la Fisica con más extensión. Los seres sensibles, objeto exclusivo de esta ciencia, son unos compuestos que se presentan a los sentidos variados con diferentes formas: éstos duros, aquéllos fluídos: unos densos, otros raros, sonoros, luminosos, etc. Explicar estas propiedades, y los elementos que componen los cuerpos y concluído esto hablar de aquellos seres que como la tierra, el agua, el ayre, etc., llaman la atención del filósofo con preferencia a otros objetos, es el orden con que se trata de la ciencia de la naturaleza.

"Ni el agua, dice, como creía Thales, ni la tierra, como parecía a Pherecides, ni el ayre, como juzgaba Anaximenes, ni el fuego, según la opinión de Hypase, ni todos estos cuerpos juntos son los elementos de los seres físicos. Todos los compuestos sensibles se resuelven en agua, tierra, sal, aceyte, y mercurio. Esos son los simples elementales de los cuerpos. Los seres físicos obran en el órgano sensitivo: el movimiento se propaga por las fibras nerviosas que le componen: a este movimiento sigue la percepción del alma: he aquí la sensación. El objeto que se nos presenta en ésta no es la misma cosa sensible, sino el movimiento de los nervios sensitivos. Luego ningún accidente es sensible por sí mismo, ni necesario para que los cuerpos sean sensibles. Y por consiguiente las propiedades sensibles no son accidentes absolutos.

"La perfecta dureza de un cuerpo consiste en el enlace de sus partículas travadas y encadenadas, de suerte que no dejen ningún vacio. No se encuentra en los cuerpos esta concatenación perfecta. Todos son porosos. La fluidez no es otra cosa que la unión leve de las partecillas que apenas se tocan de un punto. El movimiento trémulo y acelerado de las particulas sulfúreas produce el calor: la quietud, la carencia de fuego y cierta impenetrabilidad de las partículas salinas, constituyen el frío. El olor es aquella sensación que causan los efluvios que exalan las sustancias sulfúreas; y el sabor es producido por las partículas salinas que obran en el órgano del gusto.... El sonido no es otra cosa que el movimiento vibratorio de las partes minutisimas de un cuerpo, comunicado al ayre que circunda a éste, y llevado en línea recta al órgano del oído. Del número de vibraciones mayor o menor en igual espacio de tiempo resulta el sonido agudo o grave. De la correspondencia de vibraciones que comienzan y acaban en un mismo tiempo nace la consonancia. Y el eco no es más que la reflexión del sonido, que siempre retrocede formando un ángulo igual al que hizo con su incidencia. Esta misma ley obedece la luz reflexa, cayendo en un plano; pero quando pasa de un medio raro a otro denso, se quiebra acercándose a la perpendicular, y apartándose de ésta en el caso contrario. La luz reflexa de distinto modo según la escabrosidad, porosidad, etc., de las superficies. Y en esa reflexión consiste el color".

"La tierra se presenta redonda a los sentidos; pero aun no se ha descubierto si tiena la figura de una esfera elevada en el equador, y aplanada en los polos. Tocante a la formación de los montes, unos se formaron quando Dios mandó que las aguas se reuniesen en un lugar, y otros después del diluvio. La inflamación de las materias vituminosas y sulfúreas es la causa de los temblores... El agua es del todo incomprensible. Las lluvias y no el mar dan nacimiento a las fuentes. Ni el sistema de Galileo, ni el de Descartes, ni el de Newton explican el prodigioso fenómeno del fluxo y refluxo del mar... El ayre es un fluído elástico, comprensible, grave, que con su peso eleva las exalaciones de los cuerpos; proposición muy sabida en estos tiempos, pero cuyo descubrimiento costó mil penas a Galileo, Torriceli y Pascal en sus célebres experiencias

sobre el *Pui de Dome"*. A este propósito se promete dar una explicación precisa de todos los meteoros variados, que espantan a la plebe, y hacían temblar a nuestros mayores. Y luego pasando a tratar del alma sensitiva: en todos los animales, dice, se encuentra una sustancia fluída y sutil, que se forma en el celebro de la sangre que circula por las arterias, y que propagada por todos los nervios es el origen de las funciones animales y naturales. Los movimientos voluntarios se egecutan con los nervios que traen su origen del celebro; y los necesarios por medio de aquellos que nacen del cerebelo. En el cuerpo humano sólo los nervios son capaces de sentimiento.

Suscribiendo al sistema de Descartes asienta que el alma de los brutos es corpórea. (*) Refuta la opinión de los Escolásticos, que por un delirio propio de hombres que abandonan la naturaleza por perderse en abstracciones inútiles, creen que la podredumbre es la madre de los insectos. Concluye la Física, y entra en la Metafísica.

Descartes decía que Dios, el alma, y los principios generales de las ciencias, debian ser los objetos de esta parte de la Filosofía, la obra más sublime de aquellos espíritus extensos, que abrazan todo el sistema de la sabiduría, y descubren relaciones que se escapan al vulgo de la sociedad de las letras. No se trata este último punto; pero se habla del alma racional y sus potencias, asentando que es un ser indivisible, espiritual, inmortal, y refutando los sistemas antiguos. Se exponen algunas proposiciones sobre la causa y el ente en general, y se concluye con otras aserciones sobre la existencia y atributos de Dios.

(*) Esta y otras proposiciones, propias todavía del tiempo, necesitaban notas: pero los Editores por ahora no han tenido a bien ponérselas. Lo harán más adelante, si algun corresponsal, de tantos capaces de hacerlo, no se les anticipa.

Jfrm. Se ha respetado la parte gramatical.

Monteagudo

Por Máximo Soto Hall

Acabo de leer un libro biográfico, de 187 páginas, bien impreso, publicado no hace mucho en Buenos Aires, Argentina, que me deleitó bastante su lectura.

El libro ese es fruto de la pluma del periodista guatemalteco, el señor Máximo Soto Hall, quien lleva muchos años trabajando como Redactor Jefe del gran diario argentino: *La Prensa*.

Se trata de la biografía del gran publicista y político argentino, el Coronel Bernardo Monteagudo, que acompañó a San Martin en las campañas de Perú y Chile, como Auditor de Guerra.

Desde la primera página me agradó el estilo del señor Soto Hall, de prosa burilada y lenguaje comprensivo. No dejé el libro, hasta que terminé de leerlo.

No sólo por el estilo atractivo en que está escrito ese libro, sino que los atinados comentarios y oportunas rectificaciones hechas por el señor Soto Hall, alrededor de la gran figura histórica del Coronel Bernardo Monteagudo, nos hace comprender el mérito del autor como biógrafo.

Coloca el ilustre periodista guatemalteco al gran patriota y estadista argentino en el lugar que en justicia debe ocupar en la historia de las luchas por la independencia Sudamericana.

Hay que tener en cuenta el montón de falsedades que históricamente han venido nublando la personalidad de ese ilustre argentino. Sólo un temperamento investigador y acucioso, como el de Soto Hall, pudiera haber aportado alguna luz a este asunto.

Desde la muerte de Monteagudo, ocurrida el 28 de enero de 1825, en una calle de Lima, Perú, víctima de traicionera emboscada, hasta hoy, se ha venido tejiendo una porción de leyendas cada cual más extravagante, sobre ese hombre.

A raíz del asesínato de Monteagudo, algunos pretendieron atribuir el crimen ese a un amorío del ilustre argentino con una dama limeña, cuyo esposo justamente ofendido, tomó una terrible venganza, mandando matarlo.

Otros, y esos fueron los más, achacaron la muerte de Monteagudo a Sánchez Carrión, un político peruano que gozaba de gran favor con Simón Bolívar, quien estaba envidiando la estima que el gran Libertador de pueblos, daba al antiguo Secretario Particular de San Martín.

Corrian otras versíones de menos importancia.

Asi iban las cosas, cuando Ricardo Palma, un literato peruano, publicó en 1878 una obra histórica, y al referirse a Monteagudo y a Sánchez Carrión, trata de indicar que el gran político argentino, había pensado en favorecer el establecimiento de una monarquia, con las colonias recién emancipadas de España, pensando en Simón Bolívar, para coronarlo como rey, etcétera.

Ricardo Palma, al achacar a Monteagudo ideas monarquistas, indica que Sánchez Carrión. hombre demócrata, apela al asesinato del enemigo del pueblo, para salvar las instituciones republicanas. Y al efecto, justifica dicho crimen con las palabras siguientes:

"La República estaba perdida si no se ocurría a un expediente extremo."

El escritor peruano elogia a los asesinos de Monteagudo, diciendo:

"Aquellos hombres eran dignos de ser envidiados por la Roma Antigua."

Soto Hall busca echar luz sobre ese caso, y hasta pone en duda que Sánchez Carrión haya sido el autor principal de la muerte de Monteagudo, atribuyendo ello a la camarilla de politicos que le rodeaban.

El periodista guatemalteco desentraña todos los factores sociales y políticos y descubre el retrato moral, tanto de Sánchez Carrión, como de Simón Bolívar y Monteagudo, colocando a cada cual en el sitio que le corresponde.

Hermosa y meritoria labor la llevada a cabo por Soto Hall. Prueba con datos y citas que no dejan lugar a dudas, que ní Bolívar ni Monteagudo, jamás pensaron en destruir las libertades de los pueblos por los cuales habian ellos luchado tanto.

Lo que pensaron aquellos dos hombres, juntos con el ilustre guatemalteco José Cecilio del Valle, fué que la salvación de las distintas colonias españolas recién emancipadas de la Metrópoli, dependia de la unión de todas, de ahí su labor por la formación de una especie de confederación de naciones hispanoamericanas: cuyo objeto, fué el que inspiró al Libertador Sudamericano a convocar el célebre Congreso de Panamá, de 1826.

Pero, la buena voluntad y patriotismo de aquellos grandes hombres chocaron contra la ambición personal de la mayoria de los políticos de aquellos días.

Hombres egoistas, más intrigantes que inteligentes; astutos, pícaros. sin otra ambición que el engrandecimiento personal; ellos fueron los factores de la muerte de Monteagudo y del fracaso de Bolivar, en su Unión Contínental.

No era posible que el ideal de unión entre todas las colonias recién emancipadas de España pudiera llevarse a cabo en aquellos días, cuando, un síglo después, bien poco se ha podido hacer todavia en tal sentido.

Los políticos, causantes de todas las calamidades de la América Latina, fueron los mayores enemigos que tuvieron Bolívar y Monteagudo.

Soto Hall presta con esa obra histórica, un gran servicio, exponiendo la noble y varonil figura de Bernardo Monteagudo, que se yergue y sobresale sobre su época y su sociedad.

Visto a través del libro del Redactor de *La Prensa,* al antiguo Secretario Particular de San Martín, se nos presenta un monumento eterno de virtudes cívicas y amor al pueblo indoamericano. Fué un gigante, en una sociedad de pigmeos.

Felicitamos al señor Soto Hall por la publicación de esa obra histórica, por el gran servicio que presta con ella a toda nuestra América, presentando a nuestro pueblo la figura gloriosa de uno de los grandes próceres de nuestra Independencia.

A. PEREIRA ALVES.

(De "Cervantes", Habana, febrero de 1935.)

Obras Guatemaltecas últimamente publicadas

Vela, David.—"El Hermano Pedro" (En la vida y en las letras). 230 pp. (Guatemala, C. A., Unión Tipográfica, 1935.)

—"Libro Viejo de la Fundación de Guatemala y Papeles relativos a D. Pedro de Alvarado". Prólogo del Licenciado Jorge García Granados. 404 pp. Biblioteca "Goatemala", de la Sociedad de Geografía e Historia, dirigida por el Licenciado J. Antonio Villacorta C. Volumen XII. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1934.)

Diaz del Castillo, Bernal.—Verdadera y Notable Relación del Descubrimiento y Conquista de la Nueva España y Guatemala. (Escrita en el siglo XVI), 2 tomos, 346 y 331 pp. Escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo. Edición conforme al manuscrito original que se guarda en el Archivo de la Municipalidad de Guatemala. Prólogo de Eduardo Mayora. Biblioteca "Goathemala", de la Sociedad de Geografia e Historia, dirigida por el Licenciado J. Antonio Villacorta C., volúmenes X y XI. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1934.)

Cobos Batres, Manuel.—"Carrera". (Guatemala, C. A. Editada por la Librería "Renacimiento", 1935.) Nota.—De esta obra, que se está publicando por entregas, van ya publicados el 1° y 2° cuadernos.

Marsicovétere y Durán, Miguel.—"Affiches del Trópico" (Poemas). (Guatemala, C. A., Editorial "Mínima". Tipografía "El Santuario", 1935.)

Argüello, Santiago.—"Modernismo y Modernistas", 2 tomos, 295 y 284 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1935.)

Rodríguez Cabal, O. P. Fr. Juan.—"Apuntes para la vida del M. R. P. Presentado y Predicador General Fr. Francisco Ximénez, O. P., 40 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1935.)

Orellana, Victor Manuel.—"Prisma" (Versos). 69 pp. (Guatemala, C. A., Talleres Tipográficos "San Antonio", 1935.)

Selva, Adán.—"Kaos" (Versos). 76 pp. (Guatemala, C. A., Talleres Tipográficos "Minerva", 1935.)

Obras últimamente recibidas

0 *Obras Generales.—Generalidades.*

00 Prolegómenos.

008

Pelletan, Eugenio.—La Ley del Progreso.—El Mundo Marcha. Versión Española de la última edición francesa, por D. E. de Montalbán. 338 pp. (Paris, Garnier Hermanos, 1890.) (108-40)

Spencer, Herbert.—El Progreso su Ley y su Causa. Traducción de Miguel de Unamuno. 370 pp. (Madrid. "España Moderna", 1922.) (107-29)

01 Bibliografía

012

Feliú Cruz, Guillermo.—Bibliografía de don José Toribio Medina. Notas criticas con retrato. 177 pp. (Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1931.) (109-71)

02 Biblioteconomía—Bibliotecas

027

González Obregón, Luis.—La Biblioteca Nacional de México (1833-1910). 107 pp. (México, 1910.) (108-53)

03 Enciclopedias

03

Augé, Claude. — Nouveau Petit Larousse Illustré. Dictionnaire Encyclopédique. 6200 Grav. 220 Planches. 140 Cartes. 1760 pp. (París, Lib. Larousse. 1924) 14ª Edición. (107-42)

06 Sociedades y Academias Generales

06

Arciniegas, German.—La Universidad Colombiana. Proyecto de Ley exposición de motivos presentado a la Cámara de Representantes. 196 pp. (Bogotá, Imprenta Nacional, 1932.) (109-77)

08 Colecciones—Poligrafía

081

Ingenieros, José.—Las Doctrinas de Ameghino. La Tierra, la Vida y el Hombre. Exposición sistemática, con numerosos esquemas y grabados. 221 pp. (Buenos Aires, L. J. Rosso y Cía., 1919.) (106-34)

1 *Filosofía*

1

Meyer, Adolfo.—Conferencias de divulgación científica. Los Problemas fundamentales de la Filosofía sistemática actual con relación especial a la Filosofía contemporánea alemana. (Santiago de Chile. Universidad de Chile, 1930.) (107-25)

Hegel.—Filosofía del Espíritu. Versión castellana con notas y un prólogo original de E. Barriobero y Herrán. 258 pp., 2 tomos, en un vol. (Madrid, Daniel Jorro, 1907.) (108-10)

Meyer, Adolfo.—Los Problemas fundamentales de la Filosofía sistemática actual con relación especial a la Filosofía contemporánea alemana. (Santiago de Chile. Estable. Graf. "Balcells & Co.", 1930.)

(107-25)

11 Metafísica General—Cosmología

11

Kant.—Prolegómenos a toda Metafísica del porvenir que haya de poder presentarse como una ciencia.—Traducción del alemán y prólogo de Julián Besteiro. Con un epílogo del Prof. Cassirer. 387 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1912.) (109-7)

13

Psicología Especial (Antropología Filosófica.—Espíritu y cuerpo.—Vida Sensible y Suprasensible)

136.72

Baldwin, James Mark.—El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza. Versión directa del inglés, por Luis Umbert. Ilustrada. 2 Vol. (Barcelona, Henrich y Cía., 1895.) (109-44/45)

13

Bergson, Henri.—La energía espiritual. Ensayos y conferencias. Traducción de Eduardo Ovejero y Maury. 324 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1928.) (109-13)

136.7

Compayré, G.—La evolución intelectual y moral del niño. Traducción de Ricardo Rubio. 495 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1920.) (108-16)

133

Conan Doyle, Arturo.—La Religión Psíquica Traducción de P. M. 201 pp. (Madrid, Ediciones Biblos.) (108-28)

132

Cullere, A.—Las fronteras de la Locura. Versión española de Antonio Atienza y Medrano. 389 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1912.) (108-30)

Fleury, Maurice de.—La angustia humana.—Versión española del Doctor Ramón Hernández del Castillo. 290 pp. (Madrid, M. Aguilar, s. a. de i.) (109-36)

Freud, S.—Psicopatología de la vida cotidiana. Traducción directa del alemán de Luis López Ballesteros y de Torres. Prólogo de José Ortega y Gasset. 2ª edición revisada. 373 pp. (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1922.) (108-4)

Freud, S.—Psicología de las masas y Análisis del Yo. Traducción directa del alemán, por Luis López Ballesteros y de Torres. 371 pp. (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1924.) (108-3)

131

Frend, S.—Totem y Tabú. Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci. Traducción directa del alemán, por Luis López Ballesteros y de Torres. 355 pp. (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1923.) (160-28)

Freud, S.—La interpretación de los sueños. Traducción directa de la 7ª edición alemana, con aportaciones del Dr. Otto Rank, por Luis López Ballesteros y de Torres. 335 pp. (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1923.) (106-28)

136.3

Freud, S.—Totem y Tabú. Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci. Traducción directa del alemán, por Luis López Ballesteros y de Torres. 335 pp. (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1923.) (108-5)

136.8

Freud, S.—Psicologia de las Masas y Análisis del Yo. Traducción directa del alemán, por Luis López Ballesteros y de Torres. 371 pp. (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1924.) (108-3)

136.1

Gide, André.—Corydon. Traducción de Julio Gómez de la Serna. Con un diálogo antisocrático, por el Doctor Gregorio Marañón. Con dos retratos del autor. 2ª Ed. 270 pp. (Madrid, "Oriente", 1929.) (109-85)

133

Kardec, Allan.—El Libro de los Médiums. Guia de los Médiums y de las Evocaciones. Traducida de la última edición francesa. Continuación de El Libro de los Espiritus. 462 pp. (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1904.) (107-27)

132

Marañón, G.—Ensayo Biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo. 174 pp. (Madrid, Ed. Mundo Latino, 1930.) (109-40)

Ribot, Th.—Las enfermedades de la memoria. Traducción de Ricardo Rubio. 2ª ed. 218 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1908.) (109-23)

132

Ribot, Th.—Las Enfermedades de la Personalidad. Traducción española de Ricardo Rubio. 250 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1912.) (108-68)

134

Richet, Charles.—Tratado de Metapsíquica. Cuarenta años de trabajos psiquicos. Prólogo del Dr. Jaime Ferrán. 2ª ed. con prólogo para la misma del Autor. 760 pp. (Barcelona, Editorial Araluce, 1925.) (107-74)

13

Richet, Charles.—El hombre estúpido. 217 pp. (Barcelona, Editorial Araluce, s. a. de i.) (109-38)

131

Zweig, Stefan.—La Curación por el Espíritu. Mesmer-Mary Baker-Eddy-Freud. Versión castellana del alemán, por Francisco Payarols. 378 pp. (Barcelona. Editorial Apolo, 1931.) (106-29)

15 Psicologia General

15

Arnaiz, Marcelino.—Elementos de Psicologia fundada en la experiencia. 2 vol. Vol. 1º—La Vida sensible; vol. 2º—La inteligencia. (Madrid, Sáenz de Jubera, 1904.) (108-14/15)

153.1

Ribot, Th.—Psicologia de la Atención. Traducción española de Ricardo Rubio. 204 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1910.) (108-67)

157

Ribot, Th.—La lógica de los sentimientos. Traducción de Ricardo Rubio. 214 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1905.) (109-22)

17 Moral

179

Allen, James.—Las ocho columnas de la prosperidad. Traducción directa del inglés. Edición preparada por E. Bosch Bierge. 164 pp. (Barcelona, Lib. Sintes, 1915.) (109-24)

172

Alvarez Agustín.—La herencia moral de los pueblos Hispano-americanos. Con una introducción de Félix Licasate Larios. 288 pp. (Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1919.) (109-6)

17

Schopenhauer, Arturo. — Eudemonclogía (Tratado de mundología o Arte de bien vivir.) Traducción del alemán, por Edmundo González Blanco. 278 pp. (Madrid, "La España Moderna", 1922.) (108-6)

178

Silva, Máximo. — Campaña antialcohólica. (Propaganda de la Dirección General de Salubridad Pública de Guatemala.) 132 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1930.) (5-59)

179

Swingle, Waldo J.—Los Factores del Triunfo. Firmeza de Carácter. Voluntad, Energía. Adaptación de E. H. 158 pp. (Barcelona, Feliú y Susanna.) (107-9)

2 *Religión—Teología*

21 Teología Natural

212

Jinarajadasa, Dr.—Conferencias del Dr. Jinarajadasa. Prólogo de Flavio Guillén. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1929.) (5-78)

23 Teología Dogmática

239

Calle, Manuel J.—Un manojo de artículos. Folleto en mala prosa que contiene algunas observaciones acerca del episcopado ecuatoriano. 259 pp. (Quito—Ecuador—1897.) (109-52)

Strauss, David Federico.—La antigua y la nueva Fe. (Análisis crítico del desarrollo evolutivo de la idea cristiana. Traducción de Ramón Ibáñez. 201 pp. (Valencia, Prometeo, 1909.) (109-4)

24 Práctica religiosa—Devoción

244

Wagner, Charles.—The Simple Life. Translated from the French, by Mary Louise Hendee. With an introduction and Biographical Sketch, by Grace King. 193 pp. (New York, Mc. Clure, Phillips & Co., 1904.) (109-55)

29 Religiones diversas—Mitologías

297

Mahoma.—El Korán. Traducido del árabe, ilustrado con notas y precedido de un estudio de la Vida de Mahoma, extractado de los libros de los escritores orientales más dignos de crédito, por M. Savary. Versión castellana de A. Hernández Catá. 559 pp. (París, Garnier Hermanos.) (107-12)

3 *Ciencias Sociales—Derecho*

301 Sociología

Gumplowics, Luis.—La lucha de Razas. 400 pp. (Madrid, "La España Moderna".) (108-9)

Pelletán, Eugenio.—La Ley del Progreso. El mundo marcha. Versión de la última edición francesa, por D. E. de Montalbán. 338 pp. (París, Garnier Hermanos. 1890.) (108-40)

Spencer, H.—El Organismo Social. Traducción del inglés, por Miguel de Unamuno. Nueva Edición. 257 pp. (Madrid, "La España Moderna", 1922.) (108-12)

Spencer, H.—Instituciones Sociales. 326 pp. Madrid, "La España Moderna", 1922.) (108-13)

Spencer, H.—La Ciencia Social. Fundamentos de la Sociología. Traducción española, por Wenzel. 186 pp. (Barcelona, F. Granada y Cía.) (108-66)

304 Cuestiones sociales

Eddy, Sherwood.—Religion and Social Justice. 210 pp. (New York, G. H. Dorian, Comp., 1927.) (108-90)

Newfang, Oscar.—Capitalism and Comunism: A Reconciliation, 278 pp. (New York-London, G. P. Putnam's Sons, 1932.) (106-37)

Puig Casauranc.—La Cosecha y la Siembra. (Exposición Crítica, Social y Política.) 388 pp. (México, 1928.) (106-52)

31 Estadística

312

Abstract of the Fifteenth Census of the United States. 968 pp. (Washington. Government Printing Office, 1935.) (107-65)

32 Política

329.23

Albornoz, Alvaro de.—El Partido Republicano. 274 pp. (Madrid, Biblioteca Nueva, s. a. de i.) (109-56)

323.2

Bell, Eduardo I.—The Political Shame of México. 422 pp. (New York, Mc. Bride. Nast and Comp., 1914.) (107-54)

327

Cornejo, Mariano H.—El Equilibrio de los Continentes. Obra encomendada por la Dotación Carnegie para la Paz Internacional. 243 pp. (Barcelona, Gustavo Gili, 1932.) (108-64)

Hawes, Harry B.—Philippine Uncertainty. An American Problem. With a Foreword by Senator William E. Borah. Illustrated. 360 pp. (New York London, The Century Co., 1932.) (106-36)

Newfang, Oscar.—The United States of the World. A Comparison between the League of Nations and the United States of America. 284 pp. (New York-London, G. P. Putman's Sons, 1930.) (106-38)

327.2

Page, Kirby.—Dollars and World Peace. 214 pp. (New York, G. H. Doran Comp., 1927.) (107-40)

Pardo Suárez, Vicente.—Ladrones de Tierras. 324 pp. (Habana, Bouzá y Cia., 1918.) (108-36)

327.3

Ugarte, Manuel.—El Destino de un continente. 429 pp. (Madrid, Ed. Mundo Latino, 1923.) (108-21)

33 Economía Política

33(0)

Crowther, Samuel.—America Self-Contained. 340 pp. (New York, Doubleday, Doran & Company, 1933.) (106-39)

335

Echeverria, Esteban. — Dogma Socialista. Precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837. 2ª reedición, con un estudio biográfico sobre Echeverría, por D. Juan Maria Gutiérrez. 283 pp. (Buenos Aires, "La Cultura Argentina", 1915.) (108-35)

Vaz Ferreira, Carlos.—Sobre la propiedad de la Tierra. 332 pp. (Montevideo, Imprenta Nacional, 1918.) (108-80)

34 Derecho

34(37)

Ahrens, Enrique.—Compendio de la Historia del Derecho Romano. Versión directa del alemán con notas críticas, por F. Giner, G. de Azcárate y A. G. de Linares. 240 pp. (Madrid, Victoriano Suárez, 1897.) (108-22)

342.4

Altamira, Rafael.—Colección de textos para el estudio de la Historia y de las Instituciones de América. Constituciones vigentes de los Estados Americanos. 3 tomos, en un Vol. (Madrid, Arte y Ciencia, 1926.) (108-46)

341

Alvarez, Alejandro.—El Derecho Internacional del Porvenir. Traducción del francés, por don Alfonso Reyes y don R. Blanco Fombona. 226 pp. (Madrid, Editorial América, 1916.) (108-54)

341.8

Barceló, Simón. — Manual Diplomático y Consular Hispanoamericano. 463 pp. (Barcelona. Editorial Maucci, 1909.) (108-78)

341.7

Barceló, Simón. — Manual Diplomático y Consular Hispanoamericano. 463 pp. (Barcelona. Editorial Maucci, 1909.) (108-78)

340.67

Bard, Leopoldo.—Los Peligros de la Toxicomania. Proyecto de ley para la represión del abuso de los alcaloides. 759 pp. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, Rosso y Cia., 1923.) (107-23)

34

Bunge, Carlos O.—Estudios Jurídicos. 334 pp. (Madrid. Espasa Calpe, 1926.) (108-82)

347.45

Carlomagno, Adelqui.—La Locación en el Derecho Civil Argentino. Estudio jurídico e interpretación jurisprudencial de la nueva legislación vigente. Obra recomendada al premio "Facultad". 2ª Edición, 363 pp. Buenos Aires. Valerio Abeledo, 1927.) (106-44)

347.7

Cermesoni, Fernando.—Contratos Comerciales ante la ley, la doctrina y la Jurisprudencia. 496 pp. (Buenos Aires. Jesús Menéndez, 1922.) (107-68)

347

Código Civil de la Rep. del Ecuador.—Edición hecha por la Academia de Abogados de Quito y aprobada por la Corte Suprema de Justicia. 559 pp. (Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1930.) (106-47)

342

Hostos, Eugenio M. de.—Lecciones de Derecho Constitucional. Nueva edición. 482 pp. (París. Librería de Paul Ollendorff, 1908.) (107-78)

343.9

Ingenieros, José. — Criminología. 386 pp. (Madrid. Daniel Jorro, 1913.) (106-32)

347.62

Latorre U., Luis F.—Régimen patrimonial en el matrimonio. Proceso de la Ley 28 de 1932 y comentarios. 270 pp. (Bogotá. Imprenta Nacional. 1932). (109-74)

343.9

Nelson, Ernesto.—La delincuencia juvenil. Con especial referencia al estudio y tratamiento de este problema social en los Estados Unidos. 1ª Ed. 332 pp. (Madrid. Espasa-Calpe. 1933). (109-76)

347.7

Obarrio, Manuel.—Estudio sobre las quiebras. Nueva edición anotada y puesta al día por Carlos Malagarriga. 2 Vol. (Buenos Aires. Atanasio Martínez. 1926) (107-71/72)

343.2

Parry, Roberto.—Libertad condicional y Condena condicional. Proyectos de Ley y exposición de motivos presentados en la sesión del 9 de septiembre de 1920. 161 pp. (Buenos Aires. L. J. Rosso y Cía. 1920) (108-19)

342

Tascón, Tulio Enrique.—Derecho Constitucional Colombiano. Comentarios a la Constitución Nacional. 368 pp. (Bogotá, Editorial Minerva, 1934.) (106-53)

341.12

Walker Linares, Francisco.—Conferencias de divulgación científica. La Sociedad de las Naciones y sus organismos del Trabajo La Organización Internacional del Trabajo. (Santiago de Chile. Universidad de Chile. Imprenta Balcells. 1930) 107-26

35 Administración Pública.

351.83

Ruiz Moreno, José A.—Accidentes del Trabajo. Ley 9688. Legislación y Jurisprudencia. Su aplicación e interpretación. 507 pp. Comentarios. (Buenos Aires. Imprenta López. 1924). (107-70)

Ruiz Moreno, José A.—Legislación Social Argentina. Colección de leyes obreras y de previsión social con sus decretos reglamentarios. Resultados prácticos. 351 pp. (Buenos Aires. "El Ateneo", 1925.) (106-57)

355 Arte Militar—Ciencias Militares

358.1

Krupp, Fried.—Instrucción para el servicio de los cañones de montaña de retroceso sobre la cureña. 40 pp. (Essen-1904.) (108-51)

355.4

Muñoz Peñalver, José.—Contiendas Chino-Japonesas. Historia de las operaciones militares en Manchuria y Shangai en 1931 y 1932 y del movimiento niponófobo chino. Traducción del inglés, por .... 330 pp. (Tokio, Herald Press, 1932.) (108-21)

37 Enseñanza—Educación

374

Allen, James.—Las ocho columnas de la Prosperidad. Traducción directa del inglés. Edición preparada por E. Bosch Bierge. 164 pp. (Barcelona, Libreria Sintes, 1915.) (109-24)

371

Amadeo, Tomás.—La Redención por la mujer. (Buenos Aires. Oceana, 1928.) (109-84)

Bunge, C. O.—La Educación. Tratado General de Pedagogía. Séptima edición. 3 Vol. Madrid. Espasa-Calpe, 1928.) (107-57/59)

Bunge, C. O.—Estudios Pedagógicos. 349 pp. (Madrid. Espasa-Calpe, 1927.) (107-60)

371.3

Claparéde. Ed.—Cómo diagnosticar las aptitudes de los escolares. Con 17 grabados. Traducción de José Xandrí Pich. 325 pp. (Madrid. M. Aguilar, 1923.) (109-12)

371.21

Claparède. Ed.—Cómo diagnosticar las aptitudes de los escolares. Con 17 grabados. Traducción de José Xandrí Pich. 325 pp. Madrid. M. Aguilar, 1921.) (109-12)

371.4

Decroly, Ovide.—El Doctor Decroly en Colombia. 150 pp. (Bogotá. Imprenta Nacional.) (107-24)

37.01

Decroly, Ovide.—El Doctor Decroly en Colombia. 150 pp. (Bogotá. Imprenta Nacional.) (107-24)

372.52

D'Henriet, L.—Le Desin des Petits Enfants. (Cuadernos con modelos muy fáciles dibujados sobre papel cuadrillado, por ... . (Paris. Hachette et Cie. s. a. de i.) (60-143)

371.7

Fleury, Dr. Mauricio de.—Nuestros hijos en el colegio. El cuerpo y el alma del niño. Traducido por Matilde García del Real. 314 pp. (Madrid. Daniel Jorro, 1907.) (107-21)

372.4

Godoy y Lista, Teófilo.—Lectura Libre. Trozos selectos en prosa y en verso, de autores americanos. Edición de 1926. 339 pp. (Buenos Aires, Cabaut y Cia., 1926.) (108-62)

Toro y Gómez, Miguel de.—El nuevo mosaico epistolar literario. Ordenado para el ejercicio de lectura de manuscritos en las escuelas. Nueva edición. 208 pp. (París, Garnier Hermanos, 1882.) (109-49)

371

Wrigth, Carrol D.—La Educación Industrial. Informes sobre la Educación Industrial en los Estados Unidos de Norte América y países europeos, publicados en inglés. Traducidos al castellano por el Dr. J. B. Zubiaur y el Dr. J. H. Gybbon Spilsbury. 450 pp. (Buenos Aires, J. Peuser, 1899.) (106-60)

38 Comercio—Transporte—Comunicaciones

382

Pillado, Ricardo.—Comentarios sobre los Tratados de Comercio Argentinos. Con una carta prólogo del Doctor Eleodoro Lobos. 225 pp. (Buenos Aires. Ministerio de Agricultura, 1915.) (107-51)

39 Costumbres—Usos—Folklore

396

Amadeo, Tomás.—La redención por la mujer. 187 pp. (Buenos Aires, Oceana, 1928.) (109-84)

398

Irving, Washington.—Tradiciones Locales. (Madrid. La Revista Literaria.) (108-72)

4 *Filología—Lingüística*

46.5

Díaz, Arturo R.—Gramática. Curso Elemental. Obra de texto. 6ª edición, 120 pp. (Habana-Rambla y Bouza, 1908.) (109-32)

4.01

Oroz, Rodolfo.—Conferencias de divulgación científica. Teorías y curiosidades relativas al origen del Lenguaje y algunos capítulos interesantes de la vida de las palabras. (Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1930.) (107-25)

46.4

Pérez Guerrero, Alfredo.—Fonética y Morfología. Texto para colegios de 2ª Enseñanza e Institutos Normales. 259 pp. (Quito, Imprenta Nacional, 1933.) (109-78)

46.5

Pérez Guerrero, Alfredo.—Fonética y Morfología. Texto para Colegios de 2ª Enseñanza e Institutos Normales. 259 pp. (Quito, Imprenta Nacional, 1933.) (109-78)

5 *Ciencias Puras*

51 Matemáticas

512

Nociones elementales de Algebra. (107-5)

517

Poenish, Ricardo.—La Teoría de Riemann de las Integrales Abelianas. 305 pp. Recopilación de las lecciones del Dr. Carlos Neumann. (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1928.) (107-64)

53 Física—Mecánica Racional

530.12

Salas Edward, Ramón.—Conferencias de divulgación científica. La Teoría de la Relatividad. (Santiago de Chile. Universidad de Chile, Imprenta Balcells & Co., 1930.) (107-25)

55 Geología—Geofísica—Meteorología

551.5

Grügen, Juan.—El agua de las lluvias como factor geológico. (Santiago de Chile, Establecimiento Gráfico "Ballcells & Co.", 1930.) (105-25)

551

Meyer, M. Wilhelm.—Fin del Mundo. Versión de la 49ª edición alemana. 108 pp. (Barcelona, Editorial Orbis, 1928.) (108-86)

57 Biología—Antropología

576.8

Dopter, Che, et Sacquépé E.—Précis de Bacteriologie. 4e. Ed. 198 figures. 618 pp. (París, J. Bailliére et Fils, 1931.) (109-82)

Dopter, Che, et Sacquépée E.—Manual de Bacteriología. 3ª Ed. revisada y aumentada. (Barcelona, Salvat, 1927), 2 vol. (109-80/81)

577.8

Marañón, G.—La Evolución de la Sexualidad y los Estados Intersexuales. 2ª Edición. 273 pp. (Madrid, Javier Morata, 1930.)

(106-54)

575.4

Russel Wallace, Alfredo.—El Mundo de la Vida considerado como una manifestación de un poder creador, de una inteligencia directiva y de un propósito final. Ilustrada con numerosos grabados y láminas en negro y en color. Traducción directa del inglés, por Eduardo Ovejero y Maury. 488 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1914.)

(108-7)

58 Botánica

58.00

Motts, Irene Elena.—Nociones de Botánica. Curso experimental para uso de las escuelas secundarias, normales y preparatorias, ilustraciones de la señorita Imelda Calderón. 376 pp. (México, D. F., Imprenta "Patricio Sanz", 1931.) (108-76)

581.9

Rivas Mateos, Marcelo.—Botánica Criptogámica y en particular de las especies medicinales de la flora española. 247 pp. (Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1925.) (107-47)

59 Zoología

59(0)

Cendredo Curiel, Orestes.—Curso elemental de Historia Natural. ZOOLOGIA. Obra declarada de mérito y de utilidad para la enseñanza, por la Real Academia de CC. EE. FF. y NN. etc., etc. 6ª Ed. 336 pp. (Santander, Artes Gráficas, 1931.)

(100-99)

Lamark, Juan.—Filosofía Zoológica. Prólogo de Ernesto Haeckel. Primera versión española, por José González Llana. 240 pp. (Valencia, Ed. Prometeo, s. a. de i.)

(109-11)

6 *Ciencias Aplicadas*

61 Medicina—Fisiología—Farmacia

616-082

Boudeville, Le Conte.—Manual de la enfermera. Cuidado y asistencia de los enfermos y de los heridos. Enfermedades tropicales. Traducido y adaptado por Margot Torres de Camargo. 415 pp. (Bogotá, Imprenta Nacional, 1934.) (109-30)

616.89

Cullere, A.—Las Fronteras de la Locura. 389 pp. Versión española de Antonio Atienza y Medrano. (Madrid, Daniel Jorro, 1912.)

(108-30)

616.9

Diner, Marcos.—Conferencias de Clínica de las Enfermedades Infecciosas. Transcripciones de las Clases del Profesor Dr. Francisco Destéfano. 446 pp. (Buenos Aires, "El Ateneo", 1927.) (107-75)

618.2

Falsía, Miguel V.—La Sinfisiotomía. Operación de Zárate. Técnica subcutánea, partialis. Trabajo de la Clínica Obstétrica y Ginecológica. Director: Prof. Enrique Zárate. 121 pp. (Buenos Aires, "El Ateneo", 1928.) (107-69)

616.89

Freud, S.—Psicopatología de la Vida Cotidiana. Traducción directa del alemán, de Luis López Ballesteros y de Torres. Prólogo de José Ortega y Gasset. 2ª Edición revisada. 373 pp. (Madrid, Biblioteca Nueva, 1922.) (108-4)

618.2

González, Juan B.—Complementos de Obstetricia Práctica. 2ª Edición. 474 pp. (Buenos Aires, "El Ateneo", 1929.)

(107-76)

611-018

Ramón y Cajal, S. y Tello y Muñoz, J. F.—Elementos de Histología Normal y de Técnica Micrográfica. 9ª Ed. 823 pp. (Madrid, Tipografía Artística, 1928.)

(109-75)

615.41

Reutter de Rosemont, L.—Traité de Chimie Médico-Pharmaceutique et Toxicologique avec commentaires du Codex et élements Therapeutiques et Physiologiques des Principaux Médicaments. 834 pp. (París, Octave Doin et Fils, 1917.) (106-43)

616.89

Ribot, Th.—Las Enfermedades de la Personalidad. Traducción española de Ricardo Rubio. 250 pp. (Madrid, Daniel Jorro, 1912.) (108-68)

614(0)

Río, Alejandro del.—Conferencias de divulgación científica. Política Sanitaria. (Santiago de Chile, Universidad de Chile, Imprenta Balcells, 1930.) (107-26)

616.006.46

Sierra, Lucas.—Conferencias de divulgación científica. El Cáncer. Cómo se lucha contra esta enfermedad. (Santiago de Chile, Universidad de Chile, Imprenta Balcells, 1930.) (107-26)

613.8

Silva, Máximo.—Campaña antialcohólica. (Propaganda de la Dirección General de Salubridad Pública de Guatemala.) 132 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1930.) (5-59)

62 Ingeniería

625

Euting, W.—Trazado y construcción de carreteras. 2ª Edición anotada y revisada. Traducción directa del alemán, por José Castells. Con 54 figuras y 4 láminas. 171 pp. (Barcelona, Editorial Labor, 1932.) (108-23)

65 Comercio—Transporte—Organización.

658.013

Ford, Henry.—Mi vida y mi obra. En colaboración con Samuel Crowther. Trad. del inglés, por R. J. Slaby. 2ª Edición. 340 pp. (Barcelona, Editorial Orbis, 1924.) (108-85)

653

Gregg, John Robert.—Taquigrafía Gregg. 116 pp. (Nueva York, The Gregg Publishing Company, 1923.) (108-39)

66 Industrias Químicas

661.7

Yantorno, Juan A.—Tratado Práctico sobre la Industria de la Destilación de leña y sus derivados. Con grabados y planos de instalaciones. 661 pp. (Buenos Aires, Imp. Isely & Cía., 1933.) (106-46)

69 Construcción

691

Zardoya Morera, Jaime.—Medios auxiliares de la Construcción. (Apuntes de Estudio). 456 pp. (Barcelona, Tipografía Catalana, 1925.) (106-51)

7 *Bellas Artes*

7.01

Hegel.—Estética. Versión castellana de la 2ª edición de Ch. Bernard. (Obra premiada por la Academia Francesa), por H. Giner de los Ríos. 2 Vol. (Madrid, Daniel Jorro, 1908.) (108-1/2)

72 Arquitectura

72.0

Benavides, Alfredo.—Conferencias de divulgación científica. La arquitectura a través de la Historia. (Santiago de Chile, Universidad de Chile, Imprenta Balcells & Co., 1930.) (107-25)

8 *Literatura*

82.1 Literatura Inglesa. Poesías

Poe, Edgar.—Los poemas de Edgar Poe. Traducción, prólogo y notas, por Carlos Obligado. 187 pp. (Buenos Aires, Viau y Zona, 1932.) (109-72)

82.2 Teatro

Shakespeare, Guillermo.—Macbeth. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

82.3 Novelas

Aimard, Gustavo. — Los bisontes blancos. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Braddon, E.—La mujer de los dos maridos. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Bret Harte.—El Monte del Diablo. (Novela misteriosa). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte.—El fantasma gris. (Novela romántica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Bret Harte.—Mi Amigo el Vagabundo. (Novela satirica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Bret Harte.—Cressy, o la niña de los placeres de oro. (Novela romántica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-77)

Bret Harte.—Maruja. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Collins, W.—El Secreto de Miss Clara. (Novela policiaca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Cooper, Fenimore.—El Jefe Indio. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Cummings, Ray.—Tarrano el Conquistador. (Novela fantástica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-76)

Dickens, Carlos.—Canción de Navidad. (Novela de costumbres). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-76)

Dickens, Carlos.—y Collins, W.—El abismo. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Dickens, Carlos. — Oliverio Twist. (Novela folletinesca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Forester, C. S.—La deuda aplazada. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Gaskell, Elizabeth.—Mi prima Filis. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Goldsmith, O.—El Vicario de Wakefield. (Novela romántica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-77)

82.3

Grey, Zane.—Lluvia de Oro. Versión española de Eduardo Toda Valcárcel. 2ª Ed. 96 pp. (Barcelona, Editorial Molino, 1928.) (106-58)

Grey, Zane.—El Pasado del Sol Poniente (Sunset Pass). Traducción del inglés, por Manuel Vallevé. 317 pp. (Barcelona, Ediciones Edita, 1931.) (108-49)

Grey, Zane.—Caravanas de héroes. (Fighting Caravans.) Versión española de Esteban Macragh. 284 pp. (Barcelona, Ediciones Edita, 1932.) (108-60)

Grey, Zane.—El Caballo Salvaje. (Wild horse Mesa). Traducción española de Eduardo Toda Valcárcel. 284 pp. (Barcelona, Ediciones Edita, 1930.) (108-58)

Haythorne.—La letra escarlata. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-77)

Hergesheimer, José.—Tampico. Traducción del inglés, por Manuel Pumarega. 1ª Edición. 323 pp. (Madrid, Oriente, 1929.) (109-87)

Hill, Headon.—El misterio de Monksglade. 286 pp. (Madrid, S. Calleja, 1919.) (109-73)

Hudson, W. H.—La Tierra Purpúrea. (Un idilio uruguayo). Prólogo de Roberto B. Cunninghame Graham. Epílogo de Miguel de Unamuno. Versión castellana de Eduardo Hilman. 415 pp. (Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1928.) (108-33)

Irving, Washington.—Historias de aparecidos. (Novela fantástica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Kyne, Peter B.—El señor del valle solitario. Versión española de Manuel Vallevé. (Barcelona, Ediciones Edita, 1933.) (109-35)

Loos, Anita.—Los caballeros las prefieren rubias. (Novela humorística). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Mayne Reid.—La montaña perdida. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Mayne Reid.—Los cazadores de cabelleras (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Mayne Reid.—Los bandoleros de Nueva España. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Mayne Reid.—Los cazadores de ballenas. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-75)

Mayne Reid.—La reina de los lagos. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-77)

Merriman, H. Seton.—El esclavo de la lámpara. Traducción de María Rodriguez Rubí. 213 pp. (Barcelona, Ediciones y publicaciones Iberia, 1926.) (108-51)

O'Flaherty, Liam.—El Delator. Traducción del inglés, por Manuel Pumarega. 1ª Edición. 227 pp. (Madrid, Editorial Cenit, 1929.) (108-24)

Sinclair, Upton.—¡Petróleo! Traducción de F. Alaiz. 2ª Edición. (Barcelona, B. Bauzá, 1929.) (109-88)

Spewack, Samuel.—Asesinada en la jaula de oro. (Novela policíaca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Stevenson, Robert Louis.—The Master of Ballantrae. A. Winter's Tale. 310 pp. (Chicago, E. A. Weeks & Company.) (109-47)

Stevenson, Robert Louis.—El Club de los suicidas. (Novela policíaca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Stevenson, Robert Louis.—La muerte de un tío vivo. (Novela fantástica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-75)

Thackeray, W. M.—El viudo Lovel. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Twain, Mark.—La herencia del Tío. (Novela humorística). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—Sherlock Holmes derrotado. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Twain, Mark.—Una excursión al cometa. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Wallace, Edgar.—La Gente Terrible. Traducción del inglés, por F. Osorio. 270 pp. (Madrid, M. Aguilar, 1932.) (108-52)

Wells, H. J.—La Visita Maravillosa. Traducción de la Juventud Literaria. 240 pp. (Barcelona, B. Bauzá.) (107-17)

Wells, H. J.—La Visita Maravillosa. Traducción de la Juventud Literaria. 240 pp. (Barcelona, B. Bauzá.) (107-13)

Wells, H. J.—La Máquina Exploradora del Tiempo. Traducción de J. D'Abroi. 157 pp. (Barcelona, B. Bauzá, 1926.) (108-29)

Wilde, Oscar.—El pescador y su alma. (Novela misteriosa). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Williamson, C. N.—Mi amigo el chofer. (Novela romántica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-76)

82.34 Cuentos—Leyendas

Bret Harte, Francisco.—Los expulsados de Póker-Flat. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Bret Harte, Francisco.—Lothaw (Aventuras de un joven caballero en busca de una religión). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—Las influencias poderosas. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Bret Harte, Francisco.—El diablo y el corredor de comercio. (Leyenda medieval.) (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—Notas de la inundación y del campo. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—Muck-a-Muck .(Novela india moderna). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—La punta del diablo. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret, Harte, Francisco.—Al subir las aguas. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—La ogresa de Silver Land. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—El ojo derecho del Comandante. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Bret Harte, Francisco.—La aventura del padre Vicentio. (Leyenda de San Francisco). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Irving, Washington. — La Alhambra. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Irving, Washington.—La rosa de la Alhambra. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Irving, Washington.—Un paseo por las colinas. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Irving, Washington.—La aventura del albañil. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Twain, Mark. — La inocencia perseguida. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—La historia de una perra. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—El caso ejemplar de Eduardo y Jorge. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—Un caso real. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—La isla del reposo. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—El negro asistente de Washington. (Bosquejo biográfico). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Twain, Mark.—El hombre del mensaje para el director general. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Twain, Mark.—Canibalismo en viaje. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Wilde, Oscar.—El joven rey. El niño astro. El natalicio de la infanta. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

82.4 Ensayos

Quincey, Thomas de.—El asesinato considerado como una de las Bellas Artes. Traducción, prólogo y notas de Eduardo Barriobero. 172 pp. (Madrid, Ed. Mundo Latino, s. a. de i.) (109-3)

82.92 Literatura Politica

Carlyle, Tomás.—Folletos de última hora. Traducción del inglés con una introducción y notas de Pedro González Blanco. 416 pp. (Madrid. Daniel Jorro, 1909). (108-8)

82.94.—Biografías.

Murray Butler, Nicolás.—Los Constructores de los Estados Unidos. Traducción de Jorge Roa. 370 pp. (Habana. Carasa y Cía. 1933). (107-41).

Waldo Frank en América Hispana. 249 pp. (New York. Instituto de las Españas, 1930.) (107-6)

82.96 Literatura Cientifica y Filosófica

Emerson, Ralp Waldo.—Sociedad y Soledad. Traducción directa del inglés y prólogo, por Enrique Massaguer. 269 pp. (Barcelona, Ed. "Minerva", s. a. de i.) (109-37)

82.992 Viajes

Beals, Carleton.—Banana Gold. Illustrations by Carlos Mérida. 366 pp. (Philadelphia & London, J. B. Lippincott Co., 1932.) (107-50)

83.3 Literatura Alemana—Novelas

Berndorff, H. R. — Infierno Diplomático Traducido del alemán, por Luis Blanco de Vicente. 284 pp. (Madrid, Dédalo, 1932.) (107-63)

Berndorff, H. R. — Intrigas diplomáticas. (Novela policíaca). Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Goethe, J. W.—Werther. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Heller, Frank.—Vida y hazañas del señor de Collin. (Novela policíaca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-76)

Hoffmann, Amadeo.—La señorita de Seuderi. (Novela histórica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Houssaye, Arsenio.—La venganza del muerto (Novela folletinesca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Johannsen, Ernst. — Cuatro de infantería. (Novela de guerra). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Kleist, Enrique.—La Marquesa de O... (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Ludwig, Emil.—Regalos de la vida (Una mirada retrospectiva). Traducción del alemán, por Th. Scheppelmann. 490 pp. (Barcelona, Ed. Juventud, s. a. de i.) (106-31)

Mann, Thomas.—La Montaña Mágica, 2 tomos en un vol. Versión directa del alemán, por Mario Verdaguer. (Barcelona, Editorial Apolo, 1934.) (106-27)

Mann, Thomas.—Mario y el encantador. 191 pp. (Madrid, Dédalo, 1932.) (109-29)

Prescott, Guillermo H.—El fantasma del dique. Vertido del alemán, por el Dr. Máximo Asenjo. 173 pp. (Leipzig-Bernhard Tauchnitz, 1921.) (109-41)

Remarque, Eric María.—Sin novedad en el frente. (Novela de guerra). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

83.34 Cuentos—Leyendas

Hauff, Guillermo. — El amo del desierto. (Cuentos) (Madrid, La Revista Literaria.) (108-77)

Hoffmann, Amadeo. — Martín el tonelero. (Novela fantástica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Hoffmann, Amadeo. — Martin el toneloro. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Hoffmann, Amadeo.—El salón del rey Arthus. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

83.94 Biografías

Ludwig, Emil.—Regalos de la vida. (Una mirada retrospectiva). Traducción del alemán, por Th. Scheppelmann. 490 pp. (Barcelona, Ed. Juventud, s. a. de i.) (106-31)

Ludwig, Emil.—Goethe. Historia de un hombre. Traducción de Ricardo Baeza. 2 vol. (Barcelona, Editorial Juventud, 1932.) (107-52/53)

Ludwig, Emil.—Echliemann. Historia de un buscador de oro. Traducción de Carmen Gallardo viuda de Mesa. 255 pp. (Barcelona, Editorial Juventud, 1934.) (106-35)

Ludwig, Emil.—Genio y Carácter. Diez y seis retratos y un prólogo. Traducción de Ricardo Baeza. 369 pp. (Barcelona, Editorial Juventud, 1931.) (106-31)

839.82-3 Literatura Noruega—Novelas

Hamsun, Knut.—Misterios. Traducción de Luis Molins. Correa. 450 pp. (Barcelona, Ediciones Jasón, 1931.) (108-50)

84.09 Literatura francesa—Historia

Claretie, Leo. — Historia de la Literatura Francesa (900-1900). Versión castellana, por Miguel de Toro y Gómez. 2 vol. (París, Librería de Paul Ollendorff, 1908.) (106-55/56)

84.2 Teatro

Moliere.—Don Juan o El convidado de piedra. (Comedia). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-76)

84.3 Novelas

Aimard, Gustavo.—Los tramperos de Arkansas. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

Aimard, Gustavo.—Los buscadores de oro. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Balzac, Honorato.—Lirio del valle. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Barbey D'Aurevilly, J.—La cortina escarlata. (Novela folletinesca). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Barbey D'Aurevilly, J.—La felicidad en el crimen. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Basset Robert, Adrián.—"Radiante", o El Joven irresistible. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-75)

Beroit, Pierre. — Eromanga, isla maldita. Versión española, por Boris Burebala. Ed. 335 pp. (Madrid, Ediciones Literarias, 1930.) (109-1)

Benoit, Pierre.—La Atlántida. (Gran premio de la Academia Francesa.) (Novela de turas). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Claretie, Julio.—Gilberto. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-73)

Claretie, Julio. — Las Víctimas de París. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Daudet, Alfonso.—Tartarín en los Alpes. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-77)

Daudet, Alfonso. — Tartarín de Tarascón. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-74)

D'Aurevilly, J. Barbey.—El Cabecilla Destuches. (Novela de aventuras). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-75)

Dumas, Alejandro.—Un drama de amor. (Novela romántica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)

Dumas, Alejandro.—El arca de plata. (Madrid, La Revista Literaria.) (108-72)

Dumas (hijo), Alejandro.—El Doctor Servans. Traducción de Luis Calvo. 260 pp. (Barcelona, Luis Tasso Serra, 1888.) (109-26)

Erckmann-Chatrian.—Los veteranos del Imperio. (Novela romántica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-71)

Erckmann-Chatrian. — El abuelo Lebigre. (Novela satirica). (Madrid, La Revista Literaria.) (108-70)



Rubén Darío

Por Arturo Marasso

1.—*La canción del oro*

Este raro y suntuoso poema en prosa renueva, con incontenible sinceridad, el tema, casi siempre irónico e intencionado del encomio o de la desestimación del oro o de sus poseedores. "El amor y el odio, el deseo y el desprecio simultáneos, como advierte Valera, que el oro inspira al poeta en la inopia", pugnan, con extraña vehemencia, para expresarse, en antitético conglomerado de imágenes, de alusiones eruditas, de encontrados sentimientos, de verdad y de ironía, de admiración y de despecho. *La canción del oro* es inventario de todas las riquezas, puesto apasionadamente en boca de un mendigo que ve la "visión del harapo y de la llaga, de todos los que viven, ¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra", conjuntamente con la del placer y del fausto. La voz de Darío resuena aquí, con la experiencia de su vida, en el órgano de *La chanson des gueux* de Richepin, de la literatura social del naturalismo, de los últimos poemas de Hugo. En el mendigo está el poeta. El oro se impone por su poder y su belleza realzada por el arte. El sarcasmo del hambriento, al decir "Cantemos el oro", tiene algo de bíblico *(Exodo,* XV, I), como en Herrera "Cantemos al Señor". La canción "es por el gusto, según Valera, de la letanía que Baudelaire compuso al demonio". Edmundo Goncourt, al enumerar, en *La maison d'un artiste* (1881), las ediciones príncipes de obras de Balzac que poseía, transcribe el comienzo de la introducción del *Code des gens honnêtes:* "El dinero, en estos tiempos, da el placer, la consideración, los amigos, el talento, el espíritu mismo; este dulce metal...". Sin detenernos en el elogio del oro en Luciano y en otros autores clásicos, en Quevedo, no es difícil encontrar una fuente inmediata en la concisa enciclopedia que el Arcipreste de Hita intitula, *De la propiedat que el dinero ha.* En el tiempo de la elaboración de *Azul,* Eduardo de la Barra, su primer prologuista, se dedicaba con increíble buena fe a restaurar textos de la edad media española, y entre esos el del Arcipreste.

Darío lleva a este tema que extrajo de la vida, copiosa riqueza documental. Presenta el oro en todos sus empleos, desde los comienzos de su aparición. En Homero: "en las corazas de los héroes homéricos", se refiere al escudo de Aquiles; "en la sandalia de las diosas", a la *Odisea,* "Hera la de áureas sandalias". Probablemente el poeta consultó la *Historia natural* de Plinio de la colección Fermin-Didot, trad. de Litré (1877, 1883). Plinio diserta acerca de los males que produce el oro (cap. XXXIII) y trae parte de los datos aprovechados por Darío, quien fué quizá a Plinio en busca de piedras preciosas y alhajas de oro. Otra riquísima mina es el Diccionario de Daremberg y Saglio (tomo I, 1877, art. *aurifex, aurum,* etc.). "El oro de la copa del festín dionisiaco", se explicaría por ser de oro los vasos de la pompa báquica de Ptolomeo Filadelfo (Daremberg y Saglio, art. *aurifex);* el oro "en el alfiler que hiere el seno de la esclava", está también en esta obra, art. *acus:* "l'epingle en or"... "les dames romaines châtiaient souvent les plus légéres fautes des esclaves occupées á leur toilette: elles saisissaient leur aiguilles pour leur frapper les bras ou le sein". Casi todo el repertorio erudito de *La canción del oro* se encuentra en este tomo del Diccionario de Daremberg y Saglio. Quizá una rápida lectura llevó al poeta a ver lucir el oro "en los coturnos trágicos". En *Salammbó,* Flaubert menciona coturnos de bronce.

Cuando el mendigo exclama: "Unánomos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra", parece recordar *"La priére de l'Athée"* de *Las Blasfemias* de Richepin: "Je ferai ma partie dans la choeur des heureux".

En este amargo deslumbramiento ante la riqueza y el lujo envidiables, aparece también la sugestión del Hugo viejo de *El Papa:*

Venez a moi vous, tous qui tremblez, qui souffrez,
que râlez, qui rampez, que soignez, que pleurez,
les damnés, les vaincus, les gueux, les incurables,
venez, venez, venez, venez, ó miserables!

"¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad", etc., toda esta larga enumeración de gente perdida y desheredada, que parece de Richepin, viene de Hugo. En la construción de algún período se descubre el estilo de Flaubert. Cuando Darío escribió *La canción del oro,* habia leído y estudiado ya *La tentación de San Antonio:*

"Elevé d'abord par Moise, brisé par Ézéchias, rétabli por le Messie". Darío construye: "Arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño". (Esto es lo que él llama la aplicación al castellano de ciertos modos sintácticos franceses). Los nombres de eremitas son los de *La tentación de San Antonio:* Antonio, Macario, Hilarión, Pablo el Ermitaño (l'Ermite Paul). San Antonío dice en *La Tentación:* "Lá, j'avais pour compagnie des scorpions..., des aigles quí tournoyaient sur le ciel bleu". Dario poetiza: Pablo tenía "por amigos, las estrellas de la noche, los pájaros del alba", etc.

La laboriosa documentación en nada hace perder su espontaneidad a este intenso poema. Darío creia que Péladan lo había imitado en *El cántico de oro de La Panthé.* Traduzco el párrafo de Péladan que más se le parece: "¡Símbolo de lo perfecto, síntesis de las ciencias, oh metal absoluto, concreción del sol, densidad de la luz, oro glorioso, oro todopoderoso, oro Dios!". Dario dice: "Dios becerro, tuétano de roca misteroso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de timpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación del éter".

2.—*Marcha triunfal*

La *Marcha Triunfal,* según Darío, es un *triunfo* de decoración y de música. Es también un triunfo en la acepción pictórica del Renacimiento. Sugiere bajorrelieves de evocación romana que magnifican la vuelta de los vencedores, el simulacro triunfal de épocas pretéritas y renovadas, la apoteosis. Siente el poeta el momento de agitación patriótica de nuestra tierra. Pasa un soplo atemperado de Gros, de Delacroix; una resonancia, posterior al 70, casi pindárica, de ejércitos, de banderas, de muchedumbres; una presencia grandiosa de patria y de victoria. Parece que volvieran vencedores los del grupo de Rude, del *Canto de la partida,* para desfilar bajo el Arco de la Estrella. Y el hervor lírico, en la sonoridad del verso que trasmite el rumor de clarines, se transforma en cuadros que tienen la meditada sencillez de frescos de Puvis de Chavanne:

Señala el abuelo los héroes al niño:
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores.

En el avance wagneriano de la oda el poeta está en lo íntimo de la gloria que exalta. El tácito nombre de San Martín, como evocado por Olegario Andrade, aparece en los granaderos:

más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros

y en la súbita llegada de los cóndores.

El ímpetu musical de la *Marcha* es wagneriano. La notación de la realidad, sobrecargada con aparato ornamental de apoteosis, sugiere, en el conglomerado de sensaciones auditivas, visibles imágenes:

Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompasan con ritmos marciales.

El son de clarines adquiere en la *Marcha triunfal,* la vívida entonación que en la hora de entusiasmo, sorprende y despierta vehementes emociones; transfiguran el aire, las banderas, con halo glorioso y heroico:

Los claros clarines de pronto levantan sus sones,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.

En *sonoro, coro, oro,* vibra la amplitud de la nota inicial: "los claros clarines". Hay en *Marcha triunfal* alguna sugestión verle-

niana. Verlaine esboza el asunto que adquirió en Darío, ante la realidad, desarrollo más vasto. En el soneto *A Luis II de Baviera*, el poeta de *Amour* exclama:

> Salut a votre trés unique apothéose,
> et que votre âme ait son fier cortége, or et fer,
> sur un air magnifique et joyeux de Wagner.

En esta apoteosis, en ese aire magnífico de Wagner, Darío vió venir: "oro y hierro el cortejo de los paladines" (son fier cortége, or et fer).

3.—*Pegaso*

Pegaso es "caballo rudo y tembloroso". El poeta lo vió así. Así aparece en las ilustraciones de la *Mitología* de Menard (fig. 347 a 353). Belerofonte hubiera podido decir con versos de Darío:

> Cuando yo iba a montar ese caballo rudo
> y tembloroso...
> El cielo estaba azul y yo estaba desnudo.

En la pintura de un vaso están Belerofonte desnudo y Pegaso tembloroso y piafante; Darío ha visto, en el fondo de la pintura, el azul del cielo, creemos que del cielo de la mañana. Belerofonte se despide, y está pronto para empezar la gloriosa aventura. En una moneda Belerofonte desnudo doma a Pegaso hasta entonces indómito (fig. ...). En otra pintura de vaso, que trae la Mitología de Decharme (fig. 161), aparece la cabeza de Belerofonte rodeada de un nimbo luminoso, nimbo semejante a un escudo y al sol, lo que pudo inspirar el verso:

> Sobre mi frente Apolo hizo brillar su escudo

El escudo de Apolo es sumamente brillante *(Iliada*, XVI, 705). El poeta lo ha visto fulgurar en su frente como augurio favorable, como asentimiento divino. Por eso nos dice:

> Yo soy el que presenta su cabeza triunfante
> Coronada con el laurel del Rey del día

El laurel de Apolo, laurel de los poetas, ciñe su cabeza y celebra su triunfo.

Mantegna, tan apreciado por los simbolistas franceses, pinta en el célebre cuadro *El Parnaso*, a Pegaso tembloroso, conducido por Hermes semidesnudo. El Renacimiento asistió a la transformación de Pegaso en los caballos con alas y en el Hipogrifo de los poemas caballerescos. Pero el antiguo Pegaso no pudo ser olvidado. En una ilustración del manuscrito de las poesías de Henri Baude que trae Pierre Champion en la *Historia poética del siglo XV*, 1923, *Pegasus* en el *Mons Parnasus*, hace brotar con un golpe de su casco la *Fons cabalinus;* "la cabalina fuente", escribe Luis de León. Este vuelo audaz de Pegaso a una cima que fué ilustre adquiere amplia significación en Darío:

> Toda cima es ilustre si Pegaso la sella.

Las relaciones de Pegaso y las Musas han sido minuciosamente estudiadas; no así las de Pegaso y los poetas. ¿Desde cuándo Pegaso es el caballo alado de los poetas? Esta es una creación, escribe Edmond Saglio, que no se remonta más allá del Renacimiento.

Pegaso es la glorificación de Rubén Darío escrita por él mismo; es su apoteosis, su triunfo. Los poetas líricos antiguos y los del Renacimiento se han celebrado en parecida forma. La glorificación de Ronsard por sí mismo, dice:

> Le jour que je fu né, Apollon qui preside
> Aux Muses, me servit en ce monde de guide.

En *Pegaso* nuestro poeta glorifica su genio. Se levanta sobre lo transitorio y cotidiano para hablar del instante sagrado de la poesía y de su carácter divino.

4.—*Los Trofeos*

El tema romántico de los piratas, tan distinto del de la literatura de la piratería del siglo XVI, sin olvidar la que viene del ciclo homérico hasta el período bizantino, y tan lejano al espíritu de la poesía simbolista, sugirió a Darío este soneto que tiene una vaga analogía con los de Heredia. El verso:

> quimera de bronce incrustada en la prora,

se acerca a *Los Trofeos*, Darío prefirió la forma no cincelada, dió a la estrofa el movimiento de la ola, la agitación del viento en la vela, el impulso inicial de la aventura. Parece que hubiera contemplado un cuadro de partida de piratas. Byron, Vigny, Espronceda, Hugo, habrían asomado a su memoria al contemplar esta pintura; sobre todo

Hugo con la canción de los aventureros del mar de *La leyenda de los siglos*. Sin penetrar en la compleja influencia de la poesía escandinava en el romanticismo y el parnasianismo, con Leconte de Lisle, y con la literatura moderna, no está demás apuntar también que los piratas rubendarianos parecen ser vikings [1]. No conozco sino fragmentariamente, la obra de Charles-Théophile Féret, descendiente de esta fuerte raza de navegantes daneses:

Moi, barbare Danois des iles Faroer,
En l'honneur de l'aïeul aux garbares d'enfer
Dont la proue écarlate ensanglante la mer...

Son estos piratas, quizá más que los de Byron y Hugo, los que pinta Darío; son probablemente estos "caballeros del viento", los

Que ensangrientan la seda azul del firmamento
Con el rojo pendón de los reyes del mar.

En la ignorancia de la fuente directa de este soneto, transcribo de una adaptación moderna de las antiguas sagas, la descripción de un navío: "De loin, on distinguait la figure de dragon sculptée a sa proue et la voire d'écarlate attaché a sa haute mature" [2]. Compárase:

La figure de dragon sculptée a sa proue
La quimera de bronce incrustada en la proa
Dont la proue écarlate ensanglante la mer.
Con el rojo pendon... ensangrienta el firmamento...
Et la voile d'écarlate...

5.—*El verso sutil*

Una lejana reminiscencia de *Odas y baladas* (XXV) de Hugo:

Mons vers plane, et se pose
tantót sur une rose,
tantót sur un grand mot,

que quizá Darío ha transformado o recuerda inconscientemente, le ha sugerido la imagen y el motivo inicial de:

El verso sutil que pasa o se posa
sobre la mujer o sobre la rosa
verso puede ser o ser mariposa.

(1) La influencia escandinava y germánica aparece en algún pasaje de Rubén, y origina parte del bello libro de Jaimes Freyre, *Castalia bárbara* (1898) cuya fuente principal está en la traducción francesa de *Los Eddos* de Mlle. de Puget.

(2) Ch. Guyau et E. Wegener, *Le livre des vinkings*, Piazza, París.

El ritmo es de villancico; Darío lo usó sistemáticamente con acento agudo en el primer hemistiquio:

Páranse a mirar — planetas y signos...
(B. de A. E., *Canc. Sagrado*, 443).

Vienen Baltasar — Gaspar y Melchor...
(*Idem*, 452).

Como en los romancillos la terminación aguda es par, suprimiendo, el primer verso queda también el ritmo de *El verso sutil*.

De fiesta salió — de estrellas se puso
un apretador — y un manto de lustre
con puntas de sol; — para los chapines
que bordados son, — visillas de plata
la luna le dió...
(*Idem*, 452).

La más linda flor; — la que es más hermosa,
la más linda flor; — la hermosa morena,
la más linda flor; — morena graciosa,
la más linda flor;...
(*Idem*, 461).

De verte llorar, — ay, cómo me alegro,
por ver que me amas — como te merezco.
(*Idem*, 461).

De ser como Dios — tuvo a Dios en poco,
pues que por cumplir — los necios antojos...
(*Idem*, 486).

Darío leyó el *Cancionero Sagrado*. Dice: "Al escribir *Cantos de Vida y Esperanza* yo había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riquezas de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos". Asoman a mi oido versos de libros de misa que oía en los novenarios de mi hogar cuando yo era niño [3]:

Ven que te adquirí, — altísimo honor:
¡Ay, triste de mí! — ¡Ay, qué desconsuelo!
De vivo pesar — herido me siento...
Por tí viviré — por tí solamente...

(3) Transcribo del *Ancora de Salvación* del R. P. José Mach los ejemplos que siguen a esta llamada. No sé con qué título publicó Mach este Devocionario, que supongo debió aparecer alrededor de 1880.

Rubén recuerda estos cánticos religiosos. Los ha llevado al tono profano del Arcipreste, de Juan del Enzina; ¿quién no advierte que está parodiando una letanía religiosa?

> Libranos, Señor, de abril y la flor
> y del cielo azul, y del ruiseñor,
> de dolor y amor, libranos Señor!

Darío habia usado ya el metro de seis sílabas, con terminación aguda de impar, en las *Canciones, layes y decires* de *Prosas Profanas,* al imitar el lay de Johán Torres:

> ¡Ay, triste de mi
> porque padesci
> sin lo merescer!
> Pues siempre serbi
> leal hasta aqui
> a mi entender.

en versos como éstos:

> Intenso licor,
> perfume y color
> me hicieron sentir
> su boca de flor;
> dile el alma por
> tan dulce elixir.

Pedro Darwin, ascendiente de Carlos, escribió esta especie de letanía [1]:

> De mañana esplendorosa,
> de mozo que beba vino,
> de mujer que hable latin,
> ¡Libranos Señor!

Sorprende la coincidencia del extraño ruego de Darwin de que el Señor lo libre de "mañana esplendorosa" con el de Dario del "cielo azul"; rasgo de humorismo inglés que nuestro poeta amplifica.

6.—*Cleopompo y Heliodemo*

Hay un curioso paralelismo entre la poesía de Samain *Damoetas et Methymne* de *Aux flancs du vase* y *Cleopompo y Heliodemo* de Rubén. En Samain:

> Damoetas le poéte, et Mathyme le sage,

dialogan en la agreste dulzura del paisaje apacible, en donde brilla el agua corriente y pacen los rebaños; es decir, traduce el paisaje filosófico del Fedro a una pintura impresionista de Rousseau, de Dupret, de Monet, el paisaje que él mismo ha contemplado. Los personajes de Darío

> cuya filosofia
> es idéntica, gustan dialogar bajo el verde
> palio del platanar. Alli Cleopompo muerde
> la manzana epicúrea y Heliodemo fia
> al aire su confianza en la eterna armonía.

Dialogan bajo el plátano platónico. A pesar de la idéntica filosofía, Cleopompo parece ser epicúreo y Heliodemo pitagórico, por su concepción de "la eterna armonía", como lo es Damoetas de Samain, al oir

> Le son mélodieux de l'éther musical
> Oú tournent doucement les sphéres de cristal.

Los filósofos rubendarianos gozan del instante; conocen el *Carpe diem,* el sensual aspecto epicúreo del placer; conocen con Richepin *(Mis Paraísos, Viatiques, VI):* "que cet instant n'aura pas de jumeau":

> Si una sonora perla de la clepsidra pierde
> no volverá a ofrecerla la mano que la envia.

Los pintores holandeses son los que han traído la vaca al paisaje. Si desde Homero aparece la belleza de los "ojos de ternera", la poesia de la vaca, a pesar del buey del Nacimiento y del simbolismo místico de los bestiarios de la edad media, no ha penetrado a la literatura hasta el siglo XIX. Las vacas de Nietzsche "que rumian apaciblemente en un rincón de la pradera el secreto de su dicha", pertenecen ya a una interpretación íntima del paisaje, como la de las vacas de Hugo y la del buey de Carducci:

> E del grave occhio glauco entro l'austera
> dolcezza si rispecchia ampio e quiéto
> il divino del pian silenzio verde,

En el último verso *Damoetas et Methymne* de Samain:

> Des vaches, ca e lá, beuglent dans les prairies.

Y en *Cleopompo y Heliodemo* de Rubén:

> Una vaca aparece, crepuscular...
> y en la pupila enorme de la bestia apacible
> miran como que rueda en un ritmo visible
> la música del mundo, Cleopompo y Heliodemo.

Estos tres versos encierran cierto hermetismo; en su significación más inmediata, recuerdan en algo a Carducci. Si Darío se ha inspirado en el poema de Samain, no lo

[1] Darwin: *Autobiografia,* trad. de C. Bayo, Madrid, s. a., pág. 97.

ha seguido servilmente. El parecido es externo; se acerca a la imitación, pero en esa imitación ha puesto el misterio de su propia alma.

Ya en *Azul* había pintado el misticismo de los ojos del buey *(En Chile,* III): "con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos".

La expresión: "Una vaca aparece, crepuscular", es semejante a la del verso de Góngora *(Polifemo,* XXII): "nocturno el lobo de las sombras nace".

Arturo MARASSO.

(De "Nosotros", Buenos Aires, septiembre de 1933.)

A UNA MUJER

Ya has tenido un hijo. ¿Estás contenta?
Que cese toda tu inquietud.
La flecha más alta de la mujer ha sido lanzada cuando ha tenido un hijo.
Ya no necesita pedir más.
Todo tu arte no fue sino una manera de engañarte para no morir porque no lo tenias.
O una manera de pedirlo.
El hombre mismo queda relegado a un segundo lugar cuando ha venido el hijo.
Y ahora, a cuidarte y a cuidarlo.

Rafael AREVALO MARTINEZ.

BALADA DE LA JOVEN SEÑORA CAMPESINA

Pobre la pequeña dama campesina
a la que su boda trajo a la ciudad
y que aqui en la urbe, cansada, declina,
entre tantas casas llenas de ruindad.

En una tinaja desprovista de asa
quiso que cupiera la amplitud de un pino
y en el más remoto cuarto de su casa
intenta el engorde de un pobre cochino.

Ella amaba el rio, el rio de plata
liquida y brillante a la luz lunar,
y el sol que envolvia con manto escarlata,
al caer la tarde, todo su lugar.

Y amaba los montes, que en la lejanía
formaban un coro, alegres, sin dueño,
como si quisieran jugar todavia,
ya entrada la noche, y atrapar un sueño.

Que amaba los campos, con sus mil sonidos,
con sus mil aromas, con su inmensidad,
que para las damas tienen mil vestidos
que no conocieron nunca en la ciudad.

Pobre la pequeña, de ansias campesinas,
que siembra en macetas mil plantas livianas
y ensaya una pobre crianza de gallinas
en el patio estrecho de lozas urbanas.

Pobre la pequeña que el campo ha perdido
con sus ricas galas y su variedad,
porque aunque es muy cierto que encontró marido
lo compró muy caro aquí en la ciudad.

Rafael AREVALO MARTINEZ.

Noviembre, de 1934.

Los grandes poetas hispanoamericanos

UN PADRE NUESTRO

Por el alma del Rey Luis de Baviera. En el lugar de su tránsito. — Schlossberg. Reino de Baviera.

Aquí fué donde el rey Luis Segundo
de Baviera, sintiendo el profundo
malestar de invencibles anhelos,
puso fin a su imperio en el mundo.

Padre nuestro que estás en los cielos.

Un fanal con un cristo, en un claro
del gran parque, al recuerdo da amparo,
y al caer sobre el lago los velos
de la noche, el recuerdo es un faro.

Padre nuestro que estás en los cielos.

En el lago tiritan las ondas,
en el parque se mueren las frondas
y ya muertas abaten sus vuelos:
qué tristezas tan hondas.... tan hondas....

Padre nuestro que estás en los cielos.

¡Pobre rey de los raros amores!
Como nadie sintió sus dolores,
como nadie sufrió sus desvelos,
le inventaron un mal los doctores.

Padre nuestro que estás en los cielos.

Su cerebro de luz era un foco;
mas un nimbo surgió poco a poco
de esa luz, y la turba, con celos
murmuró: "Wittelsbach está loco".

Padre nuestro que estás en los cielos.

Sólo Wagner le amó como hermano,
sólo Wagner, cuya alma-oceano
su conciencia inundó de consuelos,
y su vida fué un *lied* wagneriano.

Padre nuestro que estás en los cielos
santificado sea el tu nombre,
venga a nos el tu reino....

Amado NERVO.

A KEMPIS

Sicut nubes, quasi naves,
velut umbra...

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis! antes de leerte, amaba
la luz, las vegas, el mar oceano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras
que el hombre pasa como las naves,
como las nubes, como las sombras....

Huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra....

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

Amado NERVO

LA GRAN COSMOPOLIS

(Meditaciones de la madrugada)

¡Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos,
y dolor, dolor, dolor...!

¡Estos son los hombres fuentes
que vierten áureas corrientes
y multiplican simientes
por su ciclópeo fragor,
y tras la Quinta Avenida
la Miseria está vestida
con dolor, dolor, dolor....!

¡Sé que hay placer y que hay gloria
allí, en el Waldorff Astoria,
en donde dan su victoria
la riqueza y el amor;
pero en la orilla del rio
sé quiénes mueren de frio,
y lo que es triste, Dios mio,
de dolor, dolor, dolor....!

Pues aunque dan millonarios
sus talentos y denarios,
son muchos más los calvarios
donde hay que llevar la flor
de la Caridad divina
que hacia el pobre a Dios inclina
y da amor, amor y amor.

Irá la suprema villa
como ingente maravilla
donde todo suena y brilla
en un ambiente opresor,
con sus conquistas de acero,
con sus luchas de dinero,
sin saber que allí está entero
todo el germen del dolor.

Todos esos millonarios
viven en mármoles parios
con residuos de Calvarios,
y es roja, roja su flor.
No es la rosa que el Sol lleva
ni la azucena que nieva,
sino el clavel que se abreva
en la sangre del dolor.

Allí pasa el chino, el ruso,
el kalmuko y el boruso;
y toda obra y todo uso
a la tierra nueva es fiel,
pues se ajusta y se acomoda
toda fe y manera toda,
a lo que ase, lima y poda
el sin par Tio Samuel.

Alto es él, mirada fiera,
su chaleco es su bandera
como lo es sombrero y frac;
si no es hombre de conquistas
todo el mundo tiene vistas
las estrellas y las listas
que bien sábese están listas
en reposo o en vivac.

Aqui el amontonamiento
mató amor y sentimiento;
mas en todo existe Dios
y yo he visto mil cariños
acercarse hacia los niños
del trineo y los armiños
del anciano Santa Claus.

Porque el yanqui ama sus hierros,
sus caballos y sus perros
y su yacht y su foot-ball;
pero adora la alegria,
con la fuerza, la armonia:
un muchacho que se ria
y una niña como un sol.

Rubén DARIO.

MARGARITA

In memoriam....

¿Recuerdas que querias ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
cuando cenamos juntos, en la primera cita,
en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlata de púrpura maldita
sorbian el champaña del fino baccarat;
tus dedos deshojaban la blanca margarita,
"Sí... no... sí... no..." ¡Y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de histeria!, llorabas y reias;
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
tus risas, tus fragancias, tus quejas eran mias.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
la muerte, la celosa, por ver si me querias,
¡como a una margarita de amor, te deshojó!

Rubén DARIO.

ADELFOS

Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron;
soy de la raza mora, vieja amiga del Sol...
que todo lo ganaron y todo lo perdieron.
Tengo el alma de nardo del árabe español.

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...
Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna...
De cuando en cuando un beso y un nombre de mujer.

En mi alma, hermana de la tarde, hay contornos,
...y la rosa simbólica de mi única pasión
es una flor que nace en tierras ignoradas
y que no tiene aroma, ni forma, ni color.

Besos, ¡pero no darlos! ¡Gloria, la que me deben;
que todo como un aura se venga para mí!;
que las olas me traigan y las olas me lleven,
y que jamás me obliguen el camino a elegir.

¡Ambición! No la tengo. ¡Amor! No lo he sentido.
No ardí nunca en un fuego de fe ni gratitud.
Un vago afán de arte tuve... Ya lo he perdido.
Ni el vicio me seduce, ni adoro la virtud.

De mi alta aristocracia dudar jamás se pudo.
No se ganan, se heredan, elegancia y blasón.
...Pero el lema de casa, el mote del escudo,
es una nube vaga que eclipsa un vano sol.

Nada os pido. Ni os amo ni os odio. Con dejarme,
lo que hago por vosotros hacer podéis por mí.
...¡Qué la vida se tome la pena de matarme,
ya que yo no me tomo la pena de vivir!...

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer...
De cuando en cuando un beso sin ilusión ninguna.
¡El beso generoso que no he de devolver!

Manuel MACHADO.

FELIPE IV

NADIE más cortesano ni pulido
que nuestro Rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

Manuel MACHADO.

Lamentaciones de Octubre

Yo no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que, agitado por soplos de centurias,
el corazón anhela arder, arder.
Siento su influjo y su latencia, y cuando
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabia qué infantil ternura,
da al cielo de la vida un rosicler,
y que, bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera, de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya ro es hora de aprender.

Yo no sabia que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energia,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser...

¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!

Porfirio BARBA-JACOB.

LA HORA SUPREMA

I

El hombre ruin, que a riegos de su frente
mojó los surcos de heredad extraña;
que ante el festin espléndido gemia,
por siempre insatisfecho de migajas,—
ceñido ya de rutilantes joyas
ante el tumulto pasa,
y su imprevista claridad deslumbra
los ojos tristes y las mentes bárbaras.

Yo, de mis oros intimos seguro,
fuerte en mi amor, feraz en mi alegria,
pienso, temblando en el cubil obscuro:

—Mi hora no ha llegado todavia...

II

Aquel amigo de la azul infancia,
que parecia triste hasta la muerte,
al son suave de sensuales músicas
hoy de la fiesta de sus nupcias vuelve.
Da el azahar sus cálidos olores...
Las brisas cantan el ensueño ardiente...
Amor en corazones y pupilas
fèrvidas llamas de ternura enciende...

Pero a irreales bodas convidado,
cuyos fulgores no obscurece el dia,
yo digo en mi rincón abandonado:

—Mi hora no ha llegado todavia...

III

Tintas aún en la inocente sangre
las manos, y el laurel sobre los rizos,
a la ciudad que en júbilos desborda
entra el guerrero invicto.
Como en lumbres frenéticas, el aire
trema con la locura de los ritmos,
mientras — heraldo del honor — un águila
da sombra al Genio entre marciales himnos.

Yo, la incruenta victoria conquistada
en mi mismo, radiante de osadia
grito de las tinieblas de mi nada:

—Mi hora no ha llegado todavia...

IV

Y ha de venir, sin que mis oros valgan,
mi amor esplenda ni mi gloria brille,
pálido espectro que dará a mi carne
sudor de angustia y mortecinos tintes.
Tendré, por gaje del dolor heroico,
sus hieles en mi boca que sonrie,
y un lino de la tierra por sudario
de mi ambición impetuosa y libre...

Mas al llegar al tenebroso abismo,
aun clamaré con mi última energia,
firme en mi ley, seguro de mi mismo:

—¡Mi hora no ha llegado todavia!

Porfirio BARBA-JACOB.

El Boletín en el Exterior

Chevy Chase, Meryland, 20 de mayo de 1935.

Señor don Rafael Arévalo Martínez,

Director de la Biblioteca Nacional.

Guatemala.

Distinguido señor:

Acepte Ud. mis más sinceras gracias por la colección completa del *Boletín de la Biblioteca Nacional,* que Ud. ha tenido la bondad de enviarme.

El *Boletín* es, en mi opinión, el instrumento bibliográfico más valioso para el estudio de las letras centroamericanas, y constituye un importante accesión a mis obras de consulta.

Le felicito a Ud. por la importante contribución que está realizando en pro del adelanto cultural.

Reiterándole mis más expresivas gracias, soy de Ud. atto. y S. S.

(f) *C. K. Jones.*

El Director del Instituto de Literatura Ibero-Americano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, saluda muy atentamente al señor Director del *Boletín de la Biblioteca Nacional dc Guatemala* y le comunica que por la ordenanza fundadora este Instituto tiene "la misión de formar una biblioteca de autores latinoamericanos y editar una serie de obras originales sobre temas referentes a la vida cultural, al movimiento de las ideas y los estudios en nuestra América; además, la publicación de un boletín que mantenga ágil y continua la comunicación internacional a fomentarse".

Por tales motivos apelo a la gentileza del señor Director del *Boletín de la Biblioteca Nacional dc Guatemala* para que considere a este Instituto y le sea enviada esa Revista a fin de establecer canje con las publicaciones de esta entidad.

Buenos Aires, abril 25 de 1935.

UNIVERSIDAD CENTRAL
Cátedra de Historia de las
Instituciones de América.

Madrid, 23 de mayo de 1935.

Señor Director del *Boletín de la Biblioteca Nacional de Guatemala.*

Muy señor mío y de mi consideración:

En nombre de esta Cátedra que regento y para servicio de ella, me permito rogar a V. el envío gratuito de ese *Boletín,* que servirá para completar, con una publicación cuya importancia es notoria, el contingente de donativos con que los Gobiernos hispanoamericanos y las entidades científicas de esos países contribuyen al incremento de nuestros fondos docentes.

Espero merecer una acogida favorable de esta petición, y por ello le anticipa las gracias su muy afmo. y s.s.q.e.s.m.

(f) *Rafael Altamira.*



El Napoleón de Ludwig

Una de las realidades que ofrece la nueva Historia basada en el análisis critico del pasado humano es la revalorización de hechos y figuras, que ofrécense distintos a como durante tiempo se tuvieron. Aquí citaríamos casos concretos que aseveran el aserto, pero circunscribimonos a uno que encarna, acaso como ningún otro, no sólo motivo de encontradas corrientes —las enaltecedoras y las detractivas— sino la esencia y sentido de toda una época: Napoleón.

El gran escritor ruso Merejkovsky, uno de los que hanse dado al estudio de la magna figura contemporánea, afirma que los cuarenta mil volúmenes escritos acerca de Napoleón no han servido para hacernos conocer bien su espíritu. En ellos incúrrese en la superficialidad y el prejuicio, cuando no en el flagrante error, y de aquí que persista desvirtuada la imagen del gran corso. Es ahora cuando viene en cristalizar el novísimo concepto acerca del mismo, concepto creado y sostenido por algunos grandes escritores que, poseyendo cualidades excepcionales de intuición y talento, y consagrados de por vida a tema tan capital, lograron dar efectividad en esa aportación trascendente. A la cabeza de ellos está el alemán Emil Ludwig, reconocido como el primer biógrafo de hoy, por lo que se llama "el Plutarco contemporáneo", quien con su *Napoleón* nos da la biografía más lograda del celebérrimo personaje, biografía superior al centenar de las escritas.

El que Bonaparte constituyó un hombre extraordinario, acaso dotado de una inconsciente conciencia —valga la aparente paradoja— de su destino, es verdad que reconoce esa revisión del pasado próximo. Sin duda, a la característica detractiva de toda una época, por lo que al mismo respecta, sucede ahora esa revisión engrandecedora que tan certeramente ha puesto de manifiesto Alejandro Sux, cuando afirma que el héroe de Arcele "fué una fuerza de la Naturaleza, como las que originan los ciclones, terremotos, nacimientos de astros y destrucción de planetas. Como hombre fué constructor, lirico, sensitivo, pero a la manera genial, es decir: extrahumanamente". Y agrega: "Nunca volverá a verse en la Historia un "caso" como el de Napoleón. Jamás se personificarán de tal manera y con tan gran perfección las intenciones misteriosas de la vida humana, esa fuerza realizadora y encaminadora que rige nuestros actos y el índice de nuestros destinos, y a la cual obedecemos todos, como los títeres a los hijos que les dan apariencia de seres vivientes. Es extraordinario cómo se combinaron en él cualidades y defectos complementarios, que hacían un todo armónico y sólido, con ese sello de los destinados a la inmortalidad de que nos habla Carlyle."

Ludwig afrontó el trazado de su biografía consciente de la magnitud del esfuerzo y decidido a no restar ni un ápice al mismo. Ello explica lo lograda que ha sido su obra, y cómo encarna una verdadera revelación, en la que adúnase el afán eminentemente humano que alientan sus páginas; el poder descriptivo de las mismas, mediante el cual ofrecen cuadros de incomparable plasticidad y colorido, y el estilo brillante, que contribuye a que no amengüe el interés del lector, plenamente manifestado desde el comienzo.

"Las cualidades del *Napoleón,* de Ludwig —ha escrito un crítico— son tantas y tales, que no cabe su relación en el límite de esta nota, en la que sólo queremos señalar, la rigurosa autenticidad del material emplea-

do, el acierto en la selección de hechos reveladores, la fidelidad y adecuación con que el estilo —narrativo o dramático— se ciñe a las circunstancias, el hábil encadenamiento de consecuencias que conduce —finalmente— al retrato completo de un carácter, el análisis—rápido, pero penetrante de las condiciones de toda índole en que obraba su héroe, y, sobre todo, ese equilibrio en la composición y esa mesura y seriedad en el elogio y en la interpretación del alma napoleónica, que alejan a Ludwig del desatado misticismo de León Bloy, y del mismo Merejkovsky, a la par que de la critica determinista y de la erudita explicación arbitraria por Taina; cualidades todas que hacen de esa auténtica epopeya un libro incomparable e imprescindible".

Obras las de Ludwig que mantienen su atracción por la capacidad cultural y emotiva que encierra, vuelven a leerse con provecho, dejando aprehender nuevos aspectos y detalles cuanto más detenido sea su conocimiento. Entre ellas, "Napoleón" es la que más nos ha hecho profundizar en su sustrato, ahora que ha vuelto a deleitarnos en la nueva edición —la séptima, popular o económica— del texto traducido por Ricardo Baeza, que acaba de hacer Editorial Juventud, tras haber difundido muchos miles de ejemplares de esta obra por los países hispánicos, que hacen rebasar del millón los que, en los principales idiomas, cuéntanse en el mundo.

La relectura de "Napoleón" ha traído aparejada la de "Regalos de la vida", la autobiografía de Ludwig, especialmente cuantos pasajes de la misma refiérense a aquella obra. Son curiosos los antecedentes originarios que señalan en el autor lo dilecto que le fué, casi desde la infancia, el estudio de la vida del Emperador, refiriendo cómo oyó hablar a su padre de Napoleón, con datos fidedignos tomados, a su vez, del abuelo. Expone una suma de consideraciones cautivadoras, coincidentes en robustecer el criterio de ser "Napoleón" obra excepcional y su autor maestro inimitable. A disponer de espacio extenderíamonos en transcripciones y referencias a lo que él denomina escenas simbólicas; a la concluyente apreciación de Fontaine sobre la posesión o la carencia del dominio para aprender una cosa; a anécdotas alusivas al logro del propósito, entresacadas de la vida de Lincoln, Rembrandt, Stanley, Livingstone, Goethe, Schiller y del propio Napoleón; a la corroboración de ser cierto cuanto el autor instituyó en el drama escrito veinte años antes, drama constitutivo de larva de la biografía aquí exaltada; al espontáneo "placet" anónimo del mérito de la obra que el autor recibe; al proceso de redacción de la misma, que duró pocos meses, en ritmo acelerado de premura; a los contradictorios juicios que mereció el drama aludido; a detalles de las campañas napoleónicas, que explican la lógica de su resultado, habiendo Ludwig escrito: "De este modo llegué a ver los motivos de los hechos históricos a una luz más real de lo que hasta entonces me permitieron mi romántica manera de pensar, y así también se animó para mí la historia con un enorme interés dramático que me atrajo apasionadamente", etcétera.

Angel DOTOR.

(De "España y América", Cádiz, mayo de 1934.)



COMISION TECNICA BIBLIOGRAFICA DE GUATEMALA

PRESIDENTE:

RAFAEL AREVALO MARTINEZ

SECRETARIO:

FRANCISCO FERNANDEZ HALL




TIPOGRAFIA NACIONAL
AD AVGVSTA
PER ANGVSTA
GUATEMALA